



POST-SCRIPTUM

DE UN LIBRO AÚN NO PUBLICADO

En la primera mitad del próximo mes de Noviembre se publicará en Barcelona un libro titulado: *Literatura Militar Española*, cuyo autor, D. Francisco Barado, es ya muy conocido en la república de las letras como historiógrafo militar y tratadista de milicia. Para que los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA tengan noticia lo más pronto posible de lo que vale el nuevo libro del ilustre autor del *Museo Militar* y del texto de *La vida militar en España*, he rogado al Director de esta REVISTA que publique en sus páginas el *post-scriptum* que aparecerá al final de la *Literatura Militar Española: post-scriptum* que dice así:

“AL SR. D. FRANCISCO BARADO,

Capitán de Infantería.

Creo yo, mi querido amigo, que el autor de un prólogo, ó de lo que han dado en llamar *post-scriptum*, que no es más ni menos que un prólogo puesto al final del libro; creo yo que los autores de estas introducciones ó posdatas literarias ejercen una función semejante á la

30 de Octubre de 1889.—TOMO LXXVI.—VOL. II.

de los padrinos de bautizo, que ponen nombre y presentan á la criatura que apadrinan para que la Iglesia la reciba en su comunión, y hasta contraen cierto parentesco espiritual con su apadrinado, que les obliga á prestarle su auxilio, si la necesidad así lo exigiese. Pero es el caso que el padrino siempre es superior en edad, saber y gobierno al recién nacido que conduce á la pila bautismal; y en esto de los padrinzos literarios hay ocasiones, y una de ellas es la presente, en que el prologuista no aventaja al autor del libro ni en saber ni en gobierno, sino tan sólo en antigüedad en la vida; y uso de tantos rodeos para no decir por lo claro que el único título que puedo alegar para que sirva de excusa á mi atrevimiento de añadir un *post-scriptum* á este libro de usted consiste en que voy acercándome á la vejez, y por lo tanto le aventajo en la experiencia del mundo, que es la escuela donde más se aprende, á pesar de que en ella se usa el método ajustado á la máxima, tan reprobada actualmente, que dice: la letra con sangre entra. Á título, pues, de hombre de edad madura, de escritor veterano, que borrajeó sus primeras cuartillas cuando probablemente V. aún no sabría deletrear, y más aún, á título de amigo de V. y de admirador de su claro ingenio y de su erudición copiosa, me permito escribir estas líneas, para que sirvan de remate á un libro en que su autor podía repetir con verdad lo que dijo D.^a Oliva Sabuco de Nantes cuando publicó su *Nueva filosofía de la naturaleza*: "Este libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran."

Sí, amigo Barado; cuando hace diez ó doce años me lamentaba yo, en mi folleto titulado *La historia literaria de España*, de que los tratadistas de milicia no ocupasen un puesto en la *Biblioteca de Autores Españoles*, y poco tiempo después, al publicar en el *Memorial de Ingenieros* la biografía del brigadier D. José Aparici, volvía á insistir y llamar la atención pública sobre el olvido en que yacían los nombres y los merecimientos de nuestros escritores militares, no podía figurarme que en plazo

tan breve como el que ha mediado desde aquellos escritos míos hasta que vió la luz su *Museo Militar*, había de aparecer un historiador que levantase en sus obras un monumento en que se hallan reunidos y artísticamente ordenados todos los hechos que constituyen las glorias antiguas y modernas de la milicia española. Después de la publicación de su *Museo Militar* y de su *Literatura Militar Española*, que á mi juicio debiera llamarse *Historia de la literatura militar en España*, no habrá historiógrafo de las letras españolas que pueda pasar en silencio las obras maestras de nuestros grandes tratadistas de milicia sin pasar plaza de descuidado ó ignorante. Sin duda que D. Vicente García de la Huerta, publicando en el siglo pasado su *Biblioteca militar española*, y en el presente D. Manuel Juan Diana con su libro *Capitanes ilustres*, el general D. José Almirante con su *Diccionario militar* y su *Bibliografía militar de España*, y algunos otros publicistas, habían preparado el terreno para que no se oyese con asombro la afirmación de que existía en España un grupo de notables escritores completamente desconocidos de los historiógrafos de nuestra cultura peninsular; pero V. ha tenido la honra de poner en punto de evidencia lo que hasta ahora sólo era un presentimiento, algo que flotaba en la atmósfera, pero que no lograba condensarse formando cuerpo de doctrina; V. ha demostrado en su libro que ha existido y existe en nuestra patria una literatura militar que merece ser estudiada por los críticos, no por mera curiosidad, sino para realizar fines de grande y trascendental importancia.

Se decía que los progresos de la civilización pondrían término á esos hechos sangrientos que se llaman guerras; se decía que estaba llamado á desaparecer el imperio de la fuerza, para ser sustituido por el pacífico reinado de la justicia. ¡Vanas, falsas y perjudiciales teorías! Cierto es que la fuerza separada de la razón es la barbarie; pero no es menos cierto que la razón sin fuerza, si al ser individual puede alcanzarle la gloria del marti-

rio, á esos seres colectivos que se llaman pueblos ó naciones sólo puede ocasionarles la muerte sin gloria. Hasta las modernas teorías del positivismo, hoy predominante, proclaman la lucha por la vida como una de las leyes generales á que obedece todo lo creado. Así la guerra, que á mi juicio puede definirse diciendo que es *la lucha armada entre agrupaciones humanas que constituyen ó aspiran á constituir personas jurídicas*, así la guerra, que se quería clasificar como hecho fortuito ó desdichado azar, ha encontrado su razón de ser en las más avanzadas doctrinas de la ciencia contemporánea.

Muy de veras siento, amigo mío, que en su *Literatura Militar Española* no haya dado un sitio á los poetas épicos y algunos dramáticos de los siglos de oro de nuestras letras, porque, en mi opinión, robustecida, como usted mismo confiesa, con la del ilustre historiador militar Carrión-Nisas, los libros de poesía en que se trata de asuntos de guerra caen desde luego dentro de la jurisdicción de la literatura militar. Es además muy sabido que fuera de *Os Lusíadas*, que es un verdadero poema heroico, y de *La Araucana*, en que aún muestra D. Alonso de Ercilla algunas calidades de poeta; *La Austriada*, de Juan Rufo Gutiérrez; el *Arauco Domado*, del licenciado Pedro de Oña; *La Carolea*, de Jerónimo Sempere; el *Carlo Famoso*, de Luis Zapata, y otros muchos poemas de aquellos tiempos, no son más ni menos que historias, escritas unas veces en verso, y otras en una forma intermedia entre la prosa y el verso, que bien puede llamarse *prosa rimada*. Y como en estos poemas se trata de guerras y conquistas y de la vida y hechos de esforzados capitanes, claro es, en mi humilde juicio, que pertenecen al grupo de las obras de historia militar, y que deben ocupar un puesto en los anales de nuestra literatura profesional.

Aún más: hoy se consideran como documentos históricos las obras poéticas, dramas, novelas, y en ocasiones hasta las poesías líricas, cuando en ellas se describen los usos y costumbres de la época en que el autor escri-

be; y en este concepto, ¿quién negará que tienen un valor grandísimo para el historiógrafo militar las comedias de nuestro antiguo teatro, donde se trata de la rendición de Breda y la sorpresa de Amiens, ó donde se recuerdan las famosas cuentas del Gran Capitán? De esto deduzco yo que los autores dramáticos y los novelistas que se han ocupado en sus obras de los lances de la guerra, también han de ocupar un puesto en la historia de la literatura militar. Los *Episodios militares*, del general Ros de Olano; la narración novelesca de José Navarrete, titulada *Desde Vad-Ras á Sevilla*; las novelas de D. Patricio de la Escosura, en que se ocupa de las costumbres militares de principios de este siglo, tales como las intituladas: *Cuando el río suena...*, *El canto del cisne* y *Un proceso militar*, presentan datos y noticias acerca de nuestras instituciones militares de la edad presente, en lo que tienen de más íntimo, en su espíritu, en lo que podría llamarse su constitución interna, que en vano se buscarían en los polvorientos legajos referentes á asuntos de guerra, que cuidadosamente se guardan en archivos y bibliotecas. Y no hay que decir el valor histórico que tienen las obras literarias en que sus autores, usando la forma de la novela ó del cuadro de costumbres, ya intencionalmente, se han ocupado de asuntos militares; caso en que se hallan las *Escenas de la vida militar* del malogrado Eduardo López Carrafa; *La Milicia*, de Nicolás Estébanez; las *Escenas de cuartel* y el libro titulado *En el cuarto de banderas*, de Federico de Madariaga; el texto de *La vida militar en España*, que V. ha escrito; la novela titulada *¡Pobre España!*, de Juan L. Lapoulide, y la que acaba de publicarse en Valladolid con el título de *La milicia y sus excesos*.

La gran figura, á la par histórica y legendaria, de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, hay que estudiarla á la vez en las narraciones de los cronistas cristianos y árabes y en el romancero de Castilla, sin olvidar el poema que se conoce con el nombre del *Mío Cid*. Así el Romancero y el poema del Cid son documentos

históricos, además de ser obras poéticas, y tienen un sitio en la literatura militar de España durante la Edad Media, como V. mismo se lo ha dado en los comienzos de su libro.

Y he dicho antes, y ahora repito, que en ocasiones los poetas líricos tienen también un sitio en la historia de la literatura militar, que no creo debe pasar en silencio los nombres de los cantores de los gloriosos triunfos de Lepanto y de Bailén y de los memorables hechos de armas de Trafalgar y del Dos de Mayo.

Existe igualmente una clase de escritos que no acostumbran á contarse entre los que pertenecen á la literatura militar, y, sin embargo, yo creo que los tratadistas de derecho de gentes, al ocuparse de las condiciones que han de cumplirse en las guerras internacionales, tratan un asunto que constituye una de las partes de lo que apellidan los tratadistas de milicia política militar. Así pensaba uno de nuestros autores modernos, menos conocido de lo que merece serlo por su no vulgar mérito. Aludo al brigadier D. Juan Sánchez Cisneros, que el año de 1817 publicó en Madrid un libro titulado: *Instituciones del derecho público de la guerra*; libro en cuya *Advertencia preliminar* se lee la siguiente rotunda y acertadísima afirmación: "El derecho público militar es la base y fundamento de la milicia.,, Y aún hay otro género de escritos: los libros en que se trata de genealogía y de heráldica, en que se hallan noticias y documentos que pueden ser aprovechados por los historiadores militares, siempre que se proceda con gran parsimonia, porque los autores de nobiliarios y árboles genealógicos no suelen ser escrupulosos, y admiten como verdadero todo lo que redunde en honra y gloria de los personajes cuya heredada nobleza pretenden enaltecer.

No faltará quien diga que escribir la historia de la literatura militar en España es perder el tiempo en un asunto baladí, y que yo, para salvar este escollo, quiero ensanchar los dominios de la ciencia de la guerra, hasta convertirla en una rama de las ciencias sociales, y bus-

car su fundamento en las novísimas teorías biológicas, y su desarrollo orgánico en la política, ó en la ciencia del estado en guerra, si por política sólo pudiera entenderse la ciencia del Estado en paz. Y ciertamente que hay mucho de exacto en la objeción que de exponer acabo; pero yo no necesito hacer esfuerzos de ingenio para probar que la milicia es una ciencia social, porque, siendo la guerra un hecho social, el orden de conocimientos que de este hecho se ocupa, precisamente habrá de ser una ciencia social. Y si cupiese alguna duda acerca de la verdad de esta afirmación, léanse las páginas de la *Literatura Militar Española*, y se observará que las cuestiones de que tratan los escritores militares pertenecen de hecho y de derecho á la filosofía moral, á la legislación y á la política, como ya se echa de ver algunas veces hasta en los títulos de sus libros: *Tratado del esfuerzo bélico-heroico*, de Palacios Rubios; *Cuerpo enfermo de la milicia española*, de Marcos de Isaba; *Diálogo de la verdadera honra militar*, de Jerónimo de Urrea, y otros varios que pudieran citarse.

No para enredarme en inútiles digresiones, sino porque así lo requiere el pensamiento que ahora guía mi pluma, recordaré aquí la polémica que sostuvo D. Marcelino Menéndez Pelayo en defensa de la valía de la ciencia española, y en que sostenían la opinión contraria D. José del Perojo y el malogrado D. Manuel de la Revilla, y recordaré también que en esta polémica el Sr. Revilla, que afirmaba que en todos los ramos de la ciencia eran harto deficientes las producciones del ingenio español, hacía una excepción diciendo que los escritos de los médicos españoles merecían singular aplauso, y en ocasiones se hallaban en ellos ideas y teorías muy superiores á los conocimientos que en sus obras demostraban sus contemporáneos los médicos extranjeros. No me parece, amigo Barado, que se me podrá llamar malicioso, si hallo la causa del panegírico de los médicos españoles que hacía mi inolvidable amigo Manuel de la Revilla, en que sus aficiones estudiosas habían puesto

en sus manos la *Historia bibliográfica de la medicina española*, del sabio D. Antonio Hernández Morejón, libro en que los tratadistas de medicina nacidos en España habían logrado alcanzar los justos elogios que sus méritos requerían. Ahora bien, yo creo más aún: yo aseguro que su historia de la *Literatura Militar Española*, á semejanza de lo acontecido con la obra histórica del Sr. Morejón, servirá para que aun los más decididos adversarios del valor é importancia de nuestra ciencia nacional tengan que aceptar una nueva excepción: la de los tratadistas de milicia que han florecido en España desde la Edad Media hasta los tiempos presentes. Su libro pone en punto de evidencia que el rey D. Alonso el Sabio consignó en las Partidas las doctrinas de milicias más justas y elevadas que en su tiempo existían; que en los siglos XVI y XVII las obras de nuestros historiadores y preceptistas militares son traducidas y admiradas en toda Europa; que en nuestra decadencia literaria aparece por venturosa excepción el gran Marqués de Santa Cruz de Marcenado y escribe sus notabilísimas *Reflexiones militares*, libro que, en su época, no reconoce ninguno como superior, y acaso ni aun como igual, en útil enseñanza, y en el siglo presente bastarían las *Nocciones del arte militar* del infortunado Villamartín, para que nuestra patria no pueda ser olvidada y hasta alcance resonante aplauso en la historia contemporánea de la ciencia de la guerra.

Y si se aceptase la definición que yo muchas veces he propuesto, al decir que la *Milicia*—bajo cuyo nombre se comprende en la lengua española la ciencia y el arte de la guerra—no es más ni menos que *la ciencia y el arte de la gobernación del Estado en guerra*, así como la *política* puede definirse *la ciencia y el arte de la gobernación del Estado en paz*; si se aceptase la definición de *Milicia* que acabo de indicar, es evidente que los tratadistas de derecho de gentes entrarían en el número de los escritores militares, como ya he dicho en otro lugar de esta carta. El escocés Mackintosh, en su *Historia de*

los progresos de la ética, ha observado que, siendo España en el siglo XVI la primera potencia militar de Europa, conoció la necesidad de asentar sobre sólidos fundamentos el derecho de la guerra, y por esto florecieron en dicho siglo nuestro Francisco de Vitoria, á quien el profesor Giorgi llama *padre de la ciencia del derecho internacional*, y sus contemporáneos y sucesores Domingo de Soto, Baltasar de Ayala, Fr. Bartolomé de las Casas y Francisco Suárez. También es muy sabido que el inmortal Grocio, en su famosísimo tratado de *De jure belli et pacis*, reconoció como iniciador de las en aquel entonces novísimas doctrinas en que se procuraba humanizar, pase la palabra, las leyes de la guerra á Francisco de Vitoria, citando con elogio sus escritos titulados: *De Indis* y *De jure belli*. Pero aun sin incluir entre los escritores de milicia á los tratadistas de derecho internacional, crea usted, amigo mío, que con el libro de usted en la mano podemos afirmar, no cegados por el patriotismo, sino guiados por la clara luz de la razón, que la historia de la literatura militar en España ha de llenar alguna de las más gloriosas páginas de la historia general de la ciencia española; libro en que se probará la crasa ignorancia del Mr. Masson del siglo XVIII y del Mr. Guizot del XIX, que juzgaron que podían discurrir acerca de los progresos de la civilización europea, sin conocer ni estudiar lo que habían hecho y lo que habían pensado los hijos de la Península Ibérica. Bien es cierto que esta ignorancia ó menosprecio de Portugal y de España es tan frecuente entre nuestros vecinos los franceses, que en ocasiones les arrastra á excesos de todo punto inverosímiles. Ahora, hace pocos días que estaba yo en París, y fui á ver el globo terráqueo construído en la escala de una millonésima de su tamaño natural; y en este globo, entre otras curiosidades, se hallan señalados los itinerarios que han seguido en sus viajes los más celebres navegantes ingleses, franceses, noruegos, holandeses..... en suma, los navegantes de todas las naciones conocidas, menos los por-

tugueses y los españoles, que en los siglos XV y XVI completaron con sus atrevidísimas navegaciones y sus portentosas conquistas el conocimiento exacto del planeta en que vivimos. ¿Qué le parece á usted? ¿Al tratarse de geografía física pasar en silencio los nombres de Colón y de Vasco de Gama, de Hernando de Magallanes y de Juan Sebastián de Elcano?

De este olvido ó menosprecio de los extranjeros, en parte tenemos nosotros la culpa; porque somos los primeros en no ensalzar como es justo á nuestros grandes escritores científicos, y aun á nuestros poetas, sin exceptuar á los más insignes, ha sido necesario que los hermanos Schlegel, Mr. Sismondi, Bohl de Faber, Wolf y otros autores alemanes y franceses nos enumerasen las excelencias de sus obras para que nosotros hayamos cesado en la tarea de destruir su fama, que con ahinco habían emprendido nuestros afrancesados neoclásicos de la pasada centuria.

Por las razones que de apuntar acabo, al escribir usted la historia de la *Literatura Militar Española*, al poner en punto de evidencia los méritos, poco conocidos ú olvidados, de nuestros grandes tratadistas de milicia, no sólo ha hecho usted un buen libro, sino lo que es más, ha llevado usted á cabo una empresa patriótica y digna de singular encomio. En su libro se relatan los hechos siguiendo el método analítico; no porque usted desconozca el valor é importancia de las teorías sintéticas, y así lo ha demostrado en su *Museo Militar*, sino por una razón de invencible fuerza: la necesidad de comenzar probando la existencia y singular valía de la literatura militar española antes de exponer las enseñanzas que se puedan deducir del estudio de su desenvolvimiento histórico. El célebre Enrique Tomás Buckle, en la introducción de su *Historia de la civilización en Inglaterra*, condena á los historiadores que se limitan á exponer los hechos sin investigar las leyes generales que, según su juicio, rigen á todo lo creado, lo mismo en el orden físico que en el orden moral; pero Mr. Laurent, en sus

conocidos y celebrados *Estudios sobre la historia de la humanidad*, afirma que Buckle, por ser fiel á su sistema ó á su idea de la existencia de las leyes generales como norma de la vida, cae en el fatalismo y perturba todas las nociones morales que sirven de criterio para juzgar de la malicia ó bondad de las acciones humanas.

Yo confieso, amigo mío, que en la cuestión acerca del método ó de la forma que se ha de usar al escribir libros de historia me parece bien lo que dice Buckle, y tampoco me parece mal lo que contesta Mr. Laurent. Cierto es que la *materia prima* de la Historia son los hechos realizados por los seres humanos; el erudito que investiga estos hechos y después los relata, seguramente que escribe una obra histórica, tanto más digna de estimación cuanto mayor sea el número de los datos que logre presentar reunidos; y el pensador que, estudiando detenidamente los hechos históricos, que ya están bien comprobados, aventura hipótesis que expliquen ó pretendan explicar la sucesión de los acontecimientos que causan el poderío ó la decadencia de las naciones, contribuye también al progreso de la ciencia, porque á veces la hipótesis de hoy llega á convertirse en la verdad de mañana. No cabe duda de que el erudito corre el peligro de ver sólo los pormenores y dejar que pase inadvertido lo que constituye la esencia, el espíritu de los acontecimientos que relata; pero el pensador también corre un riesgo no menos grave, si llega á enamorarse de las concepciones de su mente, si llega á crear un sistema fundado en teorías abstractas, y mutila inconscientemente la realidad, para que se ajuste al estrecho molde de lo que considera como permanentes leyes de la historia. Nadie podrá decir con razón que en su *Museo Militar*, ni en la historia de la *Literatura Militar Española*, á que esta carta sirve de *post-scriptum*, se cae en ninguno de los censurables extravíos que acabo de indicar; porque usted ha usado de la erudición con discreta parsimonia, y ha huído de formular leyes históricas, creyendo, sin duda, que la biología social aún está muy lejos de constituir una ciencia,

y que, mientras esta ciencia no exista, la filosofía de la historia sólo podrá aventurar hipótesis, más ó menos probables, pero nunca de todo punto ciertas.

Aquí podría poner término á este escrito, que temo le parezca largo en demasía, pero aún voy á permitirme decir algo acerca de una cuestión en que veo que usted no está enteramente de acuerdo con lo que yo he afirmado en mi biografía del ilustre artillero D. Vicente de los Ríos. Parece ser que todos estamos conformes en que el *Tratado de Artillería*, que, según lo que se halla consignado en su portada, fué escrito *exclusivamente* por el general D. Tomás de Morla, es obra de dos ingenios; y mi querido amigo y antiguo compañero Mario de la Sala así lo expresa sin ambages ni rodeos, cuando al ocuparse del ya dicho *Tratado de Artillería* escribe: «Siendo este libro tan celebrado la resultante de dos poderosas fuerzas intelectuales é indudable producción de dos ingenios, fuera justo que ostentase en la portada los nombres de ambos y no el de uno solo. Esto hubiera sido lo correcto. No lo hizo así Morla, y al publicar el *Tratado* bajo su exclusiva patente, no sólo fué ingrato con su benemérito antecesor en el aula, sino que atropelló los fueros de la rectitud, detentando la ajena labor en provecho propio.»

Resulta, pues, que el *Tratado de Artillería* que escribió el profesor D. Vicente de los Ríos, y que á su muerte dejó concluido é inédito, sirvió de base al ayudante profesor D. Tomás de Morla para escribir el libro, en cuya portada estampó su nombre, y en cuyos prólogos dijo que poco ó nada era lo que había podido aprovechar de los trabajos de su antecesor en la clase de artillería. Mi amigo el coronel La Sala llama á esto *detentar la ajena labor en provecho propio*; aplaudo el calificativo y paso adelante.

Preséntase ahora la cuestión de averiguar la parte del *Tratado de Artillería* que está escrita por D. Vicente de los Ríos y lo que haya podido añadir á esta parte el general afrancesado D. Tomás de Morla. Era D. Vicente

de los Ríos un escritor que discurría con tanta sagacidad como sensatez, y que expresaba sus pensamientos con suma claridad y castizo lenguaje; y D. Tomás de Morla, de ingenio vivo y exaltada fantasía, era precisamente todo lo contrario, porque sus razonamientos pecaban siempre de exagerados y su estilo de incorrecto.

Si, amigo Barado; yo creo que usted y el coronel La Sala tienen razón. El *Tratado de Artillería*, atribuido á D. Tomás de Morla, es obra de dos escritores, y como uno de estos dos escritores, D. Vicente de los Ríos, tiene acreditada su cordura como pensador y su mérito como hablista, y el otro, D. Tomás de Morla, como pensador ha sostenido que hay razones para faltar á lo estipulado en las capitulaciones militares, y que el *uso del palo* es el medio más eficaz para mantener la disciplina de las tropas, y como hablista baste decir que llama *bajo oficial* á lo que los franceses nombran *sous-officier*, habrá que convenir en que los pensamientos extravagantes y los neologismos que se hallen en las páginas del *Tratado de Artillería* pertenecen, sin género de duda, al general afrancesado, y las doctas enseñanzas y los párrafos correctamente escritos al académico artillero, al insigne autor del *Análisis del Quijote*.

En la biblioteca de la Dirección de Artillería existe un volumen manuscrito, en folio y encuadernado en pasta, en cuya portada se lee: *Tratado de Artillería con sus figuras y diferentes láminas concernientes á ella. En Madrid, año 1756*. Las láminas que se hallan en este libro son notables; están muy bien dibujadas, y algunas están iluminadas con los colores que requieren los objetos que en ellas se representan. En la margen inferior de la mayor parte de estas láminas se halla la fecha en que fueron dibujadas, y una firma que dice: *Don Carlos Saqueti*. Según aparece consignado en estas fechas, unas láminas fueron dibujadas en Barcelona en los años 1748 y 1749, y otras en Madrid en el de 1753 y siguientes hasta 1756. Como se ve claramente, este manuscrito es de la época en que la instrucción de los oficiales de artillería se daba

en las academias de Barcelona y Cádiz (una de las láminas está dibujada en Cádiz) y es anterior al establecimiento de la enseñanza artillera en el Alcázar de Segovia.

Existen también en la misma biblioteca de la Dirección de Artillería dos copias igualmente manuscritas del libro que acabo de reseñar. Son dos volúmenes en 4.º menor; el uno está encuadernado en pasta, y el otro en pergamino, y este último tiene una dedicatoria, por la cual consta que es un donativo hecho á la biblioteca del cuerpo de Artillería por el distinguido escritor don Juan Pérez de Guzmán. Ambos volúmenes tienen en el lomo el mismo título, que dice así: *Tratado 5.º De la Artillería*. Este de *tratado 5.º* se refiere sin duda al orden de los tratados en un curso general de arte de la guerra, porque el libro comienza por la definición de la palabra artillería y comprende todo lo concerniente á la composición de la pólvora, clases y nomenclatura de las bocas de fuego, juegos de armas, etc., etc.; en suma, es un tratado de artillería completo, aunque reducido á muy cortas proporciones. ¿No le parece muy raro que existan en la biblioteca de la Dirección de Artillería nada menos que tres ejemplares de los apuntes que sin duda corrían de mano en mano entre los alumnos de la clase de artillería de las academias de Barcelona y Cádiz, y no se encuentren ni en esta biblioteca ni en la del Alcázar de Segovia tampoco se encontrase antes del incendio que la destruyó, según nos ha dicho el general Carrasco, ningún ejemplar de las lecciones que en tiempo posterior dictaba á los caballeros cadetes del Real Colegio Militar el profesor de artillería D. Vicente de los Ríos? ¿No parece indicar esta total desaparición de los cuadernos de artillería dictados á sus discípulos por D. Vicente de los Ríos que alguien tuvo interés en que no se conservase la memoria de sus explicaciones?

Yo creo que la verdad histórica exige que se diga que D. Tomás de Morla era lo que en lenguaje familiar se apellida una mala persona, y así lo prueban las injurias

que prodigó á los franceses cuando los creyó vencidos por completo después de nuestro glorioso triunfo en Bailén, y sus adulaciones á Napoleón y al intruso rey José I cuando le pareció que había que cerrar el pecho á la esperanza y doblar la cerviz ante el ominoso yugo de los conquistadores extranjeros. Y si tal era, moralmente considerado, el general Morla, no se calumnia su memoria sospechando que puede haberle alguna responsabilidad en la total desaparición de los cuadernos de la clase de artillería dictados por el profesor D. Vicente de los Ríos; porque de la comparación de estos cuadernos con el *Tratado de Artillería*, á que dió su nombre, podría resultar la prueba plena del aserto que hizo D. Martín Fernández de Navarrete al decir: «Morla sólo fué un coordinador, ó cuando más, un traductor de lo que había dejado escrito á su muerte el erudito autor del *Discurso sobre los ilustres autores é inventores de artillería*».

No terminaré sin felicitar al editor de la *Literatura Militar Española*, por el lujo y el esmero con que este libro se ha de dar á la estampa; y hablo en futuro, porque juzgo de toda la edición por el primer fascículo que hace meses vió la luz pública, y supongo que lo restante no desmerecerá de lo ya conocido.

Quisiera haber expresado en esta carta todo lo que vale su *Literatura Militar Española* como obra histórica, y aun haber sintetizado en breves palabras las enseñanzas que de su lectura pueden deducirse; pero toda obra humana es imperfecta, y lo que realiza el escritor queda siempre muy por bajo de la idea que guía su pluma. Así lo enseña una conocida frase latina: *non omnia possumus omnes*. Buena era mi voluntad al comenzar á escribir este *post-scriptum*, grande es mi descontento al terminarlo; pero su benevolencia sabrá disculpar las faltas que note, y así tendrá esto más que agradecerle su muy verdadero amigo,

D. Tomás VIDART.
 Madrid 14 de Octubre de 1889.



debe esperarse racionalmente mayor desarrollo, vuelo más alto, progreso y perfeccionamiento, en una palabra, cuando otras aspiraciones y necesidades intelectuales modificuen á esa raza y la hagan entrar en el concierto de los pueblos cultos; Es admisible la posibilidad de semejante evolución, posibilidad que en buena filosofía sólo puede negarse, dando valor positivo á leyes de la Naturaleza, que probablemente serán siempre un misterio para el hombre.

EL TEATRO TAGALO⁽¹⁾

VIII

¿Es susceptible la raza tagala de alta cultura intelectual?—La imitación, génesis eterno del arte.—Cómo la realizaron las tribus americanas.—Circunstancias más favorables para el teatro en Filipinas.—Elementos propios que al drama de *Doña Inés* ha llevado el genio tagalo.—Los moros.—Peñaflor y Dionis.—Omisión de todo lo bueno que hay en las fuentes españolas.—El público filipino pintado en la novela *Noli me tangere*.—Conclusión.



DERMITE la sencilla exposición que hemos hecho del drama tagalo y sus fuentes españolas formar juicio sobre dos puntos interesantes: primero, condiciones literarias de la obra y del público á que se destina; segundo, aptitud de la raza á que el autor pertenece para asimilarse y hacer suyos los ideales artísticos de otras razas, y por medio de la imitación y el cultivo de las facultades propias, llegar á crearse un ideal, un estilo, un arte, en fin, propio también y con caracteres definidos, y por decirlo así, personales.

Parece seguro que notablemente descuella en el teatro filipino *Doña Inés Cuello de Garza*; luego al público tagalo, en materia de arte dramático, le basta con lo que Honorato de Vera le da; luego éste, acertando á ganarse su estimación y su aplauso, realiza su ideal

(1) Véase la pág. 243 del tomo anterior.

artístico y presta voz y forma al espíritu de aquel pueblo, reproduciendo como espejo fidelísimo su manera de ser y de sentir. ¿Habríamos de poner á estas hipótesis la advertencia y el epílogo de *por ahora*? ¿Puede y debe esperarse racionalmente mayor desarrollo, vuelo más alto, progreso y perfeccionamiento, en una palabra, cuando otras aspiraciones y necesidades intelectuales modifiquen á esa raza y la hagan entrar en el concierto de los pueblos cultos? ¿Es admisible la posibilidad de semejante evolución, posibilidad que en buena filosofía sólo puede negarse, dando valor positivo á leyes de la Naturaleza, que probablemente serán siempre un misterio para el hombre?

III

Hé aquí el problema que en Filipinas se pone delante del observador como un abismo sin fondo en todos los órdenes de la vida moral, problema que es en puridad el mismo que planteaba ya Legaspi entre renglones, en su carta á Gonzalo Pereira, de que hablamos al principio.

El análisis de los elementos que el ingenio tagalo haya traído al acervo común de la literatura, al apropiarse y amoldar á su gusto la poética leyenda de doña Inés de Castro, ha de ofrecernos alguna base más ó menos sólida para este verdadero cálculo de probabilidades, así como de los juegos e inclinaciones del niño es hasta cierto punto posible inferir aproximadamente la vocación y la aptitud que tendrá el hombre.

Todas las artes han comenzado por la imitación en los pueblos primitivos y por apropiarse los secretos ya robados á la naturaleza por los más cultos que marchaban delante. La dramática, arte complejo, multiforme y social y popular por excelencia, no podía ser excepción de la regla, antes la confirma y aquilata. Sin contar Grecia y Roma, por cuyos modelos fueron los demás teatros elevándose hasta la perfección, tenemos en nuestra casa propia un ejemplo muy reciente que nos permite contar los pasos por donde se camina al ideal artístico desde el estado natural. En él encontramos por los

siglos XV y XVI á los pueblos que habitaban las orillas del Atlántico y del Pacífico, y no sólo testigos de mayor excepción, poderosos auxiliares hemos sido de las evoluciones y esfuerzos que les ha costado el nivel artístico que hoy alcanzan, alto relativamente donde las razas indígenas han desaparecido ó se han mezclado con otras lo bastante para formar una nueva, inferior, donde este hecho enográfico no se ha verificado bien y predomina y subsiste como lastre en el fondo social el espíritu de los primeros pobladores. El modelo, desde el primer día, lo tuvieron unas y otras delante de los ojos. Los frailes, que acompañaban á conquistadores y descubridores, únicos representantes del elemento civilizador en aquellas empresas, hacían frecuentes tentativas para ir aclimatando el teatro; tentativas, por lo común, de carácter religioso ó palaciano, exactamente como las que hemos visto en Filipinas. En América no cayeron las semillas en terreno más abonado, y sin embargo, las hemos visto arraigarse y florecer á compás de las evoluciones de la sangre indígena. Todavía en la segunda mitad del pasado siglo era aplicable á todos los teatros de las colonias españolas lo que dice del de Chile D. Diego Barros Arana:

“Allí no había decoraciones ni aparato escénico. Algunos mulatos notables por su desplante estaban vestidos de casacas como los oficiales de la guardia de Gobierno, para representar á los Reyes Magos, á Herodes ó Poncio Pilatos. Dos ó tres mujeres, más recomendables por su locuacidad que por la cultura de sus maneras, se habían cubierto de vistosas sayas para desempeñar el papel de Santa Ana, la Virgen María ó Santa Isabel. Cada uno de los actores recibía seis ú ocho pesos mensuales por toda remuneración, lo que basta para conjurar cuál sería su mérito artístico.” (1)

(1) Citado por D. Miguel Luis Amunátegui en su obra *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*.— Santiago, Imprenta Nacional, 1888.— Un tomo en 4.º

Es decir, que la raza mezclada todavía predominante en Chile se hallaba en los albores del arte dramático, parodiando, más bien que imitando, las primeras representaciones litúrgicas de los españoles, hasta que ha venido la raza nueva á elevarlas á la altura bastante considerable en que hoy las vemos, ya con carácter local y propio, aunque no sea enteramente distinto del que le sirvió de modelo. Análogo progreso ha seguido el teatro en las demás naciones americanas (1).

Marchar pudo la imitación en Filipinas por sendas más desembarazadas aún, porque allí el clero no ha sido tan intolerante como en América, ni se han visto luchas por el teatro entre el poder religioso y el civil, ni obispos como el de Santiago, D. Manuel de Alday y Aspee, que en los últimos años del siglo XVIII se opuso á su establecimiento con carácter permanente. Todo lo contrario

(1) Por no alargar excesivamente el relato ni embarazarlo con citas, recordaremos únicamente aquí á México y el Paraguay, llamando la atención del lector hacia las obras de fray Alonso Ponce y D. Félix de Azara, que tocan, aunque ligerísimamente, este punto. El primero, en la *Relación de las cosas que le sucedieron en las provincias de la Nueva España*, publicada modernamente en la *Colección de documentos inéditos para la historia*, tomos XLVII y XLVIII (Madrid, 1872, dos tomos en 4.^o), trae una interesantísima relación *De una fiesta que los indios de Tlaxomulco hicieron el día de los Reyes*, representando una especie de *Auto de la Epifanía*, donde el rústico ingenio de aquel pueblo inculto pone ya de su cosecha elementos propios, aunque pueriles.

Más laconico el Sr. Azara, en su *Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata*, obra póstuma que publicó su sobrino D. Agustín en 1847 (dos tomos en 4.^o) dice únicamente: «Les daban (los jesuitas á los indios) muchos días de fiesta, bailes y torneos, vistiendo á los actores y á los del Ayuntamiento de tisú y con otros trajes los más preciosos de Europa, sin permitir que las mujeres fuesen actrices, sino espectadoras.»

En la expresión de *torneo* casi siempre estos antiguos historiadores de Indias incluyen la *comedia*.

En el Perú consta evidentemente quién hizo el primer ensayo, pues dudamos que antes del mes de Enero de 1602 registre ningún otro la historia teatral de aquel país.

En esa fecha suena representada en la ciudad de la Plata (Chuquisaca), según el manuscrito que nosotros poseemos, la *Comedia de la Virgen de Guadalupe y sus milagros*, por fray Diego de Prades, de la orden de San Jerónimo,

ocurre en Filipinas, donde los párrocos han introducido la costumbre de celebrar con funciones teatrales, que costean a veces ellos mismos, toda fiesta religiosa, y por lo visto de ellos deben de proceder también las escasas fuentes literarias que andan en manos de los indios, pues no se negará que la *Nise laureada* y *Nise lastimosa*, aunque sea en la edición moderna del Sr. Ochoa, así como los romances y los libros caballerescos que explota la literatura indígena, son platos harto delicados para haberse cocido en *carajais*. Más aún: puede sospecharse que si no veían los frailes de Filipinas con buenos ojos el drama litúrgico, representado por indios, lo contrario sucedió con el caballeresco ó de capa y espada, toda vez que este género predomina mucho en la literatura que facilitaron á los indígenas. El grande influjo que hasta mediados del siglo anterior gozó allí la Compañía de Jesús es otro argumento de hecho á favor de nuestra tesis: bien se recordará que los dos ensayos más notables que como albores del teatro hemos registrado, por los jesuitas se hicieron en Manila y Pangasinán.

Ningún autor, por rudo que sea, al imitar una obra ajena, máxime si es literaria ó artística, cuyos elementos salen de lo más libre, espontáneo y vigoroso que hay en la naturaleza del hombre, deja de aportar á ella algún rasgo, algún vislumbre ó trasunto de esos elementos que le son propios y personales, ya por el instinto de rebeldía que en todo artista despierta la idea de ser segundo, ya por la comezón y tendencia inconsciente á aventajar á la naturaleza embelleciéndola, que la inspiración hace brotar en la fantasía. Estamos seguros que Honorato de Vera, aunque no se dé cuenta de ello, al oír los aplausos del público tagalo, creará firmemente haber perfeccionado las obras españolas que fueron su modelo.

La novedad mayor que *Doña Inés Cuello de Garza* nos presenta, la que no tiene precedente ni raíz alguna en nuestro antiguo repertorio ni en nuestros romances, y por ende se ha de considerar como esa parte del alma

que pone el artista en toda reproducción de obra ajena, es sin duda la intervención de los moros granadinos en las cuestiones puramente locales y aun familiares que en Portugal y Castilla agitaron á los dos Pedros crueles. Justificada la de Navarra por el romance del siglo pasado, de su conveniencia ó inconveniencia al autor español hay que cargar la culpa toda; pero la intervención de los moros es tagala exclusivamente; es la originalidad de Honorato de Vera. En buen hora no nos metamos en filosofías, ni en sí hay ó no propiedad y anacronismos, verosimilitud histórica, ni otras zarandajas. Contémosnos con la justificación que la guerra de los moros trae á la carta que el rey de Portugal lee en el primer acto, y al viaje de su hijo á Castilla en alas de su amor y en busca de una novia á quien ni de nombre conocen bien uno ni otro. Lleguemos, pues, hasta la longanimidad, echando á la mejor parte posible esa invención que, si no árabe, es de algarabía. Quizás responda al espíritu de raza; quizás el poeta no pueda concebir al elemento cristiano sin la contraposición y el claroscuro del elemento hereje. Ni hay que olvidar tampoco que la ruda Minerva tagala ha salido de nuestros romances y libros de caballerías en su último período, cuando á los Tirantes y Belianises habían reemplazado los Zegríes y Abencerrajes. Ello es que esta novedad tan original y estupenda se realiza por medio del califa de Granada Amiljacob (no hubo en España más califato que el de Córdoba), de su consejero, *alter ego*, ayudante ó secretario Aventarip, y del paje, lacayo ó bufón Alipe, que en buen amor y compañía entran y salen por palacios, reinos y tierras enemigas como Pedro por su casa. ¿Es que aportan á la trama caracteres, pasiones ó accidentes indispensables? ¿Es que sin ellos la acción sería manca ó floja, y mirando compasivo á los poetas castellanos, Honorato ha querido enmendarles la plana? Ahí la tiene el lector. Responda por sí mismo. Lo mismo que moros andantes podrían ser persas ú hotentotes. Mejor todavía chinos, pues en al-

guna ocasión, hasta su lenguaje recuerda a los *coletudos* de Binondo. La misma escena en que Amiljacob se escandaliza de que sobre el campo de batalla se abracen el portugués y la española, única situación que tiene algún carácter, es un carácter antimoruno. ¡Pudores y remilgos en la guerra los antepasados de Boabdil! Pues ¿qué diremos de aquel enamoramiento súbito del califa, de aquellas embajadas y viajes a Navarra, y finalmente de aquel suicidio amoroso, que ni en los romances antiguos tiene más precedente que el de la Peña de los enamorados? Esto en cuanto a las acciones mayores o fundamentales, que en cuanto a las episódicas, no hay una que tenga sentido, pues aun aquellas a que puede atribuirse algún fin moral, como las escenas del Consejo, sobre falsas por su inverosimilitud, resultan contraproducentes por su esencia. ¡Consejero un rey moro de un rey cristiano, y defensor hasta con el alfanje de la buena causa! ¡Y no sólo consejero el califa, sino también su lurgarteniente Aventarip! Como sátira podría pasar; pero en todo ha pensado el poeta tagalo menos en satirizar las instituciones portuguesas. Esto sí que puede creerse a puño cerrado.

Entre las reminiscencias castellanas, según indicamos al principio, excepto el título de la obra, las menos ingeniosas, las menos dramáticas, las menos interesantes son las que con raro acierto recoge el autor tagalo y conserva. Empecemos por los romances. ¿Cuál es el que más le agrada? No por cierto los de D.^a Isabel de Liar, los más bellos y sabrosos, ni los de Gabriel Lobo, los más poéticos y ceñidos a la verdad histórica, sino el anónimo del siglo pasado, el más desabrido, el más disparatado de todos, hasta el punto de amenguar con su comparación los insulsos disparates del drama filipino. ¿De dónde sacaría el mentecato romancero los pegotes y postizos con que afeó la tragedia lastimosa de D.^a Inés? Para subir sus quilates dramáticos y su poético interés, ¿qué falta hacía aquella guerra de Navarra por el desaire de su princesa, aquel cerco de Lisboa, aquel em-

plazamiento del rey Alfonso y toda aquella cáfila de invenciones tan mal imaginadas como torpemente zurdidas? La misma falta que al autor filipino le hacía cambiar los nombres de los príncipes. Sonarán más huecos en tagalo Armina y Nicanor que Constanza y Pedro.

Hay que convenir en que el acierto en la elección de modelos tampoco es dote que á Honorato distinga, máxime si tan mala mano como en los romances le viéramos en los dramas. El defecto mayor del de Mexía de la Cerda es la estupenda invención de Juanico, el hijo bastardo de D. Pedro y D.^a Inés, y el amor del heredero legítimo del trono á su madrastra: Honorato de Vera ha corregido y aumentado estas invenciones convirtiéndolos en dos cazadores de hienas y tigres (¡tigres y hienas en Portugal!), aunque bastardos ambos, y unas veces gemelos y otras de once y diez años, contra toda ley de naturaleza. A la verdad menos disparatado que el poeta español que llamó Juanico al infante de su invención anduvo el tagalo bautizando á los suyos de Peñafior y Dionis, pues este último nombre llevaba efectivamente uno de los niños de corta edad que D.^a Inés dejara

en el mundo. Aquí no puede menos de venirse á la memoria el reparto singular de los personajes por naciones, juntamente con el extraño caso que nos presenta de considerar castellanos á los bastardos de D.^a Inés, que no tienen más sangre nuestra que el vientre de su madre.

Quizás el autor lo ha hecho con una mira de patriotismo tan pueril como todas sus cosas, por adjudicarnos aquellos héroes imberbes y dar verosimilitud á sus hazañas.

Cuenta Juan Rufo Gutiérrez en sus *Seiscientas apotegmas*, impresas en Toledo en 1596, en 8.^o, que cierto día entraba en una iglesia de aquella ciudad una mujer preñada, que á codazos y empellones se abría paso entre la multitud.—“Háganla calle y plaza, dijo un chusco, que lleva un león en la barriga.—Sí, á fe, respondió ella, que es obra de un soldado.” ¿Quién sabe? Quizás el cándido patriotismo de nuestro autor no concebía que

siendo leones los hijos de D.^a Inés fueran otra cosa que castellanos.

Tenemos, pues, que el mayor defecto de la obra española es justamente el que imita y exagera la tagala, y que prescinde á la vez completamente de los elementos más dramáticos é interesantes de la acción, de los que forman por sí mismos el tejido y la máquina de un buen drama, por ser, además de históricos y humanos, bellos y poéticos: el entierro, la iluminación del camino, el besamanos del cadáver, la ejecución de los reos, etc., etc., elementos bien propios para interesar á un público, si éste piensa y siente como el resto de la humanidad.

Pues en los matices, en los pequeños detalles, en los rasgos de carácter, en la pintura de costumbres, en la expresión poética, que tan abundosa y galana es en el drama de Mejía, como solemne y grave en los del padre Bermúdez, nada recoge, nada se asimila, que tenga color de verdad ó de época, ó siquiera de factura artística. Si el Príncipe viene al campo de batalla á buscar á sus amores, lo hace por *los informes* que tiene, como si se tratara de un negocio oficinesco; cuando de fiestas es hora, hay que *engalanar* las calles y *vestir de gala* á la corte, como para una procesión ó una solemnidad palaciega, y otras frases hechas, recogidas al azar en la literatura moderna con no menor desacierto que las que recoge del lenguaje ó las costumbres antiguas, de que también hay acá ó allá algún eco perdido, como en aquella noticia que dan al rey viejo de los que *tomaron el pulso*, quizás reminiscencia vaga de nuestros antiguos ministrantes ó de algún frontispicio de obra de medicina (1). ¿Qué más? Las terribles escenas en que la cabe-

(1) *Médicos del pulso* llamaban antiguamente á los de familia, ó cabecera, que decimos hoy. El famoso Eugenio de Salazar, en su *Silva de poesía*, manuscrito precioso que ha dado á conocer Gallardo en el tomo IV de su *Ensayo de una biblioteca de libros raros*, llama al Dr. Vega *médico del pulso del serenísimo príncipe D. Carlos*. No escasean estos ejemplos en nuestra bibliografía médica, aunque la frase hizo poca fortuna.

za de D.^a Inés, paseada por las manos de sus hijos, arranca al público tagalo repetidos *abáas*, que es su frase favorita de admiración, no deja de tener en el fondo sus precedentes, y por modo algo estético, pudo sin desatino figurar en comedia en que tercian moros, pues sabido es que entre los reyes de taifas se usó plantar flores en los cráneos de sus enemigos á guisa de mace-tas, y como dádivas y obsequios se enviaban unos á otros cabezas cortadas, costumbre digna de los pueblos más salvajes, habiendo en alguna ocasión ostentado el Guadalquivir

cenefa de cabezas canforadas, según dijo un poeta. Para mengua de la humanidad, no ha sido esta costumbre exclusiva de los pueblos bár-baros, que también nuestro D. Pedro el Cruel, á pesar de sus altas prendas, con el rey Bermejo y sus 37 adali-des hizo este alarde de ferocidad, enviando sus cabezas al de Granada, y presentes análogos recibía él con gran contentamiento, como la cabeza de Gutier Fernández de Toledo, cuando se la enviaron los de Alfaro con un balletero de maza..... y así le aconteció á la postre con la suya propia, que fué enviada á Sevilla por D. Enri-que para que se convenciera el pueblo que era verdad la hazaña de Montiel, digno castigo dado por la Provi-dencia á aquella costumbre impropia de un rey cris-tiano.

Otra coincidencia más singular todavía. La violenta é inverosímil escena en que Armina, moribunda en su *adornado catre*, deja por herencia á su marido el encargo de casarse con su manceba, no es tal que no haya cabido en la brillante y paradógica novela francesa; pero ni la hábil y práctica pluma de Jorge Ohnet ha sabido ha-cerla aplaudir por las mujeres jueces inapenables en esta materia, cuando les pinta una situación análoga en *Le dernier amour*. Por cierto que se llama *Mina*, diminutivo de Guillermina, la esposa que en la novela se suicida

para que el marido pueda casarse con otra, sin que demos á esta coincidencia otro valor que el de una curiosidad literaria.

Dice D. J. Rizal, mestizo filipino educado en Alemania, autor de *Noli me tangere*, una novela que pretende ser retrato de cuerpo entero de los tagalos y que no carece de buenos cuadros y atinadas observaciones, que las mujeres de aquel país no han aprendido á desmayarse todavía, y lo mismo decimos nosotros del suicidio, que por fortuna abunda poco, quizás por otras causas: hé aquí sin duda la de que los poetas manejen tan mal los resortes dramáticos de cierta delicadeza, que rechinan en sus manos y se descomponen como joyas de filigrana en el yunque de un herrero. Insistiremos en una idea que ya se ha indicado antes, aunque ligeramente.

El abuso de los desmayos y los conatos de suicidio que hace el autor de *Doña Inés Cuello de Garza* se prestaría á curiosas investigaciones fisiológicas, máxime reparando que así los aplica á hombres como á mujeres; prueba indudable de que no cala bien las diferencias de temperamento que nacen de las de sexo, ni tampoco le adorna esa cualidad que, no ya en literatura, en rudimentaria enseñanza llamamos oportunidad, *modus in rebus*, armonía de los actos con las palabras, de las palabras con las ideas y de las ideas con los afectos, las sensaciones y los diversos estados del espíritu. ¿Estarán equivocados los pensadores que creen comunes á toda la humanidad ciertas pasiones? ¿Será el medio ambiente ó será el estado de cultura el que determine la homogeneidad psíquica?

El estudio del público tagalo podría darnos la solución de este problema, y si bien ya hemos hecho algunas indicaciones por nuestra cuenta propia, al llegar á este punto culminante de un trabajo en que se analizan las facultades intelectuales de aquella raza y su aptitud para abrirse las puertas de la civilización, desconfiamos de nuestras propias observaciones y nos parecen guías preferibles sus escritores mismos. Desgraciadamente

abundan muy poco, pues los escasos hijos de Filipinas que dentro ó fuera de ellas han publicado libros, no tocan puntos de arte, ni mucho menos de crítica antropológica, excepto el autor de la novela que acabamos de citar, cuya educación alemana ha llenado su espíritu de recóndita hostilidad á España y los españoles, que sólo aparece un tanto modificada por el conocimiento del país á que pertenece, donde, en efecto, sus ideales no caben ni aun metidos á mazo. Así, á pesar suyo y como *ex-abundantia cordis*, sus rasgos de observación local convierten en pueril utopía su tendencia política, presentándonos el curioso espectáculo de un hombre que se empeña en sacar agua de un pozo donde sabe que no la hay. Como autor primerizo se retrata á sí propio en el héroe de su novela, y á los demás personajes como indignos hasta de escuchar sus palabras. Los pintores, las bordadoras, los escultores del barrio de Santa Cruz, los de Paete, en la provincia de la Laguna, que califica de carpinteros, y en fin, los modestos artistas filipinos, entre los cuales hay algunos de verdadero mérito, salen de sus manos tan bien librados, que la página 27 del *Noli me tangere* (sin contar otras muchas) es un verdadero *Tizón* de las artes filipinas. Pues este autor describe así el espectáculo teatral, sacando á la vergüenza, hasta nombres propios:

„Allá en la plaza se ha levantado el tablado, escenario
 „de caña, nipa y madera: allí dirá maravillas la comedia
 „de Tondo y competirá con los dioses en milagros in-
 „verosímiles, allí cantarán y bailarán Marianito, Cha-
 „nanay, Balbino, Ratia, Carvajal, Yeyeng, Liceria, etc.
 „El filipino gusta del teatro y asiste con pasión á las re-
 „presentaciones dramáticas; oye silencioso el canto,
 „admira el baile y la mimica, no silba pero tampoco
 „aplaude. ¿No le gusta la representación? Pues masca su
 „buyo ó se marcha sin turbar á los otros que acaso en-
 „cuentren gusto en ello. Sólo algunas veces aúlla el bajo
 „pueblo cuando los actores besan ó abrazan á las actrices;
 „pero no pasa de ahí. En otro tiempo se representaban

„únicamente dramas. *El poeta del pueblo componía una*
 „*pieza en que necesariamente había de haber combates á*
 „*cada dos minutos, un jocoso y metamorfosis terroríficas.*
 „Pero desde que los artistas de Tondo se pusieron á pe-
 „lear cada quince segundos, tuvieron dos jocosos y die-
 „ron en cosas más inverosímiles aún, mataron á sus co-
 „legas provincianos. El gobernadorcillo era aficionado
 „á ello; y escogió, de acuerdo con el cura, la comedia
 „*El príncipe Villardo, ó los clavos arrancados á la infame*
 „*cueva, pieza con magia y fuegos artificiales.* (1)

No se olvide que los cómicos de Tondo representan el
 progreso teatral posible, pues algo ha de influir en ellos
 la crítica de los periódicos, el roce con la sociedad cul-
 ta de Manila y un público que es naturalmente la flor del
 tagalismo. Y todavía en el siguiente capítulo remacha
 Rizal el clavo escribiendo: „*Á los indios, sobre todo al*
 „*gobernadorcillo, gustó mucho la comedia tagala: este últi-*
 „*mo se frotaba las manos y nos decía que era una lástima*
 „*que no hubiesen hecho pelear á la Princesa con el gigan-*
 „*te, lo cual, en su opinión, hubiera sido más maravilloso,*
 „*y más si el gigante llegaba á ser invulnerable, menos en*
 „*el ombligo, como un tal Terragus (sic), de que habla la*
 „*historia de los Doce Pares.*”

Vemos, pues, que un escritor que poetiza á los indios
 cuanto cabe en lo humano, que lleva en las venas su
 propia sangre y que se propone un fin político que,
 como principio ineludible, le aconsejaría disfrazar la
 verdad, no acierta á hacerlo poco ni mucho, antes bien,
ex-abundantia cordis, repitámoslo, casi fulmina á su
 raza el *nulla est redemptio* en materia intelectual, adon-
 de no llegaría el europeo más pesimista. El héroe de esta
 novela, en que el autor, como hemos indicado, se retra-
 ta de cuerpo entero, justificando la exacta observación
 de Boileau,

„*Noli me tangere*, novela tagala.—Berlín, Berliner Buchdruckerei.—Ac-
 tion-Gesellschaft, 1887.

«..... un jeune homme qui s'aime
souvent dans ses héros se peint soi même,»

llega hasta hacerse decir por el Capitán general:—«Us-
ted es el primer hombre con quien hablo en este país,»
verdadero insulto á toda una raza, que no lo merece por
cierto, y menos de boca de uno de sus hijos.

Semejante pintura del público y de la comedia tagala,
hecha por un testigo de mayor excepción, autoriza las
gacetas de los periódicos de Manila cuando se dignan
ocuparse en tan estupendos espectáculos, que no es muy
á menudo, y algunas sangrientas cuchufletas, como la de
aquel escritor que en 1871 disfrazó su nombre con el
pseudónimo de *E. Riky*, en la portada de un donoso li-
brillo titulado *Diccionario humorístico filipino*, en el cual
escribe:

COMEDIA

Gutiérrez, Bretón y Ayala,

ved en resumen cabales
los resortes principales
de una comedia tagala.

Título de la función,

cualquiera que poco cueste;

cuando se cansa la orquesta

se alza ó se rompe el telón.

Se presenta un justialón

dando coces en la escena,

sale al punto una morena

vestida de tonelete,

la dice *acó* el mozalbete,

vienen cuatro ó cinco luego,

y al son del himno de Riego

se dan de palos los siete.

Pero también disculpa al mismo tiempo á los modes-
tos autores tagalos, que á tan pedestre público han de
complacer. Si en Europa, donde los poetas de verdadero
ingenio están obligados á no dejarse avasallar por esa

que con razón llamaba Cervantes «la bestia del público», porque les impone su propia cultura el deber, de encadenarla y dirigirla por el camino del buen gusto, se ha dejado correr casi impunemente aquella falsa moneda de Lope; ni raras es de ver en el caso la salida al paso la necesidad de sentir un pedagógico indiscutible, y nosotros jamás rehuimos el cumplimiento intelectual. El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo en un momento de hablarle en necio para darle gusto. En nuestro concepto, la mayor obra de posible cultura que con más razón los pobres poetas tagalos tienen que aceptar el caudal por no decir el barullo de especiotas que en aquellas cabezas infantiles ha metido ciertos barniz de cultura. ¿No vemos en ese mismo Rizal resabios tagalos, tan burdos como cuando dice Tía Isabel á María Clara: — «¿Vas á poner feo á tu padre?» dándole un modismo figurado una significación puramente recta y material, ni más ni menos que lo hace el autor de *Doña Inés*? Si andando los tiempos se los viera seguir creciendo de potencia para elevarse á verdaderos ideales artísticos, á concepciones estéticas originales y propias, sería llegada la ocasión, que parece deducirse del *Noli me tangere*, de considerarlos como una raza sin talentos ni misión histórica. Los que nos resistimos á creer que está destinada á perpetua infancia, porque damos á las modernas doctrinas de la selección una virtualidad acaso mayor de la que tienen, sin reparar tampoco en la contradicción, que entrañan con la teoría del medio ambiente y con la esterilidad de tres siglos de cultura, volvemos los ojos, como esperanza última, á dos elementos: la instrucción y el cruce. Del primero no debemos hacernos cargo sino sumariásimamente y sólo para decir que las disciplinas superiores, las altas lucubraciones de la inteligencia, difícilmente se escribirán nunca en tagalo, y sabido es, desde que lo dijo Quintiliano, que la ciencia no se aprende bien sino en la lengua propia, exigiéndose para lo contrario aptitudes especialísimas y verdaderos milagros de la naturaleza. No se entienda por esto que vacile un punto

nuestra opinión acerca de la enseñanza del castellano en Filipinas, á la cual hemos contribuido, en nuestra modesta esfera, acaso más que muchos ministros, que con firmar decretos estériles se dan por satisfechos; pero nos ha salido al paso la necesidad de asentar un principio pedagógico indiscutible, y nosotros jamás rehuimos el cumplimiento de un deber, aunque sea del orden intelectual meramente. Generalizar el castellano es allí, en nuestro concepto, la mayor obra de posible cultura que puede hacerse, no obstante la sospecha que algunos abrigan de que castellano y tagalo de tal modo se han de barajar en las nuevas generaciones, que en vez de instrumentos sean herramientas.

Por una razón que dejamos ya indicada, y cuyo desarrollo nos llevaría muy lejos, las razas mestizas de Filipinas presentan el fenómeno de volver muy pronto al tipo común, perdiendo en el camino las escasas cualidades superiores que deben al cruzamiento. Es tan poderosa la influencia de lo que llaman los metafísicos el medio, que así como los mestizos que se establecen en Europa, una á una van modificando sus condiciones físicas e intelectuales y llegan á hacerse europeos, así los que permanecen apegados al terruño á la segunda ó tercera evolución pierden, no ya la sangre castiza, que ésa suele perderse muy pronto aun en las razas puras, sino los caracteres morales e intelectuales que las distinguen, volviendo, como hemos dicho, al tipo indígena del cuño más rudimentario y primitivo. Apremiados por la necesidad de concluir, dejaremos para los *Apéndices* dos pruebas de hecho de esta curiosa tesis, ambas relacionadas íntimamente con la historia del teatro. (Se trata de una obra dramática de autor hispano-philipino, hijo de un distinguido jefe del ejército español. Este joven, al completar su educación en Europa, de tal modo ha superado su primer ensayo teatral, que aún hallándose impreso, únicamente podría ser citado, según lo haremos nosotros, como prueba de la degeneración de la inteligencia europea en los climas intertropicales. El *Corrido*

de la dama Inés, que también extractaremos, obra de un mestizo discípulo de la Universidad de Santo Tomás, posterior á la de Honorato en nuestro concepto, y que por ende ha podido evitar sus lunares y apropiarse sus bellezas, completará con aquel drama nuestra tesis estético-antropológica.

V. BARRANTES.

NOTAS

NOTAS

FOR D. CRISTÓBAL BARRANTES EN SU VIAJE POR MARRUECOS
EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDAN, AL SENEGAL (I)

(Continuación)



El 1.º de Julio de 1880, á los siete meses de nuestra salida de Tetuán, llegamos á la ciudad de Timbuctú, objeto principal de nuestro viaje; varios han sido los europeos que la han visitado, aunque partiendo de diferentes puntos del África; la mayor parte ha sucumbido durante el viaje, y otros que lo intentaron no pudieron realizarlo por impedírselo los habitantes de los países que atravessaban; el primero que tuvo la fortuna de poner los pies dentro del recinto de dicha ciudad, fué el francés Francisco René Caillé, que en el año 1828, desoso de ganar el premio de diez mil francos que había ofrecido la Sociedad de Geografía de París, se dirigió al Senegal, en donde residió un corto tiempo, y de allí pasó al país árabe llamado Yaxsa, en el que aprendió el árabe y las costumbres de aquel pueblo; conocedor de dicho idioma y las costumbres de aquellas gentes, partió para Sierra Le-

(1) Véase la página 11 de este tomo.



bellezas, completas con aquel drama nuestra tesis es-
tético-antropológica.

V. BARRANTES.

NOTAS

TOMADAS

POR D. CRISTÓBAL BENÍTEZ EN SU VIAJE POR MARRUECOS,
EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDAN, AL SENEGAL (1)

(Continuación.)



TIMBUCTÚ

El 1.º de Julio de 1880, á los siete meses de nuestra salida de Tetuán, llegamos á la ciudad de Timbuctú, objeto principal de nuestro viaje; varios han sido los europeos que la han visitado, aunque partiendo de diferentes puntos del África; la mayor parte ha sucumbido durante el viaje, y otros que lo intentaron no pudieron realizarlo por impedírselo los habitantes de los países que atravesaban; el primero que tuvo la fortuna de poner los pies dentro del recinto de dicha ciudad, fué el francés Francisco René Caillé, que, en el año 1828, deseoso de ganar el premio de diez mil francos que había ofrecido la Sociedad de Geografía de París, se dirigió al Senegal, en donde residió un corto tiempo, y de allí pasó al país árabe llamado *Trarsa*, en el que aprendió el árabe y las costumbres de aquel pueblo; conocedor de dicho idioma y las costumbres de aquellas gentes, partió para Sierra Leo-

(1) Véase la página 11 de este tomo.

na, diciendo ser un egipcio que, en su juventud, había sido hecho prisionero por los franceses y que, después de haber podido escapar de éstos, quería regresar á su patria.

Á pie recorrió el país de *Bámbara*, en el que se reunió á una gran caravana que se dirigía á Timbuctú, con la que viajó algunos días; mas, habiendo caído enfermo, se tuvo que separar de ella y quedarse en el camino hasta restablecerse; más tarde, ya completamente restablecido, se dirigió á *Deyenni* sobre el río Níger, embarcándose en una piragua de las que usan los negros para transportar sus mercancías por este río, y, al cabo de un penoso viaje, pudo llegar á Timbuctú, en cuya ciudad permaneció algún tiempo; y, uniéndose después á una caravana que se dirigía á Marruecos, atravesó el Sahara y Marruecos, llegando á Tánger después de un largo y penosísimo viaje lleno de trabajos y privaciones.

Á su llegada á París se presentó á la Sociedad de Geografía, que, enterada de las noticias que deseaba, le entregó los diez mil francos de premio, y dicha Sociedad publicó en 1830 las noticias de su viaje.

El segundo europeo que nos ha dado noticias de Timbuctú ha sido el alemán Enrique Barth, hombre científico é instruído, que en el mes de Septiembre de 1853 marchó Níger arriba hasta desembarcar en *Cabra*, y continuó por tierra su camino hasta llegar á Timbuctú, en cuya ciudad permaneció siete meses bajo la protección del *Sherif Sid-Mohamed-El-Beccai*, jefe de la poderosa familia llamada de *Sid-El-Mojlar-El-Konti*, en la que reside la jefatura de la secta de los Yilalas, que cuentan por su antecesor al santón *Mulay Abd-el-Kader-Yilali*, que murió en la ciudad de Bagdad, en la Siria; bajo la protección de esta familia pudo residir en Timbuctú hasta que los *Fulans*, que la dominaban en aquella época, sospecharon de Barth que, para escapar del fanatismo de ellos, tuvo que atravesar el desierto de Sahara en dirección á Trípoli, adonde llegó después de un viaje lleno de mil vicisitudes.

Se cree que el francés Pablo Imbert y el inglés Alejandro Gordon Laing han estado en Timbuctú; mas, como éstos

fueron muertos antes de concluir su expedición, no ha llegado á nosotros noticia alguna de ellos.

Timbuctú, llamada por los franceses *Tombuctú*, y cuyo nombre es el que yo menciono, por ser el que le dan los naturales de ella, está situada á unos quince kilómetros al Norte de la orilla izquierda del río Níger, y á 246 pies de altura sobre el nivel del mar; siendo su posición geográfica $17^{\circ} 40'$ latitud N. y $3^{\circ} 30'$ longitud OE. de Greenwich, y se cree fué fundada por los *Tuaregs*.

El clima es templado, aunque malsano á causa del paludismo que reina en aquella región, debido á las emanaciones del brazo del Níger que corre junto á la población. El número de sus habitantes es 20.000, próximamente, divididos en familias, de las que las más principales son los *Ermás*, *Fulán*, *Berabish*, *Tuaregs*, *Bámbaras*, *Mandingos*, y algunos árabes del Norte del África.

Los *Ermás* dicen ser descendientes de los antiguos árabes que, desterrados de España, se refugiaron en Fez, Tetuán y Rabat, y acompañaron al Sultán magrebino Mulay-Hamed-Eddahabi á la conquista del Sudan, y los que, terminada ésta, se establecieron en Timbuctú, llegando á degenerar en el tipo negro, como hoy se ve, por mezclarse con los naturales, si bien conservan la regularidad en sus facciones y algunos rasgos característicos de la raza de que proceden. Estos son los más nobles y considerados de la población, y de entre los que es, por lo regular, escogido el *Kahia* ó gobernador de ella, bien sean los *Tuaregs*, *Fulans* ó *Bámbaras* los que dominen en la ciudad.

Después de los *Ermás* (tiradores) vienen los *Fulán*, que fueron señores de Timbuctú y que se distinguen por su fanatismo religioso y por tener las facciones algo parecidas á los *Ermás*; son oriundos, principalmente, de los llamados Hausa, Muasena y Sansandig.

Los *Bámbaras* son el tipo perfecto del etiope, con sus labios gruesos, nariz chata y miembros desproporcionados y mal formados; es gente despreciable para los del país, por no ser considerados como buenos musulmanes.

Por último, se ven algunos *Tuaregs*; éstos son dignos de es-

tudio por su tipo y por sus costumbres. Visten una *derraa*, ó camisa ancha de tejido de algodón azul muy ordinario, que les llega hasta la rodilla y la sujetan á la cintura con un cinturón de piel cruda de toro, de la que pende una larga espada de dos filos; usan además un pantalón bombacho del mismo género que la *derraa*, que les llega hasta los tobillos, y con un pedazo de la misma tela se cubren desde el nacimiento de la nariz hasta más abajo de la barba, sin que lo levantan jamás delante de extraños; otro pedazo de la misma tela lo envuelven alrededor de la cabeza, dejando libre el occipucio, de cuya parte sale una abundante melena que les cae sobre el cuello por encima del pedazo de tela que les envuelve la cabeza; en esa especie de turbante llevan prendidos una infinidad de amuletos metidos en cajitas de hoja de lata ó metal, que cierran á martillo; sobre el pecho llevan otros cuantos amuletos metidos en cajas como las antedichas; sus armas son, además de la espada de dos filos ya mencionada, un gran puñal de la misma forma que la espada, que llevan en el brazo izquierdo, sujeto por un aro de cuero, una lanza corta de hierro con dos puntas y una adarga de piel de buey curtida al sol.

Montan sobre caballos pequeños que no hierran nunca; la montura que usan es parecida á nuestra silla jerezana, y sus estribos son tan pequeños que no pueden meter en ellos más que el dedo grueso del pie; son tan ágiles que no se sirven de los estribos para montar, sino que, apoyándose en su lanza, saltan sobre la silla y, una vez sobre la cabalgadura, colocan los dedos en su sitio.

No usan armas de fuego por considerarlas armas de cobardes, y para contrarrestar el poder de éstas, compran esclavos negros á quienes se las dan y hacen uso de ellas contra los enemigos que les vienen á atacar; jamás se ha visto á *targui* alguno llevarlas, sino sus armas blancas, y son tan arrojados que acometen con ellas á sus enemigos, sin preocuparse del fuego que les hacen.

Se creen conquistadores de la población, y por tanto, dueños de cuanto ésta encierra; entran, si no de grado, á viva fuerza, en las casas, y para deshacerse de ellos no hay más

remedio que darles alguna cosa, por insignificante que sea, pues á veces se contentan con un metro de tejido de algodón blanco ó azul.

Un día oímos tan fuertes y repetidos golpes á la puerta de la casa en que nos hospedábamos, que creímos la echaban abajo; abrimos, y nos encontramos con tres de estos caballeros, que, armados de todas armas, sin saludarnos ni preocuparse de nosotros, se entraron en ella, dirigiéndose donde mejor les pareció; se sentaron y nos dijeron que les diéramos algo.

Viendo su franqueza, les invitamos á comer, y habiendo aceptado nuestra invitación, les trajimos pan tierno, miel y manteca; los llevamos apropósito á una habitación en la que podíamos verlos sin ser vistos, si es que se descubrían el rostro, que delante de extraños no descubren nunca. Efectivamente, creyéndose solos y con la puerta cerrada, se levantaron el antifaz y empezaron á comer tranquilamente, sin calcular que nosotros, desde un ventanillo, los observábamos.

El tipo es parecido al bereber que ocupa el Norte del África, aunque su color es un poco más moreno, de nariz un poco aguileña, ojos y cabellos negros, facciones correctas y labios delgados; en fin, quedamos admirados de que en el centro del Sahara habitaran gentes bien parecidas; son altivos y orgullosos, y su modo de andar es majestuoso.

Todo cuanto se cubren los hombres se descubren sus mujeres, por lo que creía que el pudor había cambiado su lugar en aquella raza; pues, por todo atavío, llevaban en la cintura una cortísima enagua de piel de carnero ó cabra adobada, curtida y teñida de un color rojo muy subido; todo su tocado se componía de esta falda, y el tipo no es del todo mal parecido.

Al tener conocimiento el rey de los *Tuaregs* que en Timbuctú se encontraba un médico turco, y deseoso de que curara á un hijo suyo que se encontraba ciego por las viruelas que había tenido á la edad de seis años, nos los envió en compañía de seis mujeres jóvenes y viejas, para que el médico turco lo curara, lo que nos proporcionó el conocimiento de dicho soberano, llamado *Fandagomo*.

El niño tenía completamente quemadas las retinas, y viendo el Dr. Lenz que era imposible su cura y que, de no hacer algo, nos podía causar perjuicio, les dimos á las mujeres una pequeña cantidad de sulfato de zinc, señalándoles la porción que habían de disolver cada día en el agua, y les encargamos le lavaran los ojos al enfermo por espacio de treinta días, asegurándoles que á nuestro regreso estaría curado, y que si no lo estaba, le daríamos otro remedio más eficaz.

Seguros estábamos de que antes de espirar el plazo de treinta días nos encontraríamos bien lejos de Timbuctú, y que á S. M. (sic) Fandagomo no le pasaría por las mientes el detenernos hasta que su pequeño *infante* tuviera los ojos completamente buenos, lo que era imposible realizar, y de este modo salimos de aquel apuro.

Los *Tuaregs* viven en la holganza ó haciendo la guerra á sus vecinos; cuando están en paz con éstos, se hacen la guerra entre sí las cuatro grandes familias de que se componen; habitan en el Sahara, toda la región llamada *Tuat*, que es de la que toman el nombre; sus mujeres se dedican á la cría de ganados y á todo lo que no sea pelear.

Los demás habitantes de Timbuctú son una mezcla de todas partes del Africa, muy difícil de detallar, pues se ven gentes de Trípoli, Túnez, Argelia, Marruecos, árabes del Sahara, negros Bámbaras, Mandingos, Fulans, Futas del Hausa de Muasena, Sansandi, etc.

Las personas más principales de esta ciudad cuando nosotros llegamos á ella, en 1880, eran *Mohamed-Errami*, *Kahia* ó gobernador de la población, persona muy digna, que guardó con nosotros muchas atenciones y nos cedió una casa de su propiedad para hospedarnos, y en la que permanecimos el tiempo que duró nuestra estancia en Timbuctú; no contento con esto, nos envió la comida, tres veces por día, durante todo aquel tiempo; otra persona de bastante influencia, por más que no vive en la población, es Fandagomo, rey ó jefe de los *Tuaregs*, que hoy dominan en Timbuctú; éste cobra los derechos que pagan los comerciantes por toda carga de géneros que entra en la población y sólo le deja

alguna parte al *Kahia*, que, aunque puesto por la población, tiene que ser con el benaplácito del jefe de los *Tuaregs*, porque éstos no lo respetarían; muy respetable é influyente es también *Abidin-Elbeccai*, jefe de la secta de los *Yilalá* y que reside en un pueblecito de las cercanías llamado *Konta*, donde está la *sawia* ó iglesia matriz de esta secta. *Abidin-Elbeccai* piensa formar un reino en el país llamado *Muasena*, donde tiene muchos prosélitos, que le reconocerían por tal si se atreviera á proclamarse, luchar con los *Tuaregs* y arrebatárles la posesión de *Timbuctú*; tendrá unos treinta años de edad; su padre fué el protector del viajero alemán *Barth* y quien le salvó del fanatismo de los *Fulans*, como ya hemos dicho más arriba.

La ciudad de *Timbuctú* está rodeada de un inmenso bosque de mimosas; las casas están fabricadas con barro, por no existir piedra alguna, y la mayor parte de ellas tienen dos pisos; está dividida en siete barrios, llamados *Sanegungu*, *Yubu*, *Sanguéreber*, *Soracaina*, *Yubacaina*, *Baguindi* y *Sancoré*; el principal, y donde reside la gente rica, es el *Sanguéreber*, que fué en el que habitamos nosotros, por ser el cuartel donde residen los *Ermás*.

Hay seis grandes mezquitas; la principal es la llamada por los negros *Sanguéreber*, y por los árabes *Yama-el-quivir* (mezquita grande), *Sancoré*, *Sid-Yiahia*, *Sid-Hach-Mohamed*, *Emsid-Blal* y *Sidi-El-Bami*; de todas ellas, lo único que llama la atención del viajero es el atrevimiento de fabricar torres de diez metros de elevación sin emplear otro material que el barro seco al sol.

La población no tiene defensa natural ni artificial; así es que el que vence á los domidadores es el dueño de ella, sin tener que hacer otra cosa más que ocuparla.

Los alrededores no producen más que *sorgo* (*Holculs sorghum* Linneo), maíz y muy buen trigo; éste fué importado por *Mulay-Hamed-Eddahabi*, y hacen de él un excelente pan, siendo muy curioso el modo que tienen de moler el grano para convertirlo en harina.

Como la escasez de piedra es tan grande, no pueden tener molinos, ni aun pequeñas molinetas, como usan las gentes

pobres que habitan en Marruecos; para suplir la falta de éstos, se han proporcionado una piedra de unos treinta centímetros de largo por ocho ó diez de ancho, en la que colocan el grano, y con otra pequeña, que apenas llena las manos de la esclava que se ocupa en molerlo, frotan los granos con una paciencia á toda prueba; y, á fuerza de tiempo y de dar con la piedra, llegan á convertir el trigo en harina sumamente suave, y aventándola en una especie de cedazo hecho de palma, le quitan la paja y queda tan fino como pasado por un tamiz; el pan es excelente, suave y grato al paladar.

En Timbuctú se encuentra á la venta cuanto producen el África y los africanos, aunque la población nada produce, porque los pueblos del interior del Sudan y del Norte y Sur del continente llevan sus productos á vender ó cambiar en ella, que por su posición geográfica sirve de depósito general.

El comercio principal consiste en la sal que de *Taudenni* llevan en pedazos de unos treinta kilos llamados *ras*, y que vale cada uno un mescal de oro (quince pesetas); la venden para el interior del Africa y el Sudan, en donde la sal es escasísima, y las ventas ó cambios se verifican por oro en polvo, pulseras, dijes, pendientes para las orejas y nariz, esclavos negros, plumas de avestruz, marfil, goma, etc.; del Norte del Africa se reciben tejidos ordinarios de algodón blanco y teñidos de azul, azúcar, té verde, bujías, etc.

Las transacciones, además de verificarse en los términos que dejo dicho, tienen lugar poniéndoles precio á la sal y á los géneros, ó por medio de las conchas llamadas *udaas*, ó *cauris*, que representan la moneda, porque la acuñada no existe; seis mil *cauris* tienen el valor de un mescal de oro, y la cantidad ha de ser contada aunque contenga millares de millares; los llevan en sacos de cuero curtido de carnero, y para contarlos se tienden en el suelo, en el que vacían el saco y cuentan cinco á cinco hasta hacer un montón de cincuenta; cuando tienen veinte montones los unen para hacer mil, que dejan aislados hasta hacer otro y otro millar y contar todo el contenido del saco, que vuelven á llenar otra vez; yo intenté contarlos, pero mi paciencia se agotó y tuve que

dejar al que me entregaba los cauris que él contara el importe de algunas cosas que le habíamos vendido.

En todo el país habitado por negros sirve el *cauri* como moneda corriente; mas los árabes no los aceptan en sus transacciones, que verifican cambiando objeto por objeto.

El *mescal* es la centésima parte de la unidad llamada *sorra*, ó sean 520 gramos, cuyo valor en Timbuctú es de unas mil á mil doscientas pesetas, y existen comerciantes que tienen muchos quintales de oro en polvo y en barras.

Un objeto digno de estudio, y del que se hace gran comercio, es el fruto de un hermoso árbol (*Sterculia acuminata* Linneo), parecido á un castaño, que tiene la fruta en racimos de cuatro ó seis frutos, y cada una de estas frutas encierra diez ó doce especies de castañas; su color es pálido, su sabor un poco amargo, pero agradable y perfumado; los indígenas lo llaman *guru* y nosotros la conocemos vulgarmente por nuez-cola; es muy apetecida por aquellos habitantes, y el precio de cada fruta fluctúa de ciento á ciento cincuenta *kauris*; las traen del interior y las ponen á la venta envueltas en hojas verdes que continuamente rocían con agua para que se conserven frescas, porque, en secándose, se endurecen y pierden su gusto y aroma; las familias acomodadas, que no usan el té ó el café, mastican la nuez cola y chupan su jugo, que les estimula el apetito con el amargo y tonicidad que poseen; en cuantas casas visitamos, que no tenían por costumbre tomar té, nos ofrecieron dichas nuecea para que las masticáramos, como ellos, mientras duraba la visita.

En el mercado se encuentra á la venta la manteca vegetal, que á la gente pobre le sirve para preparar sus alimentos y para alumbrarse. Esta manteca, ó *berlinga*, como la llaman los negros, la recogen de la manera siguiente: hacen una incisión en el árbol que la produce y colocan debajo de la incisión un receptáculo de barro ó madera en el que caen las gotas del líquido que se desprende, y cuyas gotas se congelan de noche, para volver á su primitivo estado al siguiente día por el gran calor que allí hace.

El alimento principal de la clase proletaria consiste en

esta clase de manteca, harina de *sorgo*, maíz ó arroz; y las familias acomodadas se alimentan con buen pan de trigo, manteca de vacas, miel, carne de vaca y carnero y té, del que abusan tanto como los marroquíes.

Los avestruces andan por las calles en grandes manadas, y los despluman cada seis meses para vender sus plumas, que no son tan apreciadas ni tan buenas como las del avestruz cazado en el desierto.

Para cazar á éste se reúnen ocho ó diez familias árabes, ó negros que tienen caballos, y cogiendo sus tiendas se internan en el desierto lo suficiente para poder proveerse de agua cada dos ó tres días; una vez establecido el campamento, los que tienen caballos se van de ojeo hasta dar con una tropa de avestruces; y si encuentran algunos, marcan bien el sitio para que durante la noche se aposten los infantes, y al amanecer, cuando vienen los avestruces, salen los jinetes por el lado opuesto dando grandes voces y disparando al azar sus escopetas de dos cañones; los pobres animales huyen asustados y van á dar en la celada, donde caen muertos é inmediatamente son desplumados, y su carne, aunque de un sabor desagradable, les sirve de comida; terminada la caza en aquel paraje, levantan el campo y buscan otro en el que hacen la misma operación, y así sucesivamente hasta recoger una gran cantidad de plumas, que son repartidas entre los cazadores y se marchan á venderlas, cada cual en donde más le acomoda; la pluma más apreciada es la que tienen debajo de las alas, porque son blancas, espesas, anchas y de sedoso fleco.

Las industrias que se conocen en Timbuctú son la de tejidos de algodón, de cuatro metros de largo la pieza y de cinco á diez centímetros de ancho; el algodón, que es criado en el país, lo tiñen con añil y después tejen esas cintas de las que hacen las *derraas*, especies de camisas muy anchas, con gran profusión de bordado en el pecho y espalda y en el bolsillo que tienen en la delantera; estas camisas, según la clase del tejido y cantidad de seda empleada en el bordado, valen de dos á diez mescales de oro; la seda se importa de Marruecos; de este género *tavi*, como ellos le llaman, hacen

cobertores á cuadros azules y blancos y á líneas horizontales del mismo color, unas anchas y otras estrechas, y valen éstos de dos ó tres *mescales* de oro.

Los habitantes de Timbuctú usan unos albornoces de paño europeo adornados con profusión de seda y galón de oro falso, y á los que llaman *capa*, y creo que esta palabra debió ser importada por los *Ermás* de España, pues en ninguna parte de Marruecos lo conocen con este nombre, sino con el de *sulham*.

También curten y tiñen las pieles y de ellas hacen lujosos sacos dibujados de color rojo y amarillo, fundas de fusiles, carteras para tabaco, tiendas de campaña y cajas redondas para poner rapé; de una madera dura fabrican pipas para fumar tabaco, á las que ponen embocadura de hierro y de ella le cuelgan un instrumento que les sirve para remover y vaciar el tabaco inutilizado y unas pinzas con las que cogen el pedazo de fuego para encenderla, y tanto las mujeres como los hombres son muy aficionados á este vicio; el tabaco, que es de un olor fuerte y de fumar áspero y fuertísimo, lo preparan con manteca de vacas para suavizarlo, lo que contribuye á darle un olor nauseabundo.

La gente rica de la población aprecia y tiene en grande estima las piedras preciosas que no sean de gran valor; los que no pueden usarlas las tienen de cristal en sus variados y caprichosos adornos; las mujeres usan objetos de oro en las orejas, nariz, dedos y muñecas, grandes gargantillas de coral, ámbar, cuentas de vidrio, etc., y hasta se ven algunas que llevan una pieza de cinco pesetas puesta sobre un aro de oro ó plata en los dedos; las negras prefieren la plata al oro para sus adornos, y nosotros vendimos á algunas bastantes duros españoles, á un *mescal* de oro cada uno, ó sean quince pesetas; los trajes son vistosos y de colores vivos y chillones, dominando, por lo regular, el rojo amarillo en los tejidos europeos que les sirven para confeccionar sus anchas camisas; en los hombres predominan los colores azul y blanco; éstos usan por adorno en la cabeza un gorro hecho de algodón fino de Europa.

Todos los días recibíamos infinidad de visitas de las gen-

tes de Timbuctú, y el Hach-Alí, haciéndose pasar como un verdadero *sherif*, recibía las ofrendas que los buenos musulmanes traían al descendiente de su falso profeta, llegando á reunir unas veinte *derraas* bordadas, algunos cobertores, pantalones, plumas de avestruz, oro y algunas piedras llamadas *baid-el-mohor* (huevos del *mohor*), que están formadas por una infinidad de capas, y algunas alcanzan el tamaño de un huevo de gallina; los naturales dicen que dichas piedras se encuentran en el vientre de un animal llamado *mohor* que se cría en el Sudan y lo cazan únicamente por esta piedra, que usan como estimulante y como preservativo contra los venenos, tanto los sudaneses como los árabes y habitantes de Marruecos, y es tal la creencia que en este imperio tienen de que es un eficazísimo contraveneno, que no hay gobernador ó empleado en la casa real que no tenga una de esas piedras, de la que todos los días raspan un poco y mezclan su polvo con el te que beben; el valor de la onza de esa piedra es de veinte á treinta pesetas.

El Hach-Alí, nuestro *sherif* de pega, viendo que las gentes le traían regalos, se infatuó hasta el extremo de creer que no tenía necesidad de proseguir el viaje con nosotros, como así nos lo manifestó, por lo que tuve un fuerte altercado con él, y concluí diciéndole que podía quedarse si quería, pues para nada le necesitábamos; este dicho mío le irritó, hasta el punto de que para vengarse de mí dijo á varios de los que venían á visitarnos que yo era cristiano, juzgando que de este modo se desharía de mí; pero sus cálculos le salieron fallidos, porque nadie creyó que yo no fuera un fiel mahometano; lo que le contrarió más y más, aumentando su insolencia, que tanto el Doctor Lenz como yo despreciamos, en la esperanza de encontrarnos en sitio apropiado para hacerle volver á la razón.

Abidin-El-Beccai y el *Kahia* regalaron al Doctor cuatro *derraas* bordadas y dos mantas á listas, y el *Kahia* me dió como recuerdo una manta á cuadros blancos y azules; nosotros les regalamos madera olorosa, esencia de rosa, algunas piezas de tejidos, dos revolvers, dos sables y otras pequeñas bagatelas.

El casamiento de una hija del *Kahia* con un *rami* fué causa de que nosotros pudiéramos presenciar las fiestas que con tal motivo se celebraron en la ciudad, y nos proporcionó el poder ver grandes comparsas de mujeres adornadas con sus vistosos trajes y variados adornos de oro, plata, coral, ámbar, etc., las que recorrían las calles tocando varios instrumentos y bailando una especie de danza macabra, cuya danza se reduce á echarse los brazos por el cuello cada pareja y dar paseos atrás y adelante gritando y llevando el compás de la infernal algarabía que formaban los coros é instrumentos, y cuyas danzas é infernal alboroto duró tres días.

Por fin decidimos partir de Timbuctú, proponiendo el Doctor Lenz que nos dirigiéramos al Sur en dirección al Senegal, por ser imposible volver sobre nuestros pasos y no tener dinero con que comprar ó alquilar camellos ni tomar un guía; el Hach-Alí se opuso á este proyecto, y propuso el viaje por el desierto por *Walata*, sin entrar en país de negros; nosotros, que ya habíamos sufrido el viaje por aquella región, no creímos prudente emprenderlo, y sí por país habitado, por lo que nos repitió que él se quedaba en Timbuctú y que nosotros partiéramos sin él, en lo que quedamos conformes, y empezamos á buscar camellos que nos condujeran á *Basicumo*; viendo que estábamos decididos á partir sin él y que no hacíamos caso de sus impertinencias, vino diciéndonos que había alquilado cuatro camellos por cinco pedazos de sal cada uno, y que se resolvía á venir con nosotros; los camellos fueron alquilados á unos árabes de la tribu llamada *Turmus*, una de las doce que componen las tribus de los *Brabish*, que habitan el país conocido por *Asauad*, que se encuentra entre *Arauan* y Timbuctú.

Como el Doctor Lenz no podía soportar el viaje en camello, y para que pudiera marchar lo más cómodamente posible, le compramos un burro muy pequeño por la cantidad de veinte y nueve mil *cauris*, y del mejor modo que pudimos le hicimos una albarda al borriquillo y le cubrimos con dos mantas de viaje y con dos pedazos de *tari*; le colocamos á la albarda una especie de estribos donde pusiera los pies, y así quedó arreglada la montura para el Doctor.

Momentos antes de emprender nuestra marcha nos dijeron que el camino por donde teníamos que pasar estaba interceptado por los *Ulad-Alush*, que habitaban aquellos parajes y que nos despojarían de todo si no aprovechábamos el momento en que ellos lo dejaran libre.

Por fin, el día 16 de Julio tuvimos noticias de que los caminos estaban libres y que podíamos emprender el viaje sin riesgo inminente; oír esta noticia y empezar los arreglos del viaje, fué cosa del momento; pero por más diligencias que pusimos, no nos fué posible estar prontos hasta la mañana siguiente.

Dos días antes de partir se reunió gran número de personas en la casa que habitábamos, preguntándonos con insistencia por el Doctor para que les mostrara algo de su saber; porque, como doctor (*Hakim*), según ellos, *debía conocer la magia y demás actos infernales*; fué tanto lo que insistieron, que el Doctor se vió obligado á presentarse, y traduciéndoles yo lo que él decía, y que de buena fe creían era turco, les manifestó iba á demostrarles hasta dónde llegaba su ciencia; efectivamente, fué á su maleta y de ella sacó un pedazo de alambre blanco, que fué enseñado á todos los concurrentes, que afirmaron ser un pedazo de metal; se les preguntó si sería posible que aquel pedazo de alambre diera luz bastante para alumbrar toda la azotea en que estábamos sentados, y todos á una voz dijeron era cosa imposible; entonces el Doctor Lenz aplicó el alambre á la luz de la bujía y empezó á brotar una luz tan viva que oscureció á la de la bujía y todos se miraban como si estuvieran en pleno día; las exclamaciones y admiraciones que hacían no son para relatarlas; baste decir que con este ensayo quedaron convencidos de que el Doctor era un verdadero *Hakim* ó nigromante.

CRISTÓBAL BENÍTEZ.

(Se continuará.)



LOS MALES DE LA PATRIA

V

LA INMORALIDAD PÚBLICA

Continuación (1).

Digan lo que quieran los despreocupados y los escépticos, uno de los motivos más eficaces del incremento en la inmoralidad pública es la pérdida de la fe religiosa. Cada cual juzga las gentes y los sucesos según su propia conciencia; y para examinar este aspecto de la cuestión que vamos tratando en este capítulo, empezaremos por clasificar á los compatriotas, desde el punto de vista de las creencias religiosas, en tres grandes secciones: los católicos fervorosos, los católicos tibios é indiferentes y los enemigos del Catolicismo.

Cuatro grupos distinguimos en la primera sección, compuesta de los creyentes que practican, que para nada ni por nadie ocultan ni disimulan lo arraigado de sus convicciones, designando esos grupos con los nombres de católicos prudentes, bullangueros, apocados é hipócritas. Todos ellos son fieles observantes de las prácticas de piedad y leales súbditos de la Santa Sede; guardan esperanza en la justicia di-

(1) Véase la pág. 39 de este tomo.

vina, y con mayor ó menor firmeza, se preocupan diariamente acerca de lo que nos podrá suceder en el otro mundo. Mas no todos ellos tienen igual criterio, ni observan iguales formas sociales, ni se sujetan á la misma conducta.

Los católicos prudentes son los elegidos del Señor, aquellas buenas almas cuyas nobles acciones se hallan guiadas por la caridad cristiana, sin apartarse un ápice de los santos preceptos. Y como la caridad es benigna y sufrida, majestuosa y adorable, toda la grandeza, todo el esplendor, toda la hermosura de la fe lucen en ellos con los reflejos de la divina gracia. Seres humanos con el espíritu de ángeles, á cuya pureza y perfección se asemejan, que abaten al soberbio con su humildad y levantan al humilde de su abatimiento; flores deleitosas que esparcen sus gratos perfumes por el ambiente que les rodea con la más delicada fragancia, cual es el olor de santidad; elevados y refulgentes luceros que deslumbran con sus destellos á los que vagamos en los abismos de este mundo, hasta que, alejándose más de nosotros por el camino de la perfección, desaparecen de nuestra vista para volar á las regiones del Eterno.

Es el prudente católico manantial inagotable de salud y vida, cuyas aguas cristalinas bañan, refrescan y fructifican todas las plantas que encuentran á su paso, donde apagan su sed todos los que sufren angustia, donde se limpian de toda impureza los espíritus mancillados. Es sencillo y agradable, devoto sin hipocresía, dádivo sin ostentación, pulcro sin vanidades, fuerte y paciente en la adversidad, cariñoso en todas partes y con todos sus prójimos. Ama su patria sin odiar al extranjero; responde con breves y dignas palabras á los ataques de sus adversarios; penetra con cautela en los encrespados confines que separan las cuestiones religiosas de las políticas, filosóficas y científicas, y huye de discusiones estériles y de vanas controversias.

Cuando el católico prudente se halla dotado de clara inteligencia, grande instrucción y cabal conocimiento de las miserias humanas, representa en la tierra la mayor perfección espiritual que plugo conceder para este mundo al Todopoderoso; mas siendo verdaderamente prudente, aun sin grande

ingenio ni superior ilustración, es comparable á los serafines, pues la ternura de su alma y la rectitud de sus intenciones le guían acertadamente en la práctica de todas las virtudes.

Exiguo es, en realidad, el número de los católicos prudentes. *Elegid uno entre mil*, decía el maestro Avila, y hará pronto tres siglos que el venerable prelado San Francisco de Sales añadía: *Y yo digo entre diez mil, porque se hallan muchos menos de los que pensamos.*

No obsta sea exiguo el número de elegidos que deban contarse para que, por sí solos, impregnen de santidad todos nuestros monumentos religiosos, todas nuestras suntuosas catedrales; y ahí donde uno de ellos se encuentre, ahí estará lo más digno, lo más respetable, lo más sublime que pueda hallarse sobre la tierra, cual es la viva encarnación del más puro, del más alto, del más bellísimo sentimiento: el sentimiento de la piedad cristiana.

El abigarrado y numeroso grupo de los bullangueros exige grande espacio para extenderse, busca mucha luz para exhibirse, y necesita muy poca para ser conocido. Es el católico bullanguero intransigente por naturaleza, amigo de polémicas, incansable propagandista de sus ideales, socio de diversas cofradías, aficionado á distinguirse en las fiestas. Á veces no le bastan las devociones fundadas desde tiempos antiguos y discurre otras nuevas; ve milagros por todas partes, diviniza á los santos y beatas, cree en diablos, brujas y apariciones, y piensa que el Supremo Hacedor está jugando constantemente á la pelota con este mundo sublunar. Son sus propósitos adornarse de todas las virtudes; pero nunca pasa de las más adecuadas á su carácter ó método de vida, sin rayar en alguna á considerable altura por faltarle el principal aliento, que es el de la Caridad, aun cuando crea acomodarse á ella en todos sus actos.

De igual manera que ningún tonto cree serlo, pues en cuanto notase que lo era dejaría de ser tonto, ningún católico bullanguero, por bullanguero que sea, deja de considerarse como católico prudente, pues si prudente se volviese, dejaría de ser bullanguero. En un país de tanta fantasía como el nuestro, el número de católicos bullangueros parece

infinito; pero, sea el que quiera, á cada paso se nos antoja ver esta clase de creyentes, sin duda por el mucho ruido que meten. Así deben ser esos que el vulgo dió en llamar *Obispos de levita*, más papistas que el Papa, acérrimos defensores del poder temporal y empeñados en dar torcida interpretación á la famosa doctrina de Cristo, *Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César*. Así deben ser varios individuos del alto clero que entran y salen por todas partes sin momento de sosiego, que anuncian con estrépito sus visitas y sus limosnas, las congregaciones que presiden, los sermones que dijeron ó prometen decir, los congresillos que preparan, los arreglos que intentan y las cuentas ó suscripciones del culto; que dispensan protección á gente pobre, siempre que reuna las condiciones de gazmonería para ellos más aceptables. Gigantescas y vanas calabazas que, á fuerza de hinchazón y de lisonja, se creen grandes figuras de la historia, comparables al Cardenal Cisneros ó á San Pio V.

Al grupo de bullangueros corresponde también esa turba multa de Zoilos, Silvestres y Campazas, que desde púlpitos y tribunas escandalizan con sus imprudencias á cuantos tengan sano juicio predicando el exterminio de los liberales, hartos y desengañados de ver que no consiguen convertirlos, sin reparar que son ellos quienes hacen abominables cuantas causas sostengan y defiendan, por sus airados ademanes y sus voces destempladas, por sus terribles maldiciones y sus peregrinos argumentos, escudados con infinidad de citas de textos sagrados que no saben traer á colación en momento oportuno. Bullangueros sanguinarios son los que inducen á los fieles á contiendas intestinas, so capa de defender el cristianismo, religión de paz, incompatible con la ira de los clérigos guerrilleros. Y por fin, en el mismo grupo de bullangueros entran las mogigatas de todas las clases sociales, así las que dejan sus soberbios coches en las puertas de las humildes iglesias, como las tapadas con negro manto que se deslizan por calles y encrucijadas, con los ojos bajos y el paso acelerado á la ida, de marcha lenta y vagas miradas á su regreso; todas ellas gruñonas, todas ellas armadas de rosarios y libritos de oraciones, todas ellas furiosamente re-

zadoras, todas ellas tormento de confesores y desesperación de sacristanes.

Los católicos apocados son aquellos que por pobreza de espíritu ó por repetidas y fuertes amarguras en su existencia, absortos y alelados quedan con los misterios de la fe y dedican el resto de sus días á prepararse para una santa muerte. Almas en pena, cuya virtud principal es el sufrimiento y que únicamente divisan la imagen de la Caridad en oscuros recintos. Encuentren palabras para emitir sus ideas, ó no sean éstas susceptibles de expresarse con muchas palabras, respetemos su tristeza y sus meditaciones, y dejémosles tranquilos en el silencio de su pasiva situación.

Son los hipócritas gente mucho peor que los bullangueros, pues éstos tendrán muy mala cabeza, mas no suelen ser, como son aquéllos, de negro, duro, pequeño ó corrompido corazón. Trafican los hipócritas con la fe, cotizan silenciosos la esperanza de sus prójimos y explotan la caridad ajena, sin tenerla propia más que en apariencia. No hay virtud que no velen ó enmascaren, ni mentira ó error de que no saquen provecho *pro domo sua*. En tiempos de paz se escudan entre los prudentes, para hacerse valer como hombres justos; en días de pelea se colocan tras los bullangueros, para que éstos reciban los golpes de los adversarios y ser ellos quienes recojan los despojos de la contienda. Es tan enorme su avaricia, que necesitan el remedo de todas las virtudes para ocultarla, y tan grande es su horror á la sinceridad, que llaman á la franqueza grosería, y á la buena fe, candidez.

Sus obras están llenas de segunda intención; no tienen pensamiento bueno ni palabra mala, y con sus cantos de sirena atraen á los imbéciles para hacerlos juguete de sus maquinaciones. Distraen á los pobres con pláticas y ejercicios de penitencia, y fascinan á los ricos vanidosos con viles adulaciones y cortesanías ceremonias, hablándoles de propaganda y fundaciones piadosas. Sacan de quicio á los primeros haciéndoles sufrir mayores vigiliás; sacan los cuartos á los segundos falseando, según las conveniencias, los preceptos de sana moral; á todos enganan con su *monita secreta*, y cuando se descubren sus iniquidades y raterías, alegan que el santo fin

justifica los medios, por reprobados que parezcan á los ojos de los profanos.

En un país como el nuestro, donde abundan los fieles de extraordinaria pereza, de mucha fantasía y de la más crasa ignorancia, siempre tendrán ocasión de prosperar estos mercados de los templos.

Numerosos y heterogéneos grupos comprende la segunda sección de católicos tibios é indiferentes; y en primera línea distinguimos los mundanos y los veleidosos, gentes de diversas cataduras y condiciones. Ahí se ven los hombres de negocios que no tienen mucho tiempo disponible para primores espirituales; ahí se comprende la casi totalidad de la gente moza, poco apegada á privaciones, penitencias y largas pláticas; ahí entran las almas de la calidad más ínfima por su flojo entendimiento, su frágil memoria y su adormecida voluntad, que hacen lo que ven hacer y repiten como doctrinos lo que oyen decir; ahí entran los espíritus inquietos é irreflexivos, más variables que los cambios de las estaciones, que aspiran á conciliar lo inconciliable, es á saber: la religión de caridad y sufrimiento con las costumbres de molicie y sensualismo, gente, en fin, más inclinada á los placeres que á la piedad, que entregan la carne al mundo, y á Dios sólo dejan los huesos.

Los indiferentes no son católicos más que de nombre, pues lo mismo les importa pasar años enteros sin penetrar en lugar sagrado, que asistir impasibles á una ceremonia religiosa, sin que nadie descubra los grados de fe que les inspira el Cristianismo. Vense entre ellos los padres de familia atraídos por la impiedad, bastante cautos, sin embargo, para permitir á sus esposas é hijas las prácticas devotas; vense los disipados en los deleites, á quienes repugnan otras ocupaciones que no sean las de la materia, incapaces por otra parte de mofarse de las creencias de sus antepasados; vense los abstraídos por estudios científicos ajenos á la teología, para quienes el culto y las controversias religiosas son jeroglíficos indescifrables, cuyo significado no tratan de averiguar, y vense también muchos políticos de diversos partidos, cuyo fondo es el escepticismo y cuyo exterior es el disimulo.

Entre los enemigos del Catolicismo distinguimos el insignificante número que hay de protestantes españoles, los deístas y los ateos. Sabido es que, merced á la libertad de cultos establecida en la pasada Revolución de Septiembre, se fundaron diversas capillas protestantes que hicieron algunos prosélitos; y si no recordamos mal, algunos abjuraron ruidosamente de la fe católica, más bien por mortificar á los bullangueros y á los hipócritas que por firmeza de ideas ni por entender gran cosa de dogmas. No son las condiciones del carácter español muy á propósito para secta alguna protestante; y en el estado actual de los asuntos espirituales, los que en España abjuren de las antiguas creencias preferirán seguramente renegar de toda religión positiva.

Los demócratas adversarios del Pontificado y los demagogos anticristianos suelen correr parejas en su conducta con los católicos bullangueros; y muchos, con sus destemplados y furibundos ataques á la Iglesia, hacen más daño á la libertad que á esta última los reaccionarios de diversas clases. Entre aquéllos se cuentan los bravucones de chaqueta y de levita que pretenden arreglar el mundo destrozando curas y beatas, arrasando iglesias y conventos y vociferando insultos, blasfemias y desvergüenzas.

No se oculta á la penetración de los católicos prudentes, pero sistemáticamente niegan los bullangueros y los hipócritas, que varios incrédulos, no solo deístas, sino materialistas y ateos, observan una conducta moral menos alejada de las máximas de Cristo que la conducta de muchos fervorosos rezaadores. Comparables á los antiguos filósofos del gentilismo, cultivan estos incrédulos en alto grado algunas virtudes, mas serían incapaces de practicarlas todas como los católicos prudentes; y sus ideas son tan elevadas que flotan por los espacios imaginarios, sin que nadie logre alcanzarlas ni con telescopio. Aspiran en vano á una moral universal que habia de ser de mero acomodamiento, variable de año en año, de siglo en siglo y de nación á nación. Un código sin firmeza y sin observancia, como las Constituciones de los Estados, enteramente ilusorio para la inmensa mayoría de los habitantes de este planeta, que es, como nadie ignora, uno de los más

pequeños y miserables astros entre los millones y millones de cuerpos celestes del Universo. Pasada revista á los diferentes grupos de creyentes, intentaremos demostrar que en este siglo ha sido grande la pérdida de la fe religiosa, que, andando el tiempo, la pérdida será todavía mayor, y que éste es un mal que debemos lamentar y procurar corregir, por ser una causa grave del incremento en la inmoralidad pública. Personas habrá que duden ó nieguen la pérdida de la fe religiosa; mas nosotros creemos verlo así.

Fatalmente había de suceder. El apego cada vez mayor á los bienes terrenales; las necesidades de la materia, sin cesar en aumento; la más íntima relación, el más frecuente trato con el resto del mundo; la extraordinaria afición, por doquier extendida, á escudriñar, discutir y criticar cuanto se juzgue digno de la investigación y del estudio; el inmenso desarrollo que han alcanzado las ciencias experimentales, de observación y de cálculo; las tendencias democráticas de la época moderna; los desvaríos y las exigencias de los poderes teocráticos, cuando éstos se hallaban en su apogeo; las predicaciones anticristianas é inmorales, desencadenadas con tanta insistencia en nuestros días; la sostenida contradicción entre la austeridad que se encargaba á los fieles y la vida relajada, poltrona ó egoísta de muchos católicos bullangueros y reconocidamente hipócritas, y otras causas que sería prolijo enumerar, entibiaron la fe religiosa, hasta punto tal que la nación española, en cuanto á creencias, no es sombra hoy de lo que fué hasta principios de este siglo.

Las libertades modernas que á fuerza de revoluciones ha ido conquistando el mundo entero, y la pérdida del poder temporal de los Papas, con sus discusiones y controversias ruidosas, alejaron de los templos á muchos miles de almas, en otros días tan sumisas y beatas. Esa religión que ensalza la humildad, la caridad y la pobreza es generalmente desatendida, porque nadie quiere ser pobre, nadie quiere ser humilde, todos son, antes que nada, egoístas. La inmensa mayoría de los europeos estamos inscritos como cristianos, pero casi todos vivimos como gentiles; y hasta muchos de

los creyentes que practican, ofrecen á cada paso chocantes y ridiculos contrastes entre su observancia ortodoxa para el culto y su trato social, mucho menos piadoso y caritativo.

Con acre y burlón estilo, muchos escritores de diversas naciones y de distintas creencias nos han criticado que, á fuerza de recargar de misterios el dogma y de devociones el culto, siempre ha tenido el Cristianismo en España el aspecto de una complicada idolatría, divulgándose entre las masas ignorantes un excesivo número de apariciones, milagros y prácticas piadosas, muy á propósito para arraigar la superstición y el fanatismo en un pueblo dotado de viva imaginación y de escasa y embotada inteligencia. Á ser esto verdad, el clero en nuestro siglo ha sido poco previsor. Antes de esta época, en que con tanta energía se atacan los fundamentos de las religiones positivas, y en que el racionalismo ha invadido hasta los últimos rincones, debió aligerar el argumento de las creencias, no acumular lo sobrenatural hasta lo inverosímil; simplificar las ceremonias, no mantener ó inventar para varias de ellas ciertas maneras teatrales; impedir ó refrenar algunos abusos que más respondían á la codicia que á la devoción, y sin perder un ápice de austeridad, suprimir ciertas procesiones, ciertas romerías y fiestas de otros estilos, sin escuchar la murmuración de los santurriones y las beatas, siempre inclinados á pueriles mogi-gangas.

Lejos de esto, ambicionando reconquistar ó sostener la exagerada ó indebida intervención en los asuntos políticos y administrativos del país que disfrutó en pasados tiempos, no veía claramente nuestro clero que, predispuesta Europa á la incredulidad en siglos anteriores, sólo pudo España seguir excluida del contagio mientras la Iglesia no fué arrastrada en el torbellino de las discordias civiles á consecuencia de haberse hecho refractaria á toda innovación. En mal hora el clero español aportó á Roma el aliento de rigidez y de resistencia; en mal hora allí representó la agrupación más reaccionaria é intransigente dentro del Catolicismo. En lugar de ganar crédito y simpatías, hizo pensar á la Europa culta que, por regla general, la Iglesia española desconocía

enteramente las tendencias de la época y hasta sus propios intereses.

Si desde principios de siglo, en vez de oponerse á los cambios políticos y á las irresistibles aspiraciones de la vida moderna, al menos se hubiese mantenido aislada dentro de su misión puramente espiritual, si hubiera ahogado ó disimulado su aversión á toda suerte de reformas, seguramente no habría perdido tantos grados de influencia y de dominio en la vida nacional. De aquí la pérdida de la fe religiosa, que podríamos estimar de dos maneras distintas: en pesetas, por el lado de los intereses materiales, y en el número de almas que desertaron de las iglesias desde el punto de vista espiritual.

Para apreciarlo en pesetas, bastaría comparar el tanto por ciento que de la renta anual de la riqueza del país correspondía á la Iglesia á principios de este siglo con el tanto por ciento que hoy percibe por todos conceptos. Desde el punto de vista espiritual daría la medida lo que avanzó España en libertad y en democracia en el mismo espacio de tiempo.

Dos son las cuestiones, harto discutidas, que más aumentan ahora la decadencia de la fe religiosa: la primera es la incompatibilidad del catolicismo y la democracia; la otra se refiere al poder temporal.

Pues pocos son los católicos fervorosos de una parte y pocos son los liberales de otra que no proclaman la citada incompatibilidad, debemos creer en ella de una manera casi infalible. Nos apena que se llegue á este resultado después de tanto tiempo de estériles discusiones, al cabo de las cuales, en vez de seguir los pueblos guiados por el Cristianismo, serán envueltos por la impiedad.

El carácter dominante de la civilización actual consiste en los infinitos y admirables descubrimientos científicos é industriales, en las grandes y portentosas invenciones, en las vastas empresas mercantiles, en los prodigios artísticos de todas clases, es decir, en todos los adelantos de los intereses materiales. Ciertamente no son éstos incompatibles con creencia alguna religiosa; mas por lo mismo que su co-

El desarrollo ha coincidido en este nuestro siglo con el creciente predominio de las ideas liberales sobre las reaccionarias, al declararse retrógrado el Catolicismo, no miles, sino millones de prosélitos que atribuyen exclusivamente a la libertad los progresos modernos. El materialismo va triunfando en toda la línea, y será difícil desalojarle de sus fortalezas. Si bien muchas clases populares, después de perder la fe religiosa, han perdido también la fe política, no olvidarán que llegaron á sus aspiraciones presentes por el camino de la democracia, y tampoco olvidarán que, gracias al régimen mucho más liberal por Europa extendido, persiguen sus ideales de la cuestión social en condiciones más favorables, sin pararse á discurrir las dosis de socialismo contenidas en las doctrinas de Cristo. Grandes masas de la clase media prefieren á las creencias religiosas el amor á la libertad, de la que esperan toda perfección. Y por fin, las clases mejor acomodadas carecen casi por completo de las virtudes cristianas que más robustez deben dar al Catolicismo, á pesar de apoyarse éste principalmente en la gente rica para conservar la influencia que le resta.

Á fuerza de evoluciones sucesivas, que nadie negará son en algún modo desfavorables al orden social, la vieja y la decrepita Europa volvió sus ojos de los altares y puso su corazón en la materia, sin duda por haber visto que no son precisamente católicos, es decir, los más devotos ó los más creyentes, los pueblos de más valiosos recursos para la lucha por la existencia; por haber visto que á expensas del poder temporal y del absolutismo se alzó una gran nación, bastante descreída, entre los fragmentos de países mal gobernados; por haber visto que en las naciones modernas se excluye enteramente de la administración pública al elemento religioso, y por haber oído decir repetidas veces que en Asia y en África se acogen con más simpatías las leyes del progreso material que las misteriosas é incomprensibles relaciones de los misioneros.

Los deseos de revivir la fe, que tanto animan á los católicos fervorosos de Europa, se verán difícilmente satisfechos con la marcha que el mundo lleva. ¿Esperarán tal vez una

fuerte reacción, capaz de aniquilar á la democracia? ¿Creen que así sucederá? No diremos que sea imposible, pero lo vemos poco probable. Los pueblos han adelantado tanto en el arte de las conspiraciones y de las revueltas, que hoy gobiernan muchos Estados europeos hombres que eran ayer infatigables revolucionarios.

Es hoy en España, lo mismo que en el resto del Continente, apurada la situación de la Iglesia católica, pues á no encerrarse ésta dentro de su misión evangélica, y se verá siempre comprometida á no hacerlo así, forzosamente ha de tropezar con escollos que la expongan á mayores quebrantos. Si se mantiene firme en sus aficiones reaccionarias, cada día será combatida con más furia por los aires democráticos; si se liberaliza y transige, falseará su tradición, habrá de declararse vencida por la Reforma, dividirse tal vez, y penetrar, para absorberlas ó ser absorbida, en el fraccionado campo de las sectas protestantes. Ella, en otro tiempo tan poderosa; ella, en otro tiempo guía principal de las gentes, quedó relegada á un papel secundario en la marcha política de los Estados. Las escuelas liberales meditan la oportunidad de su exclusión absoluta; los conservadores, en vez de presentarla como su mejor escudo delante de sus banderas, con éstas la cobijan y protegen. En materia religiosa, *la Iglesia libre en el Estado libre* es el bello ideal de la vida moderna. España será, á no dudarlo, de los últimos Estados que satisfagan tal aspiración; pero cuando ésta sea una realidad en las naciones europeas, España no logrará sostenerse mucho tiempo como excepción. Pasaría lo mismo que con la tolerancia de cultos. En todo caso, la separación de la Iglesia del Estado, si ocurriera en los siglos venideros, ¿sería más favorable que adversa al Catolicismo? ¡Quién sabe!

Confianza tendrán en una fuerte reacción universal los ardientes católicos cuando pretenden el restablecimiento del poder temporal, enojoso y peliagudo asunto, en nuestra infima y despreciable opinión más perjudicial que provechoso á las creencias. Pues qué, ¿se transformaría en Italia el patriotismo, hasta el punto de resignarse á perder la unidad,

que tanta grandeza material ha dado á ese reino en nuestros días, haya ó no detrás de ella miserias no menos grandes? ¿Faltaría allí un suficiente número de liberales para que el país cediese fácilmente á gobiernos teocráticos, luengos años atrás conocidos por el muy de cerca? Fuera de Roma sólo dos soluciones, más bien imaginarias que reales, discurremos para ese problema: ó la compra, para el Pontífice, de una ínsula en tierra firme, á la nación que la quisiera vender, por suscripción entre el mundo católico, ó bien aguardar, si ha de suceder, la completa disolución del Imperio turco, y de conformidad y con el apoyo de herejes y cismáticos, fundar en Belén un Estado pontificio, parecido al de marras. Pero la independencia de ese Estado sería de tal naturaleza que haría sonreír á todos los mundanos.

Volviendo la vista á nuestra patria, repetimos que la pérdida de la fe religiosa es un grave mal en la época presente, porque el pueblo español se ausenta de las iglesias, cuando no tiene bien instalados sus talleres; deja de oír los sermones, antes de entrar de lleno en las escuelas; abandona las prácticas piadosas, sin entender una palabra de virtudes cívicas; busca con afán el dulce sabor de la civilización moderna, sin sobrados recursos para alcanzar honradamente los multiplicados goces que aquella le ofrece. En tal situación, los caracteres se rebajan, la masa general se envilece en extremo, pierde en generosidad lo que adelanta en malicia, el buen sentido cede lugar al capricho y á la veleidad, se pervierten las conciencias y se aflojan hasta la disolución los sagrados vínculos del hogar. Varias bellezas del carácter nacional desaparecen y son reemplazadas por horriblos defectos.

Dos fases distintas se observan, por otra parte, en las creencias religiosas: la teórica ó científica, relativa á la validez y formalidad de los dogmas, y la práctica ó vulgar, aplicable al régimen de los pueblos. En el terreno científico sólo son capaces de penetrar los espíritus cultivados, para discutir y razonar sus observaciones, descubrimientos y estudios. Allí los problemas teológicos, durante millares de siglos, ofrecerán á los de uno y otro bando ancho campo para lucirse en los puntos referentes á la revelación, á la mayor ó menor

intervención de la Divinidad en las acciones humanas, á la pureza absoluta ó relativa de cada culto, á la naturaleza y esencia de la Corte celestial y otras sublimidades ó etéreas concepciones enteramente incomprensibles á la inmensa mayoría de los mortales. Así viene sucediendo no sabemos cuántos siglos hace. El vulgo, los profanos, los que nada entendemos ni podemos entender de misterios, arcanos y sutilezas, ni de letras hebreas ni sanscritas, allá iremos, á ciegas con nuestra fe ó nuestra incredulidad, por donde las diversas circunstancias de la vida nos arrastren.

La muchedumbre, sin embargo, necesita sus ídolos, y hay que respetarlos, porque en cuanto se derriban de los altares los que adora, inmediatamente busca otros para reemplazarlos. Es de suponer que el Arca del Tabernáculo no será otra vez arrojada y sustituida por el Becerro de Oro, porque no es creíble haya de volver otro Moisés con otras tablas de una nueva ley escrita. El espíritu de tolerancia habrá de imponerse á todo el mundo, porque es el espíritu mismo de la Caridad y el espíritu mismo de la Democracia, y los elementos liberales de la Europa entera han tenido tiempo de aprender que nada se adelanta ni se remedia con las predicaciones anticristianas, debiendo limitar sus aspiraciones á los mutuos respetos que es necesario subsistan entre la Iglesia y el Estado.

Pensando en el porvenir de la patria, no creemos daría pruebas de buen sentido práctico el revolucionario que negase al clero, á pesar de sus defectos y de sus exageraciones, circunstancias muy favorables para contener los estragos de la inmoralidad pública.

L. MALLADA.

(Se continuará.)

¡Parece triste todo lo que es bello!
Ya se acerca la noche, que refleja

(1) Debemos á la bondad del joven é ilustrado Sr. Castañer la satisfacción de que conozcan nuestros lectores este bellissimo fragmento, que es toda la tercera parte de un poema que se publicará en breve.—(M. de la R.)



concepciones enteramente incomprensibles á la inmensa ma-
yoría de los mortales. Así viene sucediendo no sabemos cuán-
tos siglos hace. El vulgo, los profanos, los que nada enten-
demos ni podemos entender de misterios, arcanos y sutile-
zas, ni de letras hebreas ni sanscritas, allá iremos, á ciegas
con nuestra fe ó nuestra incredulidad, por donde las diver-
sas circunstancias de la vida nos arrastren.

La muchedumbre, sin embargo, necesita sus ídolos, y hay
que respetarlos, porque en cuanto se derriban de los altares
los que ahora, inmediatamente busca otros para reempla-
zarlos. Es de suponer que el Arca del Tabernáculo no será
otra vez arrojada y sustituida por el Becerro de Oro, porque
no es creíble haya de volver otro Moisés con otras tablas de
una nueva ley escrita. El espíritu de tolerancia habrá de

**Aire de esencias, franjas de reflejos,
juegos de luz, cambiantes de colores...**
Llegan al corazón desde muy lejos
los trinos de los pájaros cantores
Todo el cielo está gris y algodónado,
y la tierra respira

en el bochorno cálido y pesado;
la luz va y viene, resplandece y gira.
Ya las hojas tiritan en las frondas
por la mano del viento columpiadas;
en los espejos de la mar hay ondas
verdes, azules, rojas, plateadas.

De la pasada luz no sobrevive
ni un tímido destello.

¡Parece muerto todo lo que vive!

¡Parece triste todo lo que es bello!

Ya se acerca la noche, que refleja

(1) Debemos á la bondad del joven é ilustre vate Sr. Catarineu la satis-
facción de que conozcan nuestros lectores este bellísimo fragmento, que es
toda la tercera parte de un poema que se publicará en breve.—(N. de la R.)

la gran tristeza de la sombra humana;
 llega la oscuridad, la luz se aleja.....
 ¡Adiós, vida! ¡Adiós, Sol!..... ¡Hasta mañana!

.....

.....
 El fantástico azul se desvanece;
 la sombra el antro de la luz devora.....
 II
 Y llegó el día en que la casta esposa,
 otra vez sofocada y ruborosa,
 abrazando con ansia á su marido,
 como gotas de miel, vertió en su oído
 unas palabras de color de rosa.....

Volvió al punto sereno
 el horizonte á iluminar de lleno
 sus noches de placer y de cariño.....
 ¡Ya llegaba otro ángel, otro niño!.....
 ¡Se lo mandaba Dios!..... ¡Si Dios es bueno!.....
 «¡Ya llega!» dice el resplandor que juega,
 al despuntar el sol, en su ventana;
 los pájaros que vuelan de mañana
 «¡ya llega!» cantan al pasar, «¡ya llega!»

III

IV

Y vino, en fin, la hora
 en que toman sustancia los amores,
 y sintió nuevamente los dolores
 y las dulzuras de la madre, Flora.

Pasó abrazado á la mujer querida
 la noche—¡la más larga de su vida!—
 transido el corazón, Vencido el ceño.....
 Y vino el estor, la sacudida!.....
 Y fué el Doctor á prodigar su ayuda,
 ¡Ay! Y salió del caserón diciendo:
 —El niño vivirá. ¡No cabe duda!.....
 Pero ¿la madre? ¡Se nos va corriendo!

.....

la gran tristeza de la sombra humana;
 llega la oscuridad, la luz se aleja.....
 ¡Adios, vial! ¡Adios, vial! ¡Adios, vial! ¡Adios, vial! ¡Adios, vial!

El fantástico azul se desvanece;
 la sombra el antro de la luz devora.....
 ¡Tan húmedo está el aire, que parece.....
 que parecé que llora!.....
 Después ¿qué resta de la luz rendida?
 ¡Sombras de una ilusión desvanecida!
 ¡Vagas nieblas de límites inciertos!.....
 Es muerte ya la claridad vencida.....
 ¡Qué noche tan feliz la de los muertos!
 ¡Qué sueño tan traidor el de la vida!.....
 Luego, el cristal de la ventana azota
 la triste lluvia torrencial y oscura
 que, pregonando la venganza, brota,
 con infernal estrépito y locura,
 de las entrañas de la nube rota.
 ¡Y, sin temor a la borrasca dura,
 abandona su nido la gaviota!.....

III

VI

Y vino, en fin, la hora
 Embrutecido por la nueva herida,
 Arturo no era de sus actos dueño.....
 Pasó abrazado á la mujer querida
 la noche—¡la más larga de su vida!—
 transido el corazón, fruncido el ceño.....
 ¡Y vino el estertor, la sacudida!.....
 ¡Cerró los ojos, se quedó dormida!
 ¡Dormida para siempre! ¡Qué gran sueño!

 Pero ¡la madre! ¡Se nos va corriendo!



Y Arturo, como él era
de los que lloran con el alma entera,
después del frenesí del primer grito,
sentía en la cabeza un oleaje,
¡un dolor infinito
con una mezcla de placer salvaje!

Y salió á respirar á la ventana;
mas no lograron mitigar su duelo
¡ay! ni su propia religión cristiana,
ni el grandioso espectáculo del cielo.

¡Hasta dudó de la verdad suprema,
pensando en que no hay cosa,
por hermosa que sea, por hermosa,
que no encierre un abismo y un problema!....

¡Cada rayo de sol es un enigma,
cada arena del mar es un secreto,
cada goce un estigma,
y una historia de amor cada esqueleto!

RICARDO J. CATARINEU.

Las venetas del comercio tiene un interés muy peduño
para obligar á aprender tantas y tan confusas reglas como
trae el Prontuario de Ortografía de la Academia. Conven-
gamos en que esta Corporación ofrece un sistema poco prác-
tico y que nadie observa para un detalle de la
escritura que podría omitirse como se hace en algu-
nas lenguas, pues es lo que ha de leer quien sepa
hablar, y éste, por lo tanto, sin necesidad de indi-
cación gráfica alguna, la acentuación tónica de todas las vo-
ces que ve escritas. No vale ciertamente la pena mortificar
tanto á los niños y hacerles perder tanto tiempo para una
cosa tan baladí. Y que lo es lo demuestra el completo des-



(1) Véase la pág. 24 de este tomo.



Y Arturo, como él era
de los que lloran con el alma entera,
después del frenesí del primer grito,
sentía en la cabeza un oleaje,
¡un dolor infinito!

REFORMA
Y salió a respirar á las ventanas;

ORTOGRAFÍA CASTELLANA

(ESTUDIO DEDICADO Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

Continuación (1)

CAPÍTULO II

Acentos.

La notación del acento tiene un interés muy pequeño para obligar á aprender tantas y tan confusas reglas como trae el Prontuario de Ortografía de la Academia. Conven-gamos en que esta Corporación ofrece un sistema poco prác-tico y que nadie observa puntualmente, para un detalle de la escritura que podría omitirse del todo, como se hace en algu-nas lenguas, pues es lo cierto que sólo ha de leer quien sepa hablar, y éste, por lo tanto, conoce, sin necesidad de indi-cación gráfica alguna, la acentuación tónica de todas las vo-ces que ve escritas. No vale ciertamente la pena mortificar tanto á los niños y hacerles perder tanto tiempo para una cosa tan baladí. Y que lo es lo demuestra el completo des-

(1) Véase la pág. 24 de este tomo.

quido que en este punto manifiesta todo el que describe algo, bien sean cartas, bien originales para la imprenta, etc. Así es que de un general se aprenden esas reglas para olvidarlas, á fuerza de no hacer caso de ellas; si bien yo creo que son muy pocos los que las aprenden de verdad.

Podría adoptarse, sin gran inconveniente, un procedimiento sencillo, que al pronto parecerá extraño. Supuesto que todo ó casi todo lo que se escribe con carácter permanente para ser leído repetidas veces es impreso, bien podría pintarse el acento en todas las palabras, pues en la composición tipográfica no lleva más tiempo coger una letra acentuada que otra que no lo esté; y dejarse libertad de hacerlo ó no en los manuscritos, en que, por regla general, se prescinde de la buena forma de letra y se hace poco caso de acentos y signos de puntuación, en obsequio á la rapidez y teniendo en cuenta que el manuscrito se leerá probablemente una vez y será después rasgado.

Las comunicaciones, escrituras y demás documentos destinados á archivarse podrían llevar ó no la acentuación gráfica, á gusto del autor.

No quiero, sin embargo, ser tan radical, y voy á exponer un sistema natural y sencillo, que permita indicar la acentuación, pudiendo omitir el signo gráfico casi siempre. En el fondo es el mismo sistema que rige, pero modificado y hecho fácil hasta el punto de reducirse á tres reglas.

REGLA I. Sin necesidad de pintar el acento, se considerará llana toda voz que termina en vocal y aguda, la que lo hace en consonante; por lo que habrá (que notar el signo cuando ocurra lo contrario ó cuando sea la palabra esdrújula; teniendo en cuenta que ben el plural de los nombres debe conservarse la acentuación del singular, en las personas de los verbos la de la primera, y en las voces compuestas ó con afijos no resultando esdrújulas, la de sus elementos. Ejemplos: *ese papel; compré azúcar; cátedra; tendrán esperanzas; rogóle; fácilmente; décimosétimo; dándole.*

Expuesta así la regla, escribiremos *mesa, mesas, abamo; amas, ama, amamos, amais, aman;* pero también *Garlós, vírgen.* Asimismo pondremos *café, cafés; alamaré, amarás, amarará, amarémos, amaréis, amarán;* pero á lo vez *Tomás, nazion*

La objeción que se ha hecho á esta regla tan natural y clara, propuesta en parecidos términos en la obra de *Gramática general* que publiqué hace cinco años en colaboración con D. Francisco Fernández Iparraguirre, está desprovista de todo fundamento; pues que se reduce á afirmar que no acertaría á colocar los acentos el que, ignorando la gramática, no puede distinguir de números ni personas. Allí que desconoce el *arte de hablar y escribir correctamente* no hay que exigirle que sepa acentuar. Y por otra parte las reglas que contiene el *Prontuario* de la Academia suponen muchos más conocimientos gramaticales, puesto que hay que distinguir bien los diptongos, las vocales suaves de las fuertes, los pronombres, adverbios, preposiciones y conjunciones que deben acentuarse para evitar confusión con otras clases de palabras, etc.; sólo así podrán diferenciarse *el y él, mí y mí, se y sé, de y dé, más y más, etc. etc.*

Aunque la regla sea tan comprensiva no es en manera alguna embrollada, sino muy fácil de aplicar. Antes de dibujar el acento, se ve si la voz termina en vocal ó en consonante y si el acento carga al pronunciar en la sílaba que reclama esta terminación; si así no les, se pintará sobre la que cargue, sea cual fuere, sin necesidad de ver si la voz es ó no esdrújula.

La conservación de los acentos en los elementos de las voces compuestas ó con afijos, que también prescribe la Academia, como *fácilmente* (en *mente* no se pinta porque es llana terminada en vocal), no exige que se deje de acentuar cuando haya sufijos, como *dándole, diciéndonos*; porque resultando la voz esdrújula, no puede dejarse de acentuar.

REGLA 2.^a Siempre que la reunión de dos ó tres vocales susceptibles de formar diptongo ó triptongo no lo deban formar, se pondrá acento grave en aquella sobre la cual cargue la pronunciación. Ejemplo: *Sarria, sponfa*.

Este es uno de los puntos más embrollados en todos los tratados de ortografía, y he hecho, antes de resolverme á restablecer en nuestra escritura el acento grave, todas las combinaciones posibles. Después de bien pensado todo, no veo que ofrezca inconveniente la adopción del tal acento, y

con él, *exclusivamente usado cuando hay que deshacer diptongos*, queda evitada toda ambigüedad y dudas con una sola regla, que todo lo resuelve de la manera más cómoda y sencilla.

Desde luego se tiene la seguridad al leer de que forman diptongo ó triptongo dos ó tres vocales, entre las que se cuenta por lo menos la *i* ó la *u*, (sin las que no puede haberlo en castellano, según la Academia) cuando no se ve el acento grave. Así no hay duda en la manera de leer las voces *Juana, zielo, fuego, feudo, patria, indiano, comió*. Sabiendo ya de antemano al escribir que en tales palabras hay diptongo, es preciso abstenerse de usar el acento grave; y cuando hay necesidad de acentuar, como en *comió*, se acudirá al agudo.

Las voces llanas terminadas en dos vocales susceptibles de formar diptongo, no se acentuarán, por lo tanto, si lo forman, como *patria, seria*; pero si no lo forman recibirán el acento grave, según se ve en *falua, seria, Sarrià*.

Es preferible el acento grave á la diéresis, porque es más rápido de hacer, más visible y porque indica la acentuación sobre la vocal que lo lleva.

Examínense uno por uno los diferentes casos y ejemplos con diptongos y triptongos que trae el *Prontuario* de la Academia, y se observará que, siguiendo esta regla, todos se saben acentuar en el acto sin la menor vacilación. Ejemplos: *país, prezeptuás, teniais, acarizié benjuí, despues, fué, amortiguáis, despreziéis, pié* (sustantivo), *piè* (pretérito perfecto) *piè* (presente de subjuntivo). *¿Aun no a benido?—No a benido aùn.*

REGLA 3.^a Se acentuarán ortográficamente todas las palabras que, bien sea para diferenciarlas de otras ó bien para hacerlas resaltar ó señalar la interrogación y admiración, se acentúan prosódicamente, pero no se empleará el signo, ni aun para diferenciar palabras, cuando en la pronunciación no se acentúen éstas. Ejemplos: *él en el campo y tú en tu casa; ¡cuántos infelices no saben dónde dormir ni cómo sostenerse!; mas o ménos.*

Por medio de esta regla, en que coincido con la Academia, se distinguen de los adjetivos determinativos los pro-

nombres correspondientes, que se pronuncian con acentuación prosódica. Ejemplo: *quiero aquel libro, no éste; pues este libro es mejor que aquél.*

Creo que las tres reglas de acentuación que doy son suficientes, sin que esto sea negar que acaso pueda convenir, para mayor claridad, agregar alguna otra, como la de que los pronombres añadidos como aijos no alteran la acentuación del verbo: *pidiómé*, etc. De todos modos me parece que habría que estar muy obcecado para no ver lo mucho que puede simplificarse el uso de los acentos en nuestra lengua, bien sea adoptando mis tres reglas más ó menos desarrolladas, ó bien dictando otras mejores, inspiradas en un sentido más práctico del que presidió á la creación de las que nos rigen en la actualidad.

PARTE TERCERA

MODO DE REALIZAR LA REFORMA

La simple lectura de un trozo escrito conforme á las reglas dadas en el proyecto que precede, hará ver cuán fácil es en nuestra lengua la reforma ortográfica, y no hay español que no pudiera leerlo de corrido y entenderlo todo en el acto, sin necesidad de enterarse de los preceptos anteriores, en que está basado el sistema. Sin embargo ese fragmento daría una muestra de la escritura española completamente fonográfica, escritura que nos permitiría borrar del diccionario, digámoslo así, la palabra ortografía, puesto que con ella bastaría saber el silabario para estar en disposición de escribir correctamente. Valdría, pues, la pena de admitir de una vez este sistema (u otro análogo, pero igualmente completo); y es bien seguro que si la Academia, con su indiscutible autoridad, lo decretase, vencida antes de mucho la repugnancia del primer momento, quedaría definitivamente establecido, y los españoles esperaríamos sin prisa, aunque pudiese tardar siglos, el alfabeto internacional, que para

nosotros se reduciría á cambiar por otros más sencillos y uniformes los actuales signos alfabéticos, los cuales aplicaríamos de la misma manera absolutamente regular que los latinos minúsculos que propongo y que habríamos de conservar si la formación del mencionado alfabeto internacional nunca llegara á realizarse.

Mas como quiera que no basta que las cosas sean buenas y en alto grado convenientes, si no lo comprende así la generación en que uno vive, y la presente se halla lejos de apreciar una mejora en que no ha parado mientes aún, es inútil empeñarse en buscar prosélitos para la fonografía ó escritura fonética, y hay que pensar maduramente en los medios más eficaces para preparar su advenimiento en el más corto plazo posible. Aquí es donde han naufragado todos los autores de proyectos de reforma y donde fracasaría yo también de fijo, si no hubiese completado mi trabajo con un estudio detenido acerca de los medios más conducentes para abrir paso á mi sistema. Así y todo podrá ser que no consiga nada; pero me quedará la satisfacción de haber hecho todo lo posible en pro de una causa benéfica y que estimo importantísima en primer término para España y en segundo para la humanidad, porque nuestro ejemplo daría grandes alicios á los extranjeros que prosiguen el mismo ideal, luchando con dificultades inmensamente mayores.

Dos son, en mi opinión, los medios que mejor pueden conducir al triunfo de la fonografía: 1.º establecer un buen *Plan de reforma gradual*, y 2.º crear una *Sociedad de Reforma ortográfica*.

CAPÍTULO I

Plan de reforma gradual.

Aunque podría preceder á este plan la formación de la Sociedad, cuyos individuos se encargasen de formularle, juzgo mucho más procedente dar éste ya desarrollado por entero, no tan sólo por lo íntimamente ligado que ha de estar con el

proyecto general, ya expuesto, y lo difícil que es llegar á un acuerdo entre muchos sin comprometer la unidad del conjunto y sus relaciones con cada una de las partes, sino muy principalmente por la necesidad de ofrecer desde luego á la asociación una marcha ya trazada para sus trabajos. Es evidente que si no se presenta algo concreto, un programa, digámoslo así, bien definido, no será fácil encontrar prosélitos; porque dada la resistencia que hay hacia este género de innovaciones, el anterior *Proyecto* en sí solo (ó cualquiera otro por el estilo) retraería á los más, y sería difícil reunir un núcleo suficiente de personas ilustradas que se comprometieran á tomarlo por divisa para iniciar con fe una campaña en su favor.

Por el contrario, si presento un plan de reforma perfectamente gradual, hasta llegar paulatinamente y sin violencia alguna al sistema completo que he desarrollado en la segunda parte de este escrito, será mucho más fácil encontrar quienes se comprometan á ser sus apóstoles.

Claro está, por lo demás, que una vez establecida la Sociedad de reforma, ésta podría discutir ampliamente y perfeccionar tanto el anterior *Proyecto*, como el siguiente *Plan*, y aun proponer otros nuevos, para lo que al menos le serviría de base mi modesto trabajo.

El que haya leído con detenimiento las reglas de reforma que he propuesto y un trozo escrito en fonografía como muestra, no habrá podido menos de observar que la mayor parte de las palabras castellanas conservan su escritura actual, y que, entre las que sufren alteración, muchas, como las que cambian *ex* por *es*, *trans* por *tras*, las que pierden el acento, como la preposición *a*, la conjunción *o*, etc., apenas chocan á la vista. No hay, pues, ningún inconveniente en adoptar desde luego cierto número de innovaciones, que desfiguran muy poco el aspecto de la escritura, dejando para más adelante las demás. Tendríamos un primer período ó plazo.

Entre las variaciones aplazadas las hay, si bien un poco extrañas, no muy chocantes, como, por ejemplo, la rectificación en el uso de la *i* y la *y*, la sustitución de la *x*, con sonido doble, por *cs*, etc. El mal efecto que pudieran producir

estas novedades, puede atenuarse y casi me atrevo á decir, anularse, preparándolas con discreción durante el primer período. El empleo de estas reglas formaría el segundo plazo.

Finalmente constituiríamos un tercer y último período con las innovaciones de más bulto, más repulsivas, digámoslo así, como son: el abandono de la *h* y de la *v*, la adopción de nuevos signos, etc. Pero estas reformas irían preparándose durante los dos plazos anteriores en la forma práctica que voy á explicar, y vendrían por fin muy naturalmente.

Se ve, pues, que el plan de reforma gradual debe abrazar tres etapas, en las que se han de ir colocando las innovaciones en un orden de sucesión muy bien estudiado, á fin de que las unas sirvan de preparación á las siguientes, que han de venir como consecuencia de las que les hayan precedido. Y como al mismo tiempo hay que seriar las novedades por orden de menos á más chocantes, y á veces lo son en muy distinto grado las diferentes partes de una misma regla (como, por ejemplo, la tercera, en que es fácil transigir con *vv* después de *l*, *n* ó *s*, pero no cuando es inicial), resulta que los preceptos señalados para cada plazo, ni pueden seguir el orden en que fueron enumeradas aquellas reglas, ni ser enunciados en la misma forma.

Veamos ahora en detalle lo que debe comprender cada uno de los tres períodos.

(Véase regla 3.^a del Proyecto, pág. 27.) **Primer período.**

REGLA 1.^a Toda letra que no se pronuncia en ciertos casos, se omitirá en la escritura de los mismos. Ejemplo: *una mitá parece oscura y la otra transparente.*

Es fácil y urgente plantear esta regla; fácil porque á nadie puede chocar la innovación y es seguro que apenas habría quien la echase de ver; urgente porque de seguir rigiendo la novísima ortografía oficial, será después algo chocante la supresión de las consonantes mudas en mal hora restablecidas por la Academia, pues empezamos otra vez á acostumbrarnos á escribir *septiembre*, *oscuro*, *subscripción*, etc.

(Véase regla 5.^a del Proyecto, pág. 25.)

REGLA 2.^a Se sustituirá por *s* la *x* que se halla entre vocal y consonante. Ejemplos: *esplicar el testo*.

El planteamiento de esta regla es también muy fácil, porque la mayor parte de las personas son incapaces de distinguir cuándo corresponde una ú otra y no repararían el cambio, y además es no menos urgente que el de la anterior, si se quieren atajar, y ya es sobrado tiempo para ello, los perjuicios que á nuestra lengua se originan con la continuación de la ortografía oficial en este punto, según creo haber probado al explicar la regla 6.^a del Proyecto, pág. 28.

La otra parte de esta última corresponde al 2.^o período, en que será fácil desterrar la *x*, de que se habrá ya prescindido mucho durante el 1.^o Se ve cómo la aplicación del caso Y más sencillo sirve de preparación á la del que no lo es tanto.

REGLA 3.^a El sonido de *erre* se escribirá con el doble signo *rr* después de *l*, *n* y *s*. Ejemplos: *alrrededor de los isrraelitas es todo deshonrra*.

Como he hecho notar (pág. 579), la Academia nos ha acostumbrado ya á ver *pararrayos*, *manirroto*, *subrrayar*, etc., y no se nos haría novedad lo que propongo, en realidad menos chocante. Hay, además, para adoptarlo, no se pierda de vista, la doble razón de ser poquísimas las voces castellanas que se hallan en este caso, y de que así se prepara para el 2.^o período la innovación más importante, de la *rr* inicial, imposible ahora.

(Véase regla 3.^a del Proyecto, pág. 579.)

REGLA 4.^a Las actuales sílabas *ge*, *gi*, se escribirán con *j*, dando á esta letra el nombre de *je*, y á la *g* el de *gue*.

Ejemplo: *lejítimas exigencias*.

Tampoco es violenta esta innovación, porque estamos habituados á ver á cada paso *cojer*, *ligerero*, *elejir*, etc., y también *sugeto*, *magestad*, *digimos* y otras muchas voces que del *ben* escribirse con *j*. Y es que las reglas para saber cuándo ha de emplearse una ú otra consonante no son fáciles de aprender ni de recordar, aparte de que son insuficientes, y á los que no pueden guiarse por el origen ni tienen bastante espíritu de observación, no les queda otro recurso que acudir con frecuencia al catálogo de voces de escritura dudosa,

que á lo mejor no contiene la palabra que se busca. No es, pues, extraño que esta falta de ortografía se cometa con tanta frecuencia que haya llegado á considerarse como de poca monta, y á estas fechas tengamos el terreno suficientemente preparado para plantear desde luego y sin vacilación la regla que propongo, que es sólo una parte, la más llana, de la 1.^a del *Proyecto*. Algo chocará al principio cuando es inicial, como en *jenio*, *jénero jérmen*; pero no son muchas semejantes palabras ni faltan precedentes, puesto que ya hace años, cuando se prodigaba *es* por *ex*, también solía escribirse *je*, *ji* por *ge*, *gi*.

No puede plantearse en este 1.^{er} período la regla completa de la *g*, *j*, ó sea la 1.^a del *Proyecto*, pues sería violento é inadmisibile por ahora el suprimir la *u* muda de las sílabas *gue*, *gui*, escribiendo *gera*, *gisante* por *guerra*, *guisante*. Pero este indispensable complemento de la regla que aquí doy, vendrá muy naturalmente en el 2.^o período sin la más insignificante violencia; porque no volviéndose á ver la *g* con el sonido de *jota*, y olvidado su actual nombre *je*, por el nuevo *gue* que se enseñaría en todas las escuelas, al decretar en el 2.^o período la supresión de esa *u* ociosa, á nadie se le podría ocurrir pronunciar como *je*, *ji* las sílabas escritas *ge*, *gi*, sino que todos las leerían necesariamente *gue*, *gui*.

(Véase la explicación de la regla 1.^a del *Proyecto*, página 573.)

REGLA 5.^a Las actuales sílabas *ce*, *ci*, se escribirán con *z*, dando á esta letra el nombre de *ze*, y á la *c* el de *que*. Ejemplo: *vazilantes luzes*.

Esta regla, correspondiente á la anterior, á la que es del todo paralela, como lo son las 1 y 2 del *Proyecto*, es, sin embargo, un poco más extraña á la vista, por la sencilla razón de que son menos frecuentes y por tanto más chocantes las faltas de ortografía que consisten en trocar la *c* y la *z*, porque hay en este punto escasas y concretas reglas ortográficas. Sin embargo, es tan natural y está tan indicada la innovación, que no puede dejarse para el 2.^o período, en que ha de venir, preparado por ella, el complemento de la 2 del mencionado *Proyecto*, ó sea el abandono de las *qu*,

para escribir *cerido*, *citar*, por *querido*, *quitar*, lo que por de pronto sería absolutamente intolerable. No volviéndose á ver escrito el signo *e* con el sonido de *zedá*, y olvidado su actual nombre *ze* por el nuevo *que*, que se enseñaría en todas las escuelas, se podría suprimir en el 2.^o plazo la *qu* y también la *k*, escribiéndose entonces las actuales sílabas *que qui* de este modo: *ce, ci*. Á nadie podría ocurrir entonces pronunciarlas como *ze, zi*.

(Léase la explicación de la regla 2 del Proyecto, pág. 575.)

REGLA 6.^a Se pondrán en vigor desde luego las reglas 1.^a y 3.^a del Proyecto, sobre acentos (págs. 178 y 180). Ejemplos: (véanse los de estas dos reglas.)

La 1.^a es muy urgente para contener cuanto antes la perniciosa corriente de acentuar las voces agudas terminadas en *n*, en virtud de la ya ampliamente criticada disposición de nuestra Academia (pág. 179). Esta regla del Proyecto, en la forma en que está enunciada, es de muy fácil aplicación, á pesar de ser tan comprensiva.

En la 3.^a (pág. 180) se hará un poco raro al principio la supresión del acento en la preposición *a* y en las conjunciones *e, o, u*; pero la misma Academia dice que no hay para acentuar tales voces más razón que la *costumbre*. Como *costumbre* ociosa y mala, preciso es desarraigárla, y más teniendo presente la frecuencia con que se repiten estas palabras, las cuales no se acentúan en la república (de Chile).

Además de las seis reglas precedentes, y con objeto de preparar para el 2.^o y 3.^{er} plazo algunas otras innovaciones, que de pronto serían demasiado radicales, pueden adoptarse desde luego en el manuscrito las tres siguientes reglas provisionales:

REGLA 7.^a Se prescindirá en el manuscrito de la forma de letras mayúsculas, adoptando en vez de éstas las minúsculas escritas de mayor tamaño. Ejemplo: *a madrid*.

Como la forma de letra manuscrita es menos fija que la impresa y los calígrafos varían sobre todo la figura de las mayúsculas, llamará mucho menos la atención esta novedad, que si se intentase desde luego en las letras de molde.

Hay, no obstante, algunas dificultades que vencer para

acomodar á este caso las minúsculas; porque al paso que muchas de ellas son perfectamente apropiadas al objeto por su forma, como la *a*, la *m*, etc., que aún hoy emplean á veces los escribientes y copistas cuando escriben *antonio*, *maría* por ejemplo, otras son imposibles de aumentar sin exceder los límites de los palos que van hacia arriba ó hacia abajo del renglón, según puede notarse en la *b*, la *l*, etc. Sin embargo, la dificultad de tener un alfabeto de mayúsculas de forma idéntica ó casi igual á la de las minúsculas, no es grande; y sin perjuicio de la solución definitiva que puedan dar al problema los calígrafos, sólo para desvanecer los temores de los que se detienen ante obstáculos ilusorios, haré las siguientes indicaciones acerca de las que pueden ofrecer dificultad.

La *z* capital, incluyendo el punto, que no debe omitirse, ha de tener la altura de la *l*, de modo que su palo deberá ser igual al de la *t*. La *b* habrá de tener su cuerpo en parte bajo el renglón; sin embargo, no queda así del todo bien, y acaso conviniera hacerla del tamaño y en la posición de la minúscula, añadiéndole un suplemento como el de la *f* y la *t* mayúscula. La *j* queda bien sin necesidad del suplemento superior, con sólo colocarla sobre el renglón por abajo; pero no debe tener más altura que la *t* y la *z* para que con el punto no exceda los límites de los palos altos. La *l* necesita abajo un suplemento para distinguirla de cuando no es capital. Las demás letras no reclaman explicación alguna.

REGLA 8.^a La *b* y la *v* manuscritas se confundirán en una forma mixta, cuya altura no excederá á la de la *t*. Ejemplo: *va bien*.

Se comprende bien el objeto de esta disposición transitoria, que no es sino acostumbrar la vista para desterrar más tarde la *v*, según la regla 7.^a del Proyecto.

Aunque no distingamos la *v* de la *b* en la pronunciación, rara vez truecan estos signos gráficos las personas un poco acostumbradas á leer y escribir, contribuyendo no poco, en mi sentir, á hacer relativamente raras las faltas de ortografía en estas letras, su gran diversidad de forma, pues la vista se fija, por ejemplo, en los palos altos de *beber* y su ausen-

cia en *vivir*. Esta misma desemejanza hace molesta la sustitución de la *b* á la *v*, y por este motivo hay que proceder con tacto y allanar la dificultad para más tarde, con previsoras medidas. Á este fin obedece la presente regla.

Por de pronto, desterradas en el manuscrito las mayúsculas, se evita la mitad peor de la dificultad, pues es más grande la desemejanza en estas últimas que en las minúsculas, y hubiera sido muy difícil hallar una forma intermedia para acortar las distancias entre la *B* y la *V*, como podemos hacerlo en las correspondientes minúsculas.

En éstas cabe muy bien cierta aproximación, bajando un poco el palo de la *b* y adoptando la *v* redonda por abajo en vez de la que forma ángulo. La forma que se obtiene posee bastante semejanza con ambas para que al verla empleada en vez de una y otra, la vista crea encontrar en cada caso la letra que corresponde; pero notando á la vez cierta aproximación con la otra, llegará momento en que al leer no se piense en la diferencia originaria de los dos signos, y se ofrezca á la mente la idea de uno solo en todos los casos.

REGLA 9.^a Se omitirán en el manuscrito todas las *h* en medio de dicción, recomendándose, sin preceptuarlo, que se vayan abandonando también las iniciales en palabras no frecuentes. Ejemplo; *alaja*, *adesion* y aun *ostigar*.

Como la supresión de la *h*, por lógica que sea, desfigura mucho las palabras, hay que prepararla paulatinamente, empezando por la medial, pues es menos visible la supresión, como se observa en *taona*, *buo*, *alaja*, *aderezia*. La *h* inicial no puede quitarse sin causar mucha extrañeza, y por eso no es prudente *preceptuarla* todavía, ni aun en el manuscrito, en que los descuidos son más tolerables que en los impresos; pero puede *recomendarse* su abandono en vocablos poco usuales, con lo que se quita todo escrúpulo á los que, con razón, temen la nota de ignorantes en que, por convenio poco justificado, incurren todos los que se descuidan en materia de ortografía, cosa que, sin embargo, ocurre á veces á personas muy ilustradas cuando escriben rápidamente, concentrando toda su atención en el fondo del asunto.

Para dar ahora una idea del aspecto de nuestra escritura durante esta 1.^a etapa de la reforma, y hacer ver de paso que no hay necesidad sino de un poco de buena voluntad para admitir desde luego las precedentes reglas, que simplifican ya de una manera asombrosa el estudio y práctica de la ortografía, voy a transcribir a continuación en ortografía del 1.^{er} período el siguiente fragmento de un cuento del distinguido escritor D. Antonio de Trueba, cuyo reciente fallecimiento lloran las letras patrias:

TROZO DE ESCRITURA EN ORTOGRAFÍA DEL 1.^{ER} PERÍODO.—

Los higos. El señor cura era aficionadísimo a la fruta, y sobre todo a los higos. En la quima más alta de una higuera que había en un extremo (1) de su huerta quedaban unas cuantas docenas de higos, que no sabía cómo cojer y que eran riquísimos, pues reunían las tres condiciones que han de tener los higos buenos, es decir, cuello de ahorcado, ropa de pobre y ojo de viuda; o lo que es lo mismo, el cuello ya pasado, pelleja desquebrajada y ojo llorando almíbar.

—Cosa muy fácil, le dijo el ama; llame usted al chico de Mari-Juana, y verá usted que pronto se planta aquel en la quima y los coje todos; que donde aquel no suba, no sube la ardilla más lista del mundo.

—Verdad es, contestó el señor cura; pero el tal Periquillo tiene para eso un inconveniente, y es que como es tan pillito y tan traga-fruta, me va a comer la mitad de los higos mientras coje la otra mitad.

El ama del señor cura, que era lista como un demonche, encontró al instante modo de remediar el inconveniente que hallaba el señor cura en valerse de Periquillo para cojer los higos destinados a los pájaros del cielo, como los llama Mistral, el poeta de Provenza, a los higos que se quedan en la rama más alta.

—¡Jesus, dijo, en qué poca agua se ahoga usted, señor! ¿Tiene usted más que imponer al chico la obligación de no

(1) He añadido «que había en un extremo» para ofrecer un caso (de es por ex.

dejar de cantar, hasta enronquezarse (1), mientras coje los higos, y así no tendrá tiempo de comer uno siquiera.

— ¡Pues es verdad! — exclamó el señor cura. — ¿Qué cosas les ocurren a estas pícaras mujeres!

El ama del señor cura llamó a Periquillo, y Periquillo, tan despabilado y tan listo como siempre, corrió a ponerse a las órdenes del señor cura.

— Vamos a ver, chiquito, le dijo éste: ¿te atreverás a subir a aquella quima y cojer todos los higos que tiene?

— ¡Pues no me he de atrever! Sí, señor. — Concho, y qué ricos son! — añadió Periquillo, relamiéndose al ver los higos.

— Pero oye, le dijo el señor cura alarmado con la codicia que los higos despertaban en Periquillo: es indispensable que mientras cojes los higos cantes sin cesar un momento.

— ¿Y qué quiere usted que cante?

— Lo que a tí te parezca, con tal que sea cosa buena. Canta la letanía, la salve, el credo; en fin, lo que te dé la gana, con tal que cantes.

— Está muy bien, señor. —

Periquillo se colgó del brazo una zestita del asa, y en menos que uno lo cuenta se plantó en lo más alto de la higuera, y empezó a cojer higos, canta que cantá.

Quería embaularse los mejores higos, pero para comer tenía que dejar de cantar, y así que interrumpía el canto, ya estaba el señor cura gritándole y amenazándole con un terron que tenía en la mano.

Cavilaba Periquillo a ver si encontraba medio de jugársela de puño al señor cura, y al fin creyó haberlo encontrado. Púsose a cantar un responso, y, naturalmente, al llegar al *pater-noster*, guardó silencio.

— ¿Qué es eso? — le gritó el señor cura alarmado.

— Que estoy rezando el padrenuestro, contestó Periquillo con la boca llena de higos.

— Rézale cantando, condenado a muerte. —

(1) El autor no dice «hasta enronquecerse», palabras que yo he añadido para presentar un caso de *rrr*.

—¡Ca, no señor! El padrenuestro lo reza usted siempre en voz baja.

El señor cura arrojó al suelo el terron que tenía en la mano y dijo soltando una carcajada:

—¡Hombre, por lo pillo se te puede perdonar el que te comas la mitá de los higos!

La mitá de los higos no se comió Periquillo; pero vamos, que no se dió mala tripada de ellos mientras suponía rezar el padrenuestro.

TOMÁS ESCRICHE.

(1) *(Se continuará.)*

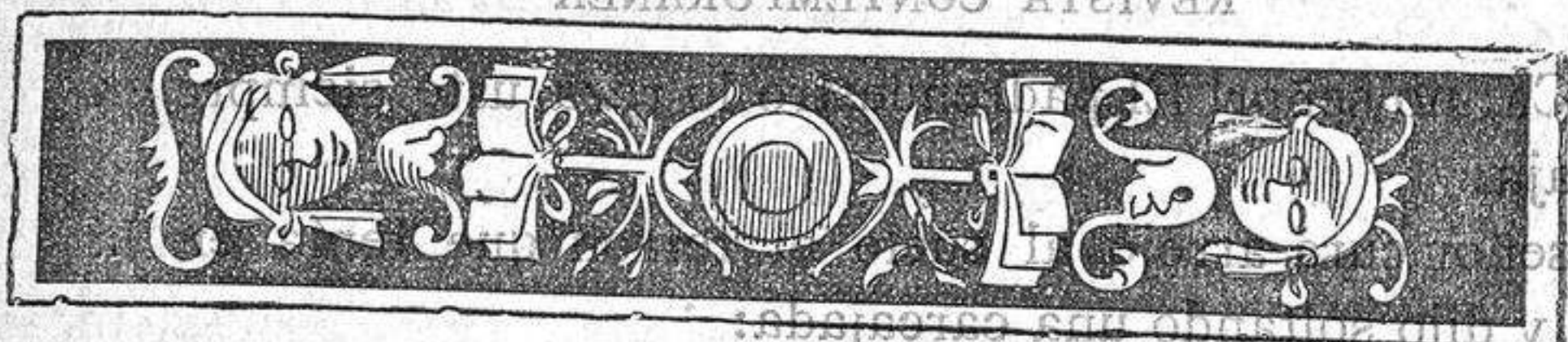
VI

El templo del Pilar.—El establo mayor.—La silla del coro.—La capilla de la Virgen.—Convento de Santa Encarnación.—La portada.—Iglesia subterránea de las Santas Masas.—Sepulcros antiguos.—El arco de Cineja y los Santos Mártires.—La Lonja.—La Audiencia.—La torre de Brull.

He consagrado la mañana a los recuerdos históricos de la historia del cristianismo. Había pensado como tomarme la Virgen del Pilar, había estado en su arte, pero faltaba darme cumplir otra misión reservada en mi conciencia a la Reina de los cielos, y cumplida la primera y más sagrada deuda, examinar el templo a la luz del arte, como mero y entusiasta aficionado a estas obras del ingenio humano. Así lo he hecho, y esta mañana, sólo con mi corazón, mi fe y devoción, encaminéme al santuario de la Patrona de esta noble e hidalga tierra.

La mañana era brillante, cual si la proximidad del otoño quisiera hacer un último alarde de encanto al despertar este. La plaza del Pilar estaba hermosa, los árboles susuraban en su pomposo ramaje como en la pri-

(1) Véase la pág. 53 de este tomo.



—¡Hombre, por lo pillo se te puede perdonar el que te comas la mitá de los higos! La mitá de los higos no se comió Periquillo; pero vamos, que no se dió mala tripa de ellos mientras suponis tezar el padre nuestro.

SEIS DÍAS EN ZARAGOZA (1)

(Se continuará.)

IV

El templo del Pilar.—El retablo mayor.—La sillería del coro.—La capilla de la Virgen.—Convento de Santa Engracia.—La portada.—Iglesia subterránea de las Santas Masas.—Sepulcros antiguos.—El arco de Cineja y los Santos Mártires.—La Lonja.—La Audiencia.—La torre de Bruil.

He consagrado la mañana á visitar templos llenos de históricos recuerdos, de brillantes páginas para la historia del cristianismo. Había visitado como romero á la Virgen del Pilar, había orado ante su ara, pero faltábame cumplir otra misión reservada en mi conciencia á la Reina de los cielos, y cumplida la primera y más sagrada deuda, examinar el templo á la luz del arte, como mero y entusiasta aficionado á estas obras del ingenio humano. Así lo he hecho, y esta mañana, sólo con mi corazón, mi fe y devoción, encaminéme al santuario de la Patrona de esta noble é hidalga tierra.

La mañana era brillante, cual si la proximidad del otoño quisiera hacer un último alarde de encanto al espirante estío. La plaza del Pilar estaba hermosa, los árboles susurraban en su pomposo ramaje como en la pri-

(1) Véase la pág. 53 de este tomo.

mayera, y la tierra, humedecida por el matutino riego, exhalaba desconocidos aromas que llenaban mi pecho de fresco ambiente. La fuente que ocupa el centro de aquel cuadrilongo, en el que se levanta la pesada mole de la basílica, derramaba en la oscura taza un arroyo límpido y transparente que irisaba á los rayos del sol que la herían oblicuamente, y su claro y continuo sonar en borbotones de blanca espuma alegraba el corazón, predisponiendo el ánimo á gratas y placenteras emociones.

Penetré en el vasto recinto de la morada de la Reina de la fe y de la esperanza: pocos fieles ocupaban las vastas naves, en las que reinaba un silencio inspirador, interrumpido tan sólo por la campanilla que marcaba las adoraciones de la misa. La Virgen continuaba en su secular asiento rodeada de luces y brillando trémulamente las alhajas depositadas por la fe. Oída la misa y cumplido mi propósito, di la vuelta al templete que sirve de capilla á la Virgen, y vi una elipse de bronce en forma de ventanillo y ante la cual se arrodillaban y besaban en medio de aquella especie de relicario. Lleguéme y comprendí que aquél es el punto por el cual se adora el santo *Pilar*, y así lo hice aplicando repetidas veces mis labios al mármol de la santa columna, que es de un color rojizo y algo parecido al mármol que conocemos con el nombre de buscarroz. El pilar por esta parte no aparece liso, sino ahuecado á fuerza del desgaste que tantos labios han hecho sobre aquel consagrado pedestal. ¡Cuántos millones de ósculos llenos de amor, de fe y esperanza se habrán aplicado al santo pilar? Eso.... Dios lo sabrá. El, que todo lo cuenta y aprecia, sabrá cuántos miles de lágrimas habrán enjugado aquellos fervientes besos en alivio de nuestros males. Ante aquella muestra de las creencias de un pueblo tan católico como el español, no se sabe sino orar, admirar y creer.

Va dije algo acerca del estilo de la iglesia y de su aspecto artístico, y hoy me ratifico en lo que entonces apunté. La iglesia es grande, inmensa, pero nunca será

grandiosa: en medio de sus amplias proporciones resulta pequeña, es decir, mezquina. Sus tres naves y la disposición de la capilla del Pilar la hacen embrollada, confusa, y aquellos torreones de millares de arrobas de materiales, en vez de pilastras, a los que se adosan las columnas, son tan burdos y pesados cual si la majestad hubiera querido representarse por medio de carretadas de piedra y argamasa. Si huís de aquellos torreones, con los cuales hay materiales para construir un templo de mayores dimensiones y tal vez sobrarán aun para otro, y fijáis la vista en la bóveda, la hallaréis fría, pobre y temerosa sobre aquellas canteras, y de tan poco atrevimiento como el arte que la elevó. En vano ha sido adornarla con frescos y doradas molduras y hojarasca; a un jorobado no se le endereza por más cadenas de oro y botones de brillantes que le pongáis; lo prosaico de la construcción no ha desaparecido con aquellos. Lástima grande las sumas invertidas en restauraciones que nunca consolidarán aquella pesadísima fábrica, que se agrieta por todas partes. Basta sólo contemplar la pesadísima cúpula que se levanta en el altar mayor, para comprender que, ya que sin gusto y sin arte ni sentimiento se hacía aquella obra, quisose en cambio amontonar el cascote que hubiera producido el derribo de una ciudad.

Dejemos, pues, el mal gusto, y vengamos a la nave central, en que hay que admirar y ver el genio del humano sentimiento. Empotrado entre cuatro castillos, cuatro montes o muros de una presa, y cual elefantes que guardaran entre sus pesados cuerpos un dije, así se manifiesta el riquísimo altar, obra del primoroso artista valenciano Forment. Esta joya del arte es lo único que sobrevivió a la destrucción del antiguo templo—también los bárbaros dejaron restos casi intactos en Roma en su destructora marcha,—y aun cuando el desgraciado se halla aherrojado en medio del tormento del barroquismo que le rodea, haciendo pedir a voces al puro arte que se le libre de aquel martirio, debemos agradecer cuando menos su conservación. De este poco conocido

y menos estimado artista por sus paisanos, de quienes ni aun ha merecido la memoria de una calle que recordara el cincel y las glorias de tan ilustre artífice, es el rico altar de la catedral de Huesca, que no conozco, pero del cual he oído hablar con entusiasmo. Aquella delicada obra fué sin duda la que hizo que Forment se encargara de la ejecución de esta maravilla que tengo ante mi vista, y de cuya delicadísima é inspirada obra tal debió de quedar satisfecho el Cabildo y particulares que contribuyeron á la obra, que se le abonó por ella la suma de diez y ocho mil ducados, y consiguiendo al par inmortal renombre y eterna y perpetua recordación, prenda más estimable que la fortuna que se labró con su puro sentimiento y primoroso cincel, tan delicado en sus trabajos cual los de su émulo Cellini. En cambio, en Valencia nada se conserva de tan inspirado artista en sus vulgares iglesias, y gracias aún que se le conozca por paisano, pues en Valencia, como en Suiza, sus hijos, para ser apreciados, tienen que salir de su patria si han de conseguir nombre por su talento, enalteciendo en cambio y prestando humildes parias á los más vulgares forasteros, á los que encumbran y engrandecen, con perjuicio de sus propios hijos. Pero dejemos consideraciones filosófico-sociales harto conocidas, y basta recordar el hecho de su paisano San Vicente.

Siete preciosísimos relieves se ostentan en el basamento, que son siete poemas escritos en rico alabastro. Los compartimentos los dividen unas hermosísimas columnitas con miniadas imágenes de una limpieza y sentimiento admirables. Cada uno de los tableros contiene episodios de la sagrada historia: los desposorios de la Virgen, Anunciación, Visitación, Nacimiento del Señor, Adoración de los Reyes, Muerte del Salvador y la Resurrección. Las pechinas, adornos, detalles y combinaciones demuestran el gusto plateresco que iba infiltrándose en las artes del esculpido. El cuerpo principal presenta la Asunción de la Virgen, flanqueada por la Presentación al templo y el Nacimiento. Estas figuras

están ejecutadas con grandiosidad admirable, atrayendo poderosamente la atención la limpia, fina, esmerada y al propio tiempo franca y atrevida ejecución, que demuestra un cincel tan práctico como sobrio y tan seguro en el golpe como en la delicadeza del trazo.

Flanquean a estos cuadros desiguales pilastras con riquísimos pináculos y gabletes de la más delicada cetería, que cobijan un mundo de preciosas esculturas de santos que embellecen y rodean los tres hermosos doseles, formando artísticas agrupaciones sobre los ricos guardapolvos. En la parte inferior llaman poderosamente la atención por su espiritual realismo, si esto puede concebirse, las dos hermosísimas estatuas de Santiago y Braulio, a quienes parece ver levantarse su pecho a impulso de los latidos de sus corazones. ¡Y cuán grato es reposar la vista en tan rica e inspirada obra después de fatigada por el prosaísmo que nos rodea! Si descendemos del altar y nos dirigimos al coro, otra nueva gratísima impresión nos espera: su monumental sillería, que todos conocéis por la fotografía y el grabado. En la obra de Forment vemos el arte tranquilo, reposado, concibiendo, meditando y ejecutando después con amor y sentimiento un todo armónico y un conjunto de gloria y de arte. Pero en la sillería del coro vemos el caos metodizado, la confusión armónica, la fiebre, el desvarío, la locura, la unión de cuantos elementos tiene el arte para hacer gozar, sentir y admirar. El tallado de aquella madera ha vertido un océano de imaginación, de pensamientos, de paganismo y de religión, de amor, de sentimiento y de belleza llevado hasta el imposible.

Describir aquel conjunto, imposible: aquello es un caleidoscopio que torna y mueve continuamente, surgiendo una confusión indescriptible en la que os mareáis ante tanta riqueza, tanto gusto, tanto arte, y deslumbrados caéis en una de aquellas hermosas sillas, víctima del vértigo que en vuestros sentidos produce tal cascada de preciosos detalles. La obra de la paciencia humana de

dos generaciones aparece allí consignada en aquellos embutidos, relieves y detalles. Sesenta y dos mil sueldos recibió Obraj, el maestro, y sus compañeros Moreto y Lobato por aquella obra maestra del tallado, en que no se sabe qué admirar más, si la ejecución ó la delicadeza del dibujo. Tres órdenes de sillas ocupan los lados, hallándose las superiores surmontadas de un doselete y en el nicho uno de aquellos labrados tableros y coronado el remate por una cornisa tallada que remata con una cestería sostenida por ángeles y adornos de flores.

Preciosas columnitas del más estimable gusto plateresco dividen el respaldo, y en los citados cuadros se ve la historia de Jesucristo en uno de los lados y la de la Virgen María en el otro. Añadid á esto batallas, episodios de la Edad Media, escenas de la vida campestre y cuantos caprichos pudo concebir la fantasía de aquellos imagineros. Engolfado con la contemplación de aquel rico museo del tallado pasé largo rato, y creo que la mañana y el día hubiera invertido examinando y gozando con la contemplación de aquel derroche de fantasía, gusto y combinaciones, en que la elegancia y la riqueza se combinan con el gusto más exquisito.

Á la salida me fijé en la hermosa verja que cierra el coro por la parte del altar, que es también una hermosa obra en bronce; la surmontan preciosas estatuitas de acabado trazado y muy sentidas en su expresión. Su autor fué Juan T. Colina, y emprendió la obra allá por los años 1574, siendo, por tanto, anterior al nuevo templo. Fué visitando las capillas y nada de notable se encierra en ellas, si exceptuamos algún cuadro de relativo mérito, y lo único que rompe aquella monotonía es el sepulcro del duque de Montemar, y en el cual se ve la mano y nada época del gran Carlos III. En la sacristía de la catedral detúveme con encanto ante un precioso *Ecce-homo* que se reputa de Ticiano, y así parece indicarlo al menos dedicado al examen de estas obras.

La iglesia del Pilar ó capilla de la santa imagen, forma otro templo bajo la misma bóveda, y separada una

de la otra por un claustro ó deambulatorio resultando espalda con espalda el altar de la Virgen y el retablo mayor de la basilica. Un hermoso Crucifijo ocupa el trasaltar, y en el de la Reina de los cielos, un magnífico medallón esculpido en blanco mármol representando la Asunción de la Virgen, obra de D. Carlos Salas, digno competidor de Forment en cuanto á lo inspirado y delicada ejecución, y en el cual se admira la nobleza y unificación. En la parte baja del medallón se encuentra á la izquierda del espectador el devoto óvalo por el que asoma el santo pilar y es objeto de constante adoración.

Dando la vuelta á este claustro, venimos á encontrar nos enfrente del templete que encierra el altar de la Virgen, abierto por tres portadas. Tres altares ocupan el lado mayor de la elipse que forma aquel, como ya dije: el de la derecha, en donde se halla el trono de la Excelsa patrona, en el del centro y unico en que se dice misa. Un bajo relieve en mármol representando la entrega del santo pilar á San Yago con sus discípulos ocupa la parte superior de la mesa. La bóveda de la cúpula se halla abierta por caprichosos lucernarios que permiten distinguir los frescos de la bóveda superior, y aquella descansa sobre arquivadas y frisos de ricos mármoles, lo propio que las columnas. Una linterna algo atrevida y nueva en su forma corona la cúpula, y en la cornisa venen estatuas de santos de aspecto algo amanerado y académico. En conjunto, la obra del templete es buena y demuestra el gusto de D. Ventura Rodríguez, separándose bastante del estilo de la época, sin dejarse influir por el barroquismo. La cúpula superior se halla pintada al fresco por el pincel de D. Antonio Melázquez, que representó la venida de la Virgen con toda su aureola de gloria. Las otras cuatro que forman en cruceo son debidas sus pinturas á los hermanos Francisco y Ramón Bayen. En toda ella la Reina de los cielos impera, presidiendo á vírgenes, profetas, mártires y confesores. El colorido de todos estos frescos es sumamente brillante: á la salida del templete se ven unas barandillas que cie-

rran unas rampas que conducen á los enterramientos subterráneos, en que yacen D. Juan de Austria, el hermano de Carlos II, y obispos y canónigos.

Enfrente de la santa capilla vese un modesto coro y sobre el muro en estuco un colosal nombre de María, y en el arco fijase la atención en unas cabezas de ángeles y querubines en que se adivina el diestro pincel de Goya en medio de un hermoso fresco.

Terminada mi visita artística á la basílica, vi que eran las ocho, y deseoso de conocer otro templo no menos ilustre, pero de otro género, salí del Pilar, encaminándome á las ruinas del célebre monasterio de Santa Encarnación. Más de una vez, en mis vespertinos paseos por el Salón, cuando el sol oculto tras el verde follaje de la arboleda que cierra el horizonte por el Oeste, y cuando la dudosa luz del crepúsculo aumenta y agranda los objetos, se me aparecía como fantástica visión la hermosa, rica y opulenta fachada del monasterio de la santa mártir, que brillaba con toda la esplendidez de su plateresca arquitectura, enriquecida por las doradas tintas que los años habían impreso al escultórico mármol. No podía pasar sin que esta preciosa fachada no me atrajera. Mi vista inconscientemente iba á fijarse en aquella rica joya del arte, y mayormente cuando sabía que tras aquella portada existía la iglesia subterránea simulación de las tan respetables y recordables catacumbas de Roma. Hoy he cumplido aquel deseo, para el cual parece que venía preparando mi espíritu con aquellas dulces impresiones.

Ante su portada, como todos los que aman los gratos placeres que la contemplación de las obras del arte produce en el ánimo, he permanecido embelesado en el saboreo, si así me permitís decirlo, de aquel hermoso conjunto, ideal concepción de un artista que hacía sentir al mármol con su pensamiento y su cincel en sus perfectas imágenes. Hermosa es la portada en sus elegantes líneas, pero es lo más en cuanto al bello esculturado se refiere. El hijo de Morlanes parecía recibir una nueva inspiración con el arte plateresco que ya comenzaba á

imperar, y así tradujo en el mármol en toda su pureza el nuevo gusto.

Una fachada en piedra en cuyo centro se abre un arco puramente romano, divide el frente en dos cuerpos: los dos lados del arco cubren la pilastra sobre que descansa; dos columnas dóricas estriadas que descansan sobre pedestales; el plano intermedio de estas paredes al linde exterior de la fachada le ocupa un nicho con la estatua de un santo. Sobre las columnas corre un friso con un liso arquitrabe coronado por una saliente cornisa. En el segundo cuerpo reproducese la misma ornamentación, pero sus pilastras son jónicas y también estriadas y cubiertas por otro arquitrabe y friso con lisa escocia que corre á lo largo de la fachada doblegándose curvilínea al tocar en la clave del arco. Un derruido y mezquino campanario se apoya en el lado izquierdo de la fachada. Debajo del arco, en su fondo y mal cobijada por aquél para resguardarla de inclemencias del tiempo y de la mano de los hombres, hallaremos la famosa portada. En el fondo se ve el cuerpo principal y cortan los ángulos del espacio de la planta, en curvilíneo, dos cuerpos secundarios. En el centro se abre el arco, de elegante trazado romano con dobles arquivoltas, dándole un tono bizantino en su abocinado y en sus adornados intradoses. Cuatro altas y delgadas columnas abalaustradas y cubiertas de ricos adornos sustentan el arquitrabe: dos de ellas flanquean la portada, y las otras dos, avanzando al borde de la arista del intradós del arco exterior, encierran en ambos espacios los dos cuerpos secundarios que cubren los ángulos. Los intermedios los ocupan las figuras de cuatro doctores de la Iglesia, de gran sentimiento artístico y franca ejecución. El arco de entrada se apoya desde su arranque en unos arquitos que forman doseltes, y el intradós de éste en su doble arquivolta está cubierto por cabezas de ángeles y serafines tan sentados como perfectamente ejecutados. En las enjutas del arco vense dos ricos medallones circulares, y el arquitrabe y friso hallanse ricamente decorados con elegantes

modillones y acodados. Forman el segundo cuerpo tres nichos cuyas pechinas cubren delicadas labores, y cobijan los dos laterales las estatuas arrodilladas de los Reyes Católicos que oran ante la Santa Virgen que, con el niño en los brazos, ocupa el nicho central. Forma el tercer cuerpo otro mayor nicho con Jesús crucificado y San Juan y su angustiada madre. Dos aletas ricamente exornadas flanquean aquél, y dos jarrones en los ángulos de la cornisa terminan la rica ornamentación de esta portada.

Una verja la resguarda en parte, y doble verja merecía se le pusiera á la obra del vizcaino Morlanes. Hoy de la antigua obra del monasterio ni de la moderna resta más que la citada; todo lo demás desapareció en la funesta noche del 13 de Agosto de 1808, cuando las hordas de la revolución francesa se retiraron en el primer sitio de la ciudad. Digna despedida de quienes con la idea de la destrucción se esparcieron por Europa después de aterrarla con sus actos de ferocidad, aterrará á la civilización con el espíritu de conquista, la más salvaje de las manifestaciones humanas. Ante estas tristes ruinas, hijas de la brutalidad de la guerra, el ánimo se contrista. ¡Ah! La guerra, enfermedad sólo comparable á esas asquerosas llagas con que la Providencia castiga á la humanidad en su orgullo, para demostrarle que el espíritu del mal encarna en el suyo, y que aún en medio de nuestra vanidad conservamos la guerra como externa manifestación del salvajismo que reina en nuestros espíritus.

J. CASAN.

(Se continuará.)

À fin de que se acostumbre à la palabra del hombre, para tan noble objeto, murmura la madre tiernas palabras y tarta suaves canciones; no hay mujer que no sepa crear en tales casos un idioma compuesto de dulces intenciones. Pero con la mirada principalmente penetra la madre en el interior de su hijo, espía sus deseos y anticipase à sus necesidades. Adquiere inteligencia, y no hay médico que averigüe tan bien como ella en qué sitio siente dolor el niño; ha observado tantas veces su frágil cuerpecillo, que lo conoce en sus menores detalles.



el niño en los brazos, ocupa el nicho central. Forma el tercer cuerpo otro mayor nicho con Jesús crucificado y San Juan y su angustiada madre. Dos aletas ricamente ornamentadas flanquean aquel, y dos jarrones en los ángulos de la cornisa terminan la rica ornamentación de esta portada.

Una vez terminada la obra, se le pusiera á la obra del vizcaino Molanes. Hoy de la antigua obra del monasterio ni de la moderna resta más que la citada; todo lo demás desapareció en la funesta noche de (DE CHAMFLEURY) 1808, cuando las

hordas de la revolución francesa se retiraron en el primer sitio de la ciudad. Dignas despedidas de quienes con la idea de la destrucción se espacion por Europa des-

pués de haber con sus actos de ferocidad, atestado la civilización con el espíritu de conquista. Ate es la vía de las manifestaciones humanas. Ate es el fin de la paz y de la guerra. Ate es el contraste. Ate es la enfermedad solo comparable



UANDO el niño nace busca con los ojos la luz; y así como llegan á sus oídos sonos confusos que su tiernísimo cerebro no acierta á interpretar, así cualquiera punto brillante le causa admiración, según nos lo indica su boca abierta.

Entonces el niño no piensa, como no piensa la planta; todo es vago, confuso y misterioso para él, y sus instintos se manifiestan por lloros.

La madre le da calor con su cariño, le envuelve con sus miradas y le alimenta con su leche.

Á fin de que se acostumbre á la palabra del hombre, ruda para tan delicado pido, murmura la madre tiernas palabras y tararea suaves canciones; no hay mujer que no sepa crear en tales casos un idioma compuesto de dulces inflexiones. Pero con la mirada principalmente penetra la madre en el interior de su hijo, espía sus deseos y anticipase á sus necesidades. Adquiere misteriosa clarividencia, y no hay médico que averigüe tan bien como ella en qué sitio siente dolor el niño; ha observado tantas veces su frágil cuerpecillo, que lo conoce en sus menores detalles.

Ni hay matemático que medite con mayor empeño un problema abstruso, ni geólogo que estudie más profundamente las entrañas de la tierra. A la gran obra de convertir al niño en hombre aplícase la inteligencia de la madre, que, cual atenta alquimista, vigila las primeras sensaciones del recién nacido.

La abnegación maternal no puede compararse á ninguna otra abnegación. Nada detiene ni cansa á la madre, ni privaciones ni fatiga.

En los primeros años, los de la lactancia y laborioso trabajo de la dentición, ignora la madre lo que es el sueño, ó lo tiene tan ligero que, al menor movimiento del niño en la cuna, se despierta y se pone en pie.

Antes de casarse ningún vestido parecíale bueno á la joven para preservarse del frío; ahora, se levanta á cada momento en las noches de invierno, da el pecho á su hijo, lo pasea y procura disminuir sus males acunándolo. Y no se queja; su amor le sirve de abrigo en las estaciones más crudas.

Así entiende la madre los deberes de la maternidad, segura de que cada palabra tierna penetra más directamente en el corazón del niño, cree que los cuidados que prodiga y los sacrificios que hace los comprende el niño y algún día ha de recordarlos.

Pero existe para la joven una recompensa más inmediata. Por la noche, cuando aquella está en vela, el niño, á la dudosa luz de la lamparilla, dirige sus primeras miradas á la madre que le alimenta con su seno, y esa mirada que se inicia, aquel lenguaje de ojos, que de entonces para siempre se comprenderán, hace olvidar todas las fatigas pasadas.

ZARAVEL.

Si no al mismo sitio, á la escandalosa, que por su mal ha escrito el Sr. Estremera, y que el escogido público de la Academia, tachándola, con justicia, de falta de originalidad y escrita más por el afán de escribir que



al niño en hombre aplícase la inteligencia de la madre, que, cual atenta alumnista, vigila las primeras sensaciones del recién nacido.

La abnegación maternal no puede compararse á ninguna otra abnegación. Nada detiene ni cansa á la madre, ni privaciones ni fatigas.

En los primeros años, los de la lactancia y laborioso trabajo de la madre, el niño, que al menor movimiento del niño en la cuna, se despierta y se pone en pie.

Antes de casarse ningún vestido precioso leuena á la joven para preservarse del frío; ahora, se levanta á cada momento



Se dice con mucha frecuencia que *las palabras son como las cerezas*, y ojalá sea esto verdad, porque á no serlo, nuestra situación sería en extremo difícil, porque nadie sino el Omnipotente pudo hacer el mundo de la nada, y no es posible que el hombre pueda hacer este milagro, y grande sería el que hiciéramos nosotros en este momento, hablando de teatros, estrenos y comedias muy buenas, cuando nada de esto se ha verificado en la última quincena.

Ocho estrenos hemos presenciado, y de éstos siete han sido unos verdaderos fracasos. El primero ocurrió en Eslava, donde el sainete *Buñuelos* pasó á mejor vida que la que el público le otorgó, haciéndole la justicia de considerar justificado el título, lo que no concedió al que, bautizado con el nombre de *Imprenta y litografía*, envió también de un modo más grotesco, si cabe, al panteón de los absurdos, que debe estar de bote en bote.

Si no al mismo sitio, á la puerta indudablemente quedó la comedia *La escandalosa*, que por su mal ha escrito el Sr. Estremera; y que el escogido público de Lara acogió fríamente, tachándola, con justicia, de falta de originalidad y escrita más por el afán de escribir que

de sostener un nombre envidiable adquirido en el estadio de la literatura dramática contemporánea.

Con todo el aparato que su argumento requiere, es decir, no con el de la zarzuela, sino con el de los éxitos malogrados, fueron despedidas del templo de arte las que con el título de *Barretina*, *La media naranja* y *El hijo del siglo* (bueno estaría el siglo si no tuviera otro hijo!) exhalaron sus primeros alientos en la Zarzuela, la Alhambra y Martín.

Más sensible ha sido el éxito poco lisonjero que ha obtenido en la Comedia la que con el título de *Al buen ca-Hab. B.V.* ha escrito no queremos saber quién, y que mejor le valiera no haberla escrito, porque de ese modo se hubiera ahorrado un desengaño, el público un mal rato, la empresa un tiempo perdido en ensayarla con laudable afán, presentarla con notable esmero, y la Sra. Martínez y los Sres. Mario, Rosell, Sánchez de León y Montenegro, que la interpretaron de admirable manera y defendieron hasta llegar al heroísmo, desmintiendo el aforismo de que la nada no puede producir nada; algo, y mucho, hicieron, y por ello el público les aplaudió con justicia resarcíendose en lo posible del mal rato en el juguete *Sin embargo*, no sabemos si original ó traducido por el Sr. Pina y Domínguez, en el que la Martínez, Rosell y Balaguer hacen las delicias de los espectadores, que ríen y aplauden, sin dejar de comprender que aquel enredo, aquellos chistes y aquellos personajes no adquieren carta de naturaleza en nuestro país; pero se los recibe bien, no desmintiendo en esto nuestro carácter cortés y hospitalario.

Apolo y Novedades siguen su camino: el primero desenterrando el repertorio clásico con *El Grumete* y *Marina*, interpretadas muy aceptablemente por las señoras Hernando, Arana y los Sres. Serrano, Ripoll y Sala Julián, y el segundo se defiende con *El soldado de San Mancio*, que en Mata tiene un buen intérprete, y con *El lego de San Francisco*, en el que Díaz hace las delicias de aquel público tan heterogéneo como especial.

Aquí deberíamos dar por terminada nuestra misión, y efectivamente lo está, porque aunque quisiéramos entrar en consideraciones que nacen de las obras estrenadas, no haríamos otra cosa sino repetir lo que tantas veces hemos dicho y añadir un lamento más a los muchos que merece el estado cada vez más triste y deplorable de nuestro teatro, que si así sigue, está próximo a salir de la crisis por la que ahora atraviesa, (para entrar en el estado de verdadera decadencia, del que será muy difícil, y a nuestro juicio poco menos que imposible vencer, no contando con elemento más valioso y de más fuerza, cual es el autor dramático, que va desapareciendo por completo; y esto no es una paradoja, sino un hecho real e indiscutible, y si fueran necesarias pruebas que confirmaran esta opinión, las aduciríamos más que suficientes con solo considerar que no bien se imagino poner los medios para regenerar el teatro, los fracasos se han sucedido sin interrupción, y esto supone que, cuando un idea se apodera de las inteligencias que medianamente piensan, se forma la opinión de lo que se debe esperar y de lo que debe ser, y guiados por ella, se presenta esa masa común que se llama público, y juzga dentro del criterio que sirve de base a esa opinión, y cuando es tan sensata y cierta y se agita dentro de una esfera peculiar y propia que representa al teatro tal y como debe ser, falla con acierto y en armonía con su criterio, y de aquí los fracasos ocurridos, y de aquí también que al acometer tamaña empresa falte el primer elemento y más principal, cual lo es el autor dramático, el que ha sucumbido en las primeras tentativas, ya sea porque no ha querido abandonar la escuela que seguía, ya porque no sabe otra, y al pretender hacer una verdadera comedia, se ha encontrado con que sus aptitudes no respondían a sus buenos deseos. Hy por lo tanto, al dar el primer paso en tan escabroso camino, quedan reducidos a la nada muchos de los que se gloriaban con el pomposo título de autores dramáticos, debido más que a su mérito a la exhibición por

fica, unida al genio del pintor, á la maestría del director de la maquinaria y á las notas chispeantes de una música callejera que sirviera más bien para recrear el oído que para adquirir un renombre en los fastos musicales.

Este es el primer escollo con que se ha tropezado al poner en planta tan laudable propósito, y éste el que es necesario salvar y se salvará cerrando la entrada en el estadio de la literatura dramática á los mal llamados autores dramáticos, y que se les abrió no hace muchos años, cuando el teatro, el arte y la literatura perdió su seriedad y se comenzó á servir por secciones ó á la carta, con el aditamento de un café con media de abajo ó una copa de ácido sulfúrico con vistas de marrasquino ó coñac.

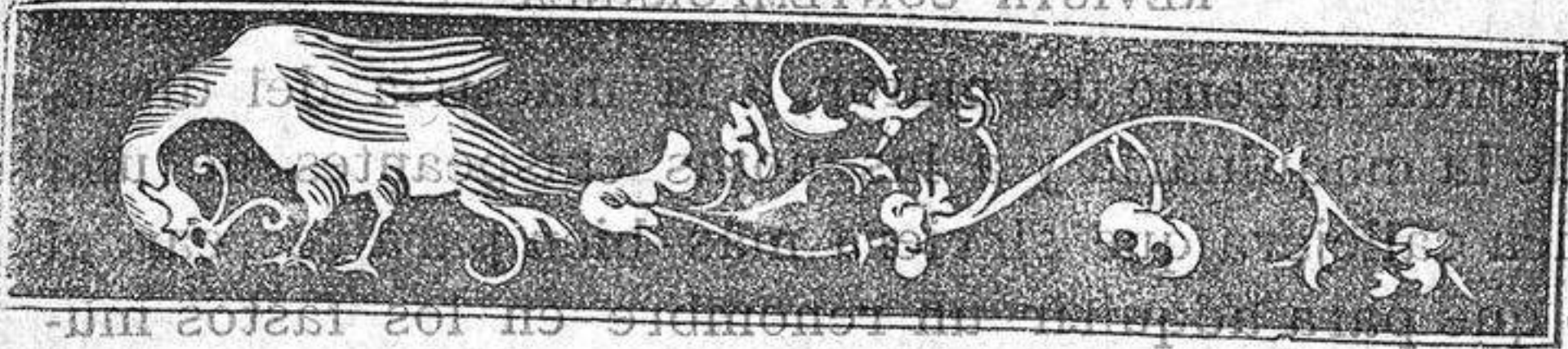
Este tema le desarrollaremos con más detenimiento en los números inmediatos, si no nos lo impide el estremo de obras de verdadera importancia.

RAMIRO.



Quien es ya capaz de infringir el ánimo destellado ante Ministerios sin evolucionar nada explicables, suceden á otros híbridos que nada bueno y mucho malo hicieron. ¿En es capaz de alentar todavía el ánimo de las gentes ante cuatro años de política fusionista, es decir, cuatro años de equilibrios y de vaivenes hacia la derecha y hacia la izquierda, cuatro mortales años de halagos y promesas que nunca han querido cumplirse, de propagandas inverosímiles por lo desvirtuadas, de inmoralidad administrativa, de contradicciones y desvíos que presen- tan la nave del Estado sin brújula y llenan el espíritu de tan fundadas alarmas?

Ocultese cuanto se quiera la verdad y díjase lo que se



CRÓNICA POLÍTICA

Concluye la tregua y empieza otra campaña.—Iras y amenazas.—Oposición y resistencia.—El País y las oposiciones parlamentarias.—La lucha promete.



GSPIRA en estos momentos la especie de tregua que anualmente las vacaciones parlamentarias traen consigo, y la segunda etapa de la quinta legislatura viene á abrirse en medio de desalientos sin número, desengaños tristísimos y una postración absoluta del País, colocado al borde del descreimiento político á que fatalmente le empujan los desaciertos de sus gobernantes.

¿Quién es ya capaz de infundir nueva fe al ánimo desfallecido ante Ministerios sin ideales que, por evoluciones inexplicables, suceden á otros Ministerios híbridos que nada bueno y mucho malo hicieron? ¿Quién es capaz de alentar todavía el ánimo de las gentes ante cuatro años de política fusionista, es decir, cuatro años de equilibrios y de vaivenes hacia la derecha y hacia la izquierda, cuatro mortales años de halagos y promesas que nunca han querido cumplirse, de propagandas inverosímiles por lo desenvueltas, de inmoralidad administrativa, de contradicciones y desvíos que presentan la nave del Estado sin brújula y llenan el espíritu de tan fundadas alarmas?

Ocúltese cuanto se quiera la verdad y dígase lo que se

quiera, nadie desconoce que es levisima la diferencia que distingue al mes de Octubre de 1868 del mes de Octubre de 1889. Entonces, como ahora, la inquietud se enseñoreaba de los hombres pacíficos; entonces, como ahora, temblaba por su porvenir el industrial, el agricultor, el contribuyente; entonces, como ahora, era nebuloso el horizonte, y la tenacidad, el desorden y la inquina ocasionaban desprendimientos, creaban bandos, quitaban toda virtualidad al Gobierno, y reducían los Ministros á la impotencia, y vientos cada día opuestos enervaban las naturales fuerzas del Poder. Es cierto que existen ahora instituciones fundamentales, bien definidas y seriamente arraigadas, pero ¿no se trabaja cuanto cabe por conseguir que esas mismas instituciones, expuestas á todos los huracanes que se forman acá en los movedizos arenales del Manzanares y también allá en la engañosa cuenca del Sena, sufran eclipses y, si es posible, desaparezcan? No, no es tolerable para hombres previsores lo que pasa. Cuando han de saber inspirarse los verdaderos estadistas en las luminosas lecciones de la Historia? ¿Hasta huyendo de pesimismo, todo aparece de color negro, sin que llegue á tranquilizarnos la aparente calma de algunas eminencias, sin que consigamos infundir esperanzas los astutos vocingleros que pretenden tener la caparada de la opinión pública y aún sueñan y prometen próximas venturas por el mismo mal camino que hasta aquí siguieron. Hay una verdad que todos los mañosos artificios de un poder bamboleante, pero incorregible, no destruyen. El País sufre y sufre de una manera inaguantable. ¿Se quiere acaso que el último residuo de su paciencia acabe? ¿Se quiere que se desencadenen todos los trastornos de épocas pasadas que la larga el trunfo á los trastornos de épocas futuras que promete campañas económicas y hace de la deuda flotante presente cifras aterradoras? En que autoridad, en que garantía?

Y entretanto, las trompetas de la situación repiten conocidos ditirambos. Oídos. Si prematuramente desapareciera la política liberal, hoy íntimamente unida á la representación del Sr. Sagasta, dicen, todo el terreno ganado en el orden de la pacificación de los espíritus se perdería en veinticuatro horas; los pesimismo volverían á brotar por

todas partes; se alborotarían las pasiones, hoy profundamente sosegadas, y en medio de este choque de pasiones, no habría espacio ni atención para las cuestiones económicas, que, por el contrario, tendrían un retroceso en el interés que merecen.

Precisamente como monárquicos y como hombres de orden, y por el convencimiento íntimo que tenemos de que vendrán fuerzas nuevas á la Monarquía—añaden, en tono melifluo, los interesados periódicos oficiosos, por todo esto, deseamos nosotros que el partido liberal cumpla su misión con desahogo y obtenga la aprobación del sufragio universal. De todos modos, la ha de obtener, porque tiene mayoría en ambas Cámaras para dominar la resistencia de sus adversarios; pero sería mejor que sus adversarios procediesen como hombres de Estado y como políticos previsores, en vez de proceder con una ligereza y con una miopía de que tendrían que arrepentirse.

Ya lo sabemos. Así amenazan y eso pregonan los hombres del partido que se deja sorprender por insurrecciones militares en Madrid mismo; que ahora, como hace años, ofrece vanamente la sumisión de los zorrillistas, cada vez más afeerrados á sus antiguos procedimientos de conspiraciones tenebrosas, que, si pudo sumar un día las fuerzas martistas, fué para irritarlas con escándalo y arrojarlas luego en las vías del despecho; que sólo consigue aplazamientos, á cambio de concesiones humillantes; que acaricia y aplaude las sistemáticas evoluciones y los ruidosos viajes del Sr. Castelar, realizados para socavar mañosá y paulatinamente el Trono; que desencadena todos los elementos perturbadores, para dar á la larga el triunfo á los trastornos de épocas pasadas; que promete campañas económicas, y hace que la deuda flotante presente cifras aterradoras. ¿En qué autoridad, en qué garantía se apoyan los repetidos ofrecimientos de los hombres que ningún compromiso jamás con nobleza política cumplieron?

Solemnes son las circunstancias en que las Cortes reanudan sus tareas, y la situación del País no puede ser más aflictiva, estando todas las razones de su parte al demandar remedios eficaces é inmediatos. Tiene el País derecho á exigir que la batalla, que en el Parlamento ha de librarse ahora, resulte formalmente seria y por tanto decisiva.

No caben ya paliativos ni contemporizaciones, y la opinión pública exige que la lucha sea vigorosa y la oposición sea oposición verdadera. Todo induce á creer que sus esperanzas no han de quedar esta vez defraudadas, puesto que vemos que tirios y troyanos se aprestan denodadamente y con entusiasmo al combate. Nunca fue más racional ni legítimo el ataque, y la prensa conservadora, modelo siempre de prudencia y de delicada táctica, lo confiesa, estampando en sus columnas las siguientes verdades:

«Grandes y sentidas son las quejas que la opinión levanta. El último verano, elegido por los Ministros para hacer una campaña económica, ha resultado estéril. El *dolce far niente* ha sido su musa favorita. Se engalanan con el título de previsores porque no les sorprendió un motín militar ó una algarada republicana como en otros tiempos, y no ven que de esto se salvaron, no por su virtud, sino por la impotencia reconocida del enemigo; en cambio, el fisco se apodera de la propiedad, la emigración diezma las poblaciones, y al ruido atronador de la miseria y al concierto desesperador de los que no encuentran trabajo, hay que unir las perspectivas de mayores desgracias y la realidad de no fáciles remedios.

«Cierto que los fusionistas contestarán á estos y otros cargos repitiendo su eterna cantinela. Hemos hecho economías, dirán, callando que aún no llegan al aumento que en el personal produjeron. Las rentas están en alza, añadirán, ocultando que el déficit sube y que la deuda flotante nos asfixia. Se recauda bien, seguirán repitiendo, negando que el fisco se apoderó de 300.000 fincas que nada producen, pero que lanzan á la desesperación á sus moradores. Y después, echando mano de su recurso favorito, hablarán del Jurado, que funciona para * * castigo de presuntos reos y escándalo de reos convictos; del derecho de reunión, sólo per-

mitido para insultar á hombres ilustres ó damas indefensas; del respeto á la conciencia humana, que se ha traducido en una persecución pueril en unas partes, y en una tolerancia risible en otras; de sus relaciones en el extranjero, que han dado éxitos tan apreciables como el apresamiento del *Miguel* y *Teresa* en la costa marroquí, y la tardía satisfacción que aún se nos debe por el saqueo del *Angelita*.

«Para todo hallará réplica más ó menos hábil el Sr. Sagasta; pero es difícil que con ello satisfaga á la opinión pública. ¿Qué dirá, por ejemplo, cuando la opinión conservadora le pregunte dónde está aquel partido fuerte y disciplinado que aspiraba al turno pacífico del poder? ¿Dónde la mayoría que el Sr. Sagasta presentaba como baluarte de sus ideales? El centro desapareció con el Sr. Gamazo y el señor Cassola. En la derecha apenas quedan soldados oscuros. En la izquierda está el Sr. Martos con sus amigos demócratas. Cuando el partido conservador se vió privado del concurso del Sr. Romero Robledo, los fusionistas casi casi declararon incapaz para ejercer el poder á aquella agrupación poderosa. Hoy, si se les dijese que ellos no forman ya ni siquiera una coalición monárquica, porque sin el apoyo de los republicanos no podrían existir, replicarían que no necesitan ni del Sr. Martínez Campos, ni del Sr. Duque de Tetuán, ni del Sr. Gamazo, ni del Sr. Cassola, ni del Sr. Martos para seguir en el Gobierno: una pequeña disidencia en el enemigo le invalida para todo; una disidencia grande, fundamental, de principios, en ellos, hasta les da más fuerza. Realmente cuando se discurre de ese modo hay que pedir á Dios luz para los ciegos y misericordia para los extraviados.»

«Pero ni luz ni misericordia merecen esos restos de la coalición formada para escalar el poder á nombre de principios que se suponían concretos, y sólo sostenida luego por el interés individual y el egoísmo más evidente.

Y des- pero que lanzan á la desesperación á sus partidarios. Y des- pues, echando mano de su recurso favorito, hablarán del Jurado, que funciona para castigo de presuntos reos y es cándalo de reos convictos; del derecho de reunión, sólo per-

Aventurados serían todos los cálculos que hoy pudieran hacerse sobre los movimientos estratégicos, ataques y defensas en la ruda campaña que va á emprenderse.

Dícese que la alta Cámara es el campo elegido para el primer encuentro, porque allí está el Sr. Abascal, y allí ha de promoverse un justificadísimo debate sobre el Ayuntamiento que aquél presidía; y se añade que el choque será forzosamente recio, pues está la atmósfera llena de dudas y zozobras, está la opinión convencida de que el Gobierno ha herido por igual á inocentes y á culpables, dejando ileso al único contra quien resultan cargos mayores; y ni esta premeditada perfidia del Gabinete, ni la consideración de que sobre el Alcalde se haya tendido el manto de la regia inmunidad, ha de ser suficiente á contener á los conservadores en sus ataques, que estamos seguros serán reforzados por el Sr. Bosch y por otros decididos enemigos de todo compadrazgo personal y de toda desmoralización política.

De todas maneras, es hoy de sospechar que nuestra *Crónica* de la próxima quincena tendrá poco espacio para relatar o comentar lo que en el Parlamento acontezca.

es lo cierto que nadie sabe exactamente lo que ha podido suceder, y todas las suposiciones no tienen más base que cálculos ó juicios personales. Los deseos comunes de una política de paz parecen, sin embargo, desprenderse de las celebradas entrevistas.

¿Cómo puede olvidar Rusia que su política ha estado siempre de acuerdo con la de Alemania desde hace más de un siglo? Todo obliga á San Petersburgo como en Berlín, debe reinar la mancomunidad de ideas políticas, y que la entrevista de Alejandro III y de Guillermo II será favorable á la paz europea y contribuirá á desvanecer los fatídicos pronósticos de algunos pesimistas.

El alán de las agencias y de los periódicos franceses, sobre todo, por pintarnos de continuo el sentimiento belicoso y aun el aislamiento de Alemania, se estrella contra la realidad de los hechos que se suceden, justificando la opinión de que el primer cañonazo que retumba en Europa no respon-



REVISTA EXTRANJERA

ACONTECIMIENTOS de innegable importancia han sido y son todavía el tema de largas disertaciones en los periódicos políticos de Europa.

Muy comentada fué la visita del Emperador de Rusia á Berlín, y sus reservados coloquios con el Príncipe de Bismarck se han prestado á investigaciones diversas; pero es lo cierto que nadie sabe exactamente lo que ha podido suceder, y todas las suposiciones no tienen más base que cálculos ó juicios personales. Los deseos comunes de una política de paz parecen, sin embargo, desprenderse de las celebradas entrevistas.

¿Cómo puede olvidar Rusia que su política ha estado siempre de acuerdo con la de Alemania desde hace más de un siglo? Todo obliga á presumir que, en San Petersburgo como en Berlín, debe reinar cierta mancomunidad de ideas pacíficas, y que la entrevista de Alejandro III y de Guillermo II será favorable á la paz europea y contribuirá á desvanecer los fatídicos pronósticos de algunos pesimistas.

El afán de las agencias y de los periódicos franceses, sobre todo, por pintarnos de continuo el sentimiento belicoso y aun el aislamiento de Alemania, se estrella contra la realidad de los hechos que se suceden, justificando la opinión de que el primer cañonazo que retumbe en Europa no respon-

derá seguramente á provocaciones ni á extemporáneas rivalidades ó competencias implacables entre los Gabinetes de Berlín y de San Petersburgo. Halague cuanto quiera la republicana Francia al poderoso autócrata de Rusia, es muy difícil que los intereses del gran Imperio del Norte puedan ser otros que los que de antiguo la lógica y la historia le señalan.

* *

* *

El Presidente de la Delegación de la Academia de Ciencias de París, Mr. Vambery, ha sido recibido en audiencia particular por el Sultán de Turquía, y con este motivo circulan también noticias tranquilizadoras.

Dícese que el Soberano turco ha declarado que no entrará nunca en la triple alianza y que está decidido á observar una política de absoluta neutralidad. Abdul-Hamid ha dicho que su mayor interés está en la pacificación de Creta y en sostener las más cordiales relaciones con el Gobierno del Czar de Rusia, relaciones que en estos momentos no pueden ser más afectuosas, como lo prueba el hecho de haber felicitado el Soberano ruso á Shakir-Pachá por el restablecimiento de la tranquilidad en la isla de Creta, perturbada con motivo de la sublevación ocurrida. Respecto á los asuntos de Bulgaria, el Sultán ha declarado que está dispuesto á marchar de acuerdo con las demás potencias que tienen intereses en los Balkanes, guardando absoluta reserva en lo relativo al reconocimiento del Príncipe Fernando de Coburgo.

Mr. Vambery, á quien se supone bien enterado del pensamiento de Abdul-Hamid, ha escrito al *Pester Lloyd*, diciendo que aunque la visita de Guillermo II á Constantinopla es considerada como un acontecimiento de gran importancia, no hay que hacerse ilusiones, puesto que en la entrevista de ambos Soberanos no se hablará de política. «MM. de Bismarck y Rodovitz—dicen Mr. Vambery—emplearán una dulce violencia para persuadir al Sultán á que se adhiera á la triple alianza, pero la actitud del Emperador otomano es contraria, y todas las gestiones que hagan en ese sentido

serán infructuosas.» También se añade que el Sultán protesta energicamente contra la autonomía de Armenia, favorecida por algunas naciones y principalmente por Inglaterra; pero no podemos olvidar que todas estas noticias son de procedencia francesa, circunstancia suficiente á infundir casi tantas sospechas como los artículos de sensación que recientemente han visto la luz pública en la *Contemporary Review* y en la *Pall Mall Gazette*, de Londres.

* *

* *

Los telegramas siguen aun describiendo las mágicas fiestas que han convertido á Atenas, la ciudad de los grandes recuerdos históricos, en un novísimo templo consagrado á los placeres oficiales y á las más espléndidas manifestaciones cortesanas.

Se celebran las bodas del Príncipe heredero de Grecia, y ese enlace del que lleva el título de Duque de Esparta con la Princesa Sofia de Prusia se presta á singulares y curiosas observaciones.

El Rey Cristian IX de Dinamarca, abuelo del Duque, se vió despojado en 1863 de la mitad de su reino por la Confederación germánica, y hoy el jefe de la casa Holstein une en matrimonio un nieto á la hermana del jefe de la casa Hohenzollern, vencedora en aquella lucha. La guerra promovida por las turbulencias de los grandes ducados Schleswig-Holstein, produjo la enemistad de las dos familias reinantes que en aquella lucha intervinieron, y hoy la unión de dos individuos de aquellas casas, á quienes los resentimientos llegan debilitados por el tiempo, aproxima á los que tantos años han estado separados.

Si el Rey Jorge de Grecia tiene estos recuerdos tristes de Alemania, como los tiene todo subdito de Dinamarca, la madre del Duque de Esparta, la Reina de Grecia, Olga, como Gran Duquesa de Rusia, tampoco tiene grandes simpatías por los Hohenzollern, y, sin embargo, las exigencias políticas y las aproximaciones que la razón de Estado imponen exigen también que ella se someta.

Al lado de estas uniones de familias separadas por razón de Estado, Atenas presencia en estos instantes la separación de individuos á quienes une el lazo de próximo parentesco. El Príncipe de Gales, como esposo que es de la Princesa de Alejandría, hija de Cristian IX de Dinamarca, es tío carnal del Czarevitch, el Gran Duque heredero, de Rusia, porque la Emperatriz María Feodorovna es hermana de la Princesa de Gales, y, sin embargo, á la llegada de éste y la Princesa á Atenas no salió á recibirlos el Czarevitch; y es que, si las alianzas matrimoniales son á veces base de las alianzas gubernamentales, en otras las luchas de los pueblos destruyen aquéllas y prescindien de ellas en absoluto.

Hace pocos días que el Papa recibió en el Vaticano á 2.500 romeros franceses, en su mayor parte de la más pobre de las clases sociales, de la humilde y sufrida clase obrera. El Cardenal Langénieux se arrojó á los pies de León XIII, suplicando que el Jefe de la Iglesia católica diese con sus consejos y luces una solución á los pavorosos conflictos sociales de ahora.

Ateniéndonos á los corresponsales, parece que Su Santidad respondió de la siguiente manera:

«La doctrina de Cristo establece que el rico es tesorero de Dios, y no debe cerrar su corazón al infortunio. Es menester acercar las dos clases; es menester acercar los ricos á los pobres, siendo el lazo que ha de estrecharlos la caridad, remedio y consuelo poderoso.

Durante largos siglos esta solución fué aceptada, porque la fe había echado raíces profundas, y nadie puso en duda la legitimidad de esta base social. Pero más tarde, doctrinas funestas han llegado á negar, por desdicha de todos, el valor de tal base.

Es menester cimentar de nuevo el edificio, volviendo á la doctrina y al espíritu cristianos, volviendo á restablecer bajo formas nuevas los antiguos gremios que, bajo la inspiración

de la Iglesia, provean lo necesario para facilitar trabajos y atender á los trabajadores en sus reivindicaciones legítimas. Solamente la vuelta á los principios cristianos puede consolidar la unión entre industriales y obreros, afirmando la paz y la tranquilidad públicas. Muchos obreros, seducidos por teorías falsas, quieren encontrar un remedio en la destrucción de la propiedad. Ilusiones vanas! Amontonarán ruinas y agravarán los males. Las clases directoras deben manifestar empeño en socorrer á los pobres, refrenando su insaciable deseo de riquezas y placeres. De ahí nacen el malestar y el descontento. Los Gobiernos tienen también el deber de conjurar los peligros, no por medio de tribunales ni bayonetas, sino dejando que la Iglesia tenga libertad para extender su saludable influencia, promulgando reglamentos sabios, protegiendo á la juventud, enseñando la misión doméstica que á la mujer incumbe, abogando por el reposo del domingo y por el hábito de una vida ordenada. Consuelan realmente esas inspiraciones evangélicas, y merecen ser respetuosamente escuchadas, no sólo por el creyente, sino también por el moderno discípulo de las ciencias sociales.

Ateniéndonos á los correspondientes, parece que su Santidad respondió de la siguiente manera:

«La doctrina de Cristo establece que el rico es tesoro de Dios, y no debe cerrar su corazón al infortunio. Es menester acercar las manos á los pobres, siendo el medio y consuelo poder estrecharlos la caridad. Durante largos siglos esta solución fué aceptada, porque la fe había echado raíces profundas, y nadie puso en duda la legitimidad de esta base social. Pero más tarde, doctrinas funestas han llegado á negar, por desdicha de todos, el valor de tal base.

Es menester cimentar de nuevo el edificio, volviendo á la doctrina y al espíritu cristianos, volviendo á restablecer bajo formas nuevas los antiguos gremios que, bajo la inspiración



BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO⁽¹⁾

Le vœu d'une morte, por EMILIO ZOLA.—París, G. Charpentier y Compañía, editores, 1889.—En 8.º, 312 páginas. Precio: 3,50 pesetas.

Con la nueva edición de la *œuvre de jeunesse* escrita por el famoso Emilio Zola, hacen justicia los editores á un libro merecedor de entusiasta aplauso. El gran talento del ilustre autor se presenta bajo forma muy diversa del que aparece en los Rougon-Macquart: *Le vœu d'une morte* es una narración sencillísima que conmueve el ánimo y deja recuerdo perdurable en el lector. Daniel, Juana, Rionne, Lorin, Tellier, son tipos perfectamente estudiados y descritos de la magistral manera que tan justo renombre ha valido á Zola: ¡Qué sublime abnegación la de Daniel al procurar que Juana, por la que había sacrificado su vida toda y de la que estaba hondamente enamorado, fuese feliz, uniéndola con su amigo Jorge! Seguramente que serán pocos hombres capaces de imitar la noble conducta de Daniel: que amen en silencio y sin esperanza de conseguir recompensa material; ¿pero habrá alguna mujer que compararle? *Chi lo sà!...*

Le vœu d'une morte es un libro delicado y sentido, que puede andar en manos de la joven más ruborosa. ¡Ojalá pudiéramos decir lo propio de otras producciones de Zola!

La ilustración es notable, * * * merece excepcionales elogios por la vida, la exactitud y elegancia de las viñetas, impresas

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Nouvel exposé d' Economie politique et de Physiologie sociale, por ADOLFO COSTE, miembro del Instituto internacional de Estadística, etc. — París, Félix Alcan, editor, 1889.—En 8.º, 424 páginas. Precio: 3,50 pesetas.

Presenta el autor la economía política como rama de la fisiología social ó sociología; es decir, que, según él, la consideración del interés individual, preconizada hasta aquí casi exclusivamente por los economistas absolutos, debe subordinarse con frecuencia en la práctica á las consideraciones sociales; y que los progresos económicos no pueden aislarse de los demás progresos nacionales. M. Coste invoca el ejemplo de Adam Smith y de Stuart Mill para separarse de los que quieren fundar una economía política pura, abstrayéndose de las aplicaciones sociales. Supone tal separatismo que la ciencia económica puede bastarse á sí misma, lo cual desmiente la experiencia. El autor procura, con especial acierto, fijar en su obra las cuestiones que hay que resolver, da gran importancia á los hechos estadísticos y trata detenidamente del cambio y de los medios de circulación, moneda, crédito y transporte, que tiene por agentes principales de la transformación económica.

Morriña (historia amorosa), por EMILIA PARDO BAZÁN. *Ilustración de Cabrinety.*—Barcelona, Sucesores de N. Ramírez y Compañía, 1889.—En 4.º, 293 páginas. Precio: 4 pesetas.

Morriña es sin duda en el pensamiento de la insigne autora el segundo estudio psicológico de una nueva serie que empezó con *Insolación*; un nuevo cuadro que debe emparejar con el primero.

Nótase, en efecto, cierto parecido entre una y otra obra, así en el tono festivo y suelto de la narración, que es interesantísima, como en la primorosa minuciosidad con que se describen las más insignificantes escenas, que adquieren en la pluma de la autora indecible hechizo.

La profundidad de la observación y el sentimiento delicado y tierno que palpita en las páginas de aquella historia amorosa hacen del libro uno de los mejores que ha producido la autora. Por su estilo es una verdadera joya literaria.

La ilustración es notable, y merece excepcionales elogios por la vida, la exactitud y elegancia de las viñetas, impresas con limpieza y gusto.

Historia de Caldea, por ZENAIDA A. RAGOZIN. *Versión española anotada por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.*—Madrid, «El Progreso Editorial», 1889.—En 4.º, XXIII-391 páginas. Encuadernado en tela: 7 pesetas.

Pertenece este volumen á la *Historia de las Naciones* que el muy ilustrado director de *El Progreso Editorial* publica en condiciones de elegancia artística, corrección tipográfica y baratura tales, que admiran y aplauden los inteligentes. El último libro abarca la historia de Caldea desde los tiempos más remotos hasta el origen de Asiria y está ilustrado por más de 125 dibujos. Con razón dijo la acreditada revista *The Academy*, al salir á luz en Inglaterra el instructivo y ameno trabajo de la insigne escritora Z. Ragozin, que es el mejor acerca del importante asunto que en él se trata. No caben ni erudición mayor, ni método más plausible, ni claridad que supere á la de la autora. ¿Qué decir de la versión castellana, habiéndose encargado de ella el Sr. Rada, persona peritísima, literato castizo y académico de San Fernando y de la Historia?

Nuestros plácemes al Sr. López Balcón, tan digno de ellos por lo que se afana en dar á conocer obras tan notables como útiles.

Études sociales, por CARLOS SECRETAN.—Paris, Félix Alcan, editor, 1889.—En 8.º, 339 páginas. Precio: 3,50 pesetas.

Compone este libro la exposición de varios proyectos de reforma social, dignos de ser estudiados. Los principales capítulos se titulan: *Las reformas necesarias*, *El día normal*, *El lujo*, *Relaciones entre la economía política y la moral*. Á los empresarios recomienda el autor que procuren que los obreros participen de las ganancias y á los trabajadores les recomienda las asociaciones cooperativas; pide á los Gobiernos que protejan á los desheredados hasta que éstos se hallen en situación de protegerse á sí mismos. A todos aconseja paciencia, esperanza y perseverancia. Es un libro, lo repetimos, que merece ser atentamente leído.

El divorcio de Edmundo, por A. DELPIT. *Versión castellana de Federico Urrecha.*—Madrid, «La España Editorial», 1889. En 8.º, 325 páginas. Precio: 3,50 pesetas.

El ilustre autor de *El hijo de Coralia* ha estudiado en su última novela uno de los problemas que con mayor afán agitan á la moderna sociedad francesa contemporánea: el divorcio. Este tema ha servido á Delpit para hacer una novela primorosa, interesantísima en el fondo y llena de encanto en la forma. *El divorcio de Edmundo* es de los libros que todos entienden, y que la mayoría guarda en escogido lugar de su biblioteca.

Dios y el Cosmos, ó sea el ateísmo materialista ante las ciencias experimentales, por D. MIGUEL AMER, Licenciado en Medicina y Cirugía.—Palma, 1889.—En 4.º, XIV-393 páginas.

Importantísima por todo extremo es la obra del sabio señor Amer, la primera parte de la cual acaba de publicarse. En ella estudia la evolución histórica de la idea materialista; la insuficiencia del método experimental para constituir la ciencia; la ínfima condición de la materia demostrada por los sentidos, por sus propiedades físicas y por las diversas teorías filosóficas y científicas; la esclavitud de la materia ponderable en las regiones siderales y en la región telúrica, y la de la materia imponderable; y, por último, demuestra, con gran copia de profundas consideraciones, que la materia no es infinita ni eterna.

Otras publicaciones.
La codificación y sus problemas.—Notables conferencias de D. Manuel Durán y Bas.

Actualidades.—Cartas de mucho interés acerca de los tribunales, escritas por D. Antonio Aguilar.
Barcelona y México.—Curioso libro, del que es autor el ilustrado Consúl general de Méjico en España, D. Manuel Bayno.

El trabajo de los niños.—Memoria muy bien escrita, por el Dr. D. José Balaguer.

El «Noli me tangere» de Rizal, juzgado por el profesor F. Blumentritt.

Los biógrafos de Cervantes en el siglo XIX.—Apuntes críticos, por D. Luis Vidart. Tan concienzudamente como de

ordinario y con estilo ameno, examina el ilustre literato señor Vidart los trabajos que acerca de Cervantes hicieron Navarrete, Aribau, Quintana, Morán, Máinez y Díaz de Benjumea. Dicho folleto es nuevo testimonio del gran talento y claro juicio de su autor.

También se han repartido los cuadernos 18 y 19 de *La tierra de María Santísima*, tan notables por el texto como por la belleza de los grabados.

R. A.

